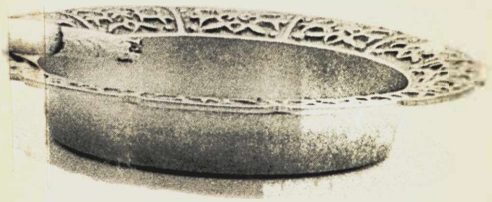
Sala de espera

Max Aub

presentación:

Enrique Díez-Canedo

868.6
A888s



Estelas en la mar

NOTA: Los textos que aquí se reúnen fueron apareciendo a lo largo de treinta meses en una serie de fascículos publicados por Max Aub a partir de 1949.

Muchos de ellos fueron incluidos por él en obras posteriores. Los mencionamos aquí hasta donde ha sido posible identificarlos en su vasta bibliografía.

Los poemas se reúnen en *Diario de Djelfa*, "Obras incompletas de Max Aub", Ed. Joaquín Mortiz, 1970, México, D.F. (Hubo al parecer una edición anterior, fechada en 1944, que no hemos podido localizar.)

Los relatos "Tibio", "Leonor" y "Síguese hablando de Leonor", están incluidos en *Luis Álvarez Petreña*, publicado por Joaquín Mortiz, en la colección "Obras incompletas de Max Aub", en la ciudad de México (1965), y también por Seix Barral en 1971.

"Librada" apareció en la colección mencionada de Joaquín Mortiz en 1965, en la obra *Historias de mala muerte*. Y en la misma colección, en el libro *Hablo como hombre*, de 1967, se publicó "Pequeña carta a Mr. Attlee".

"La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro" fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México (1959), en *Cuentos mexicanos con pilón*.

Muchos de los "Crímenes" que aquí se incluyen aparecieron luego en *Crímenes ejemplares*, editado en México por Finisterre (s/f).

"Muerte", "Trampa", "Trópico noche" y "Elogio de las casas de citas" aparecen en *La uña*, Col. La Esquina, Ediciones Picazo, Barcelona, 1972.

Primera edición de esta compilación, 1987
© Para esta edición,
Instituto Nacional de Bellas Artes
© Pangea Editores, S.A. de C.V.
Av. Toluca 811-21, 01780 México, D.F.

ISBN 968-6177-06-X

Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

Max Aub

Sala de espera

SEP
INBA

PANGEA

Sigue hablándose de Leonor 108
21 Una nueva generación 110
22 Elegía a un jugador de dominó 114
23 Crímenes (33-38) 118
24 Manuscrito cuervo I 120
25 Manuscrito cuervo II 124
26 Manuscrito cuervo III 126
27 Manuscrito cuervo IV 129
28 Pequeña carta a Mr. Attlee, acerca de la dignidad humana 131
29 La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro 134
30 Librada 140

Presentación

Max Aub me da la sensación de un hombre múltiple. Llega a verme, viniendo de Alemania o de Francia, de Levante o del Noroeste. Poseo muchas cartas de él, y acaso no haya dos que estén fechadas en un mismo lugar. Activo, inquieto, lleva una vida errante y atareada, porque su viajar no consiste en mudar de sitio el ocio o en perseguir una inapresable quimera. Es su "poema cotidiano", su quehacer vital, cuya rudeza él sabe convertir en poesía. Viajante de poesía se le pudiera llamar a Max Aub, como el personaje del libro italiano de mi amigo Mario Puccini. La poesía, sin embargo, no es su artículo, porque no intenta venderla acuñada en lindas ediciones de libros clásicos, sino que va guardando para sí la que al paso le sale, como el caminante que al cruzar por los pomares en fruto tiende la mano y se regala con la más delicada y dulce primacia.

Yo sé el secreto de Max Aub, y todo el que lea los versos que siguen lo sorprenderá conmigo. En ese su eterno vagar, en esa perpetua mudanza, en ese cambio sin reposo, late un sueño de molicie y quietud, un sueño de hogar, confinado entre las cuatro paredes de una estancia en que sólo viven el amor en los corazones y la llama en la chimenea, y de la cual se evaden los ojos siguiendo por la ventana las revueltas del camino que corta los campos del invierno.

De todas las sensaciones que he pulsado en estos poemas ninguna me convence tanto como esa de enamorada reclusión, localiza-

"Prólogo" a *Los poemas cotidianos* de Max Aub (1925). Este texto de Enrique Díez-Canedo, al igual que el siguiente, se reproduce aquí gracias a la generosidad de Joaquín Díez-Canedo.

da precisamente en tiempo invernizo. El hogar es más hogar, la calma es más inmóvil, el atractivo de la casa más irresistible. Para los más de los poetas la primavera es el tiempo de amar, el tiempo de cantar. He aquí al invierno rehabilitado.

Oíd como suena la canción de este poeta que, corriendo mundo, sueña con un pequeñísimo rincón en todo él. Son versos balbucientes, inseguros, como si temieran, afirmándose demasiado, dejar escapar su esencia sutil. No los veréis esforzarse por vestir traje de etiqueta. Gustan de un "deshabillé" casero, cotidiano como ellos mismos. Parece que su musa los ha pensado en un idioma y ella misma los ha traducido a otro. Los antepasados de Max Aub le vedarían la aspiración a lo "castizo", si ya no se la vedara su propio gusto juvenil.

Para leerlos buscad una situación de espíritu semejante a aquella en que se produjeron. No os arredre un consonante inoportuno ni una cadencia quebrada. Veréis, si lo sabéis mirar, cómo un sentimiento espontáneo, un amor a las realidades más próximas de la vida, logra expresarse en ellos tan sinceramente que tomaría por afectación todo guiso y compostura.

* * *

Se han cumplido ahora los veinte años desde aquel día en que Max Aub llamó a mi casa de Madrid llevándome su primer libro, para que yo se lo apadrinase. Versos, naturalmente. De entonces acá ha publicado muchos más: versos, novelas, teatro. El teatro es lo que mejor cuadra, tal vez, a sus aptitudes. Hizo, de muy joven (todavía lo es), todos los experimentos en las vías que el arte dramático abría o intentaba abrir en la Europa de aquellos días. Europa es otra ya —si todavía es—; si Europa (lo que fue no expresión geográfica, sino concepto cultural) no es ahora esta América que a Max Aub y a mí, con tantos otros compatriotas, nos acoge, después de habernos hecho pasar por las más terribles pruebas, a las cuales no hay juventud que resista: porque si Max Aub, en su apariencia corpórea y en sus documentos personales, sigue siendo joven, ya no lo es en su experiencia vital, en su ciencia del vivir, forjada, a fuerza de golpes, en la guerra, en el campo de concentración, en el destierro, en la ausencia, en la lucha por el pan cotidiano, por el nuevo pan, que sustituya al que parecía bien seguro, y que nuevas tierras le brindan como pago a los esfuerzos que le exigen. No ha emprendido Max Aub una vida en todo distinta y aun contraria, como tantos otros, a la que antaño llevó. Ha reanudado su labor, apenas inte-

"Prólogo" a *San Juan*, de Max Aub (1945).

rrumpida, porque en los días de padecimiento y privación de libertad aún pudo, de las maneras más inverosímiles, llevar nota de sus pensares y de sus sentires; pero al volver, en cierto modo, al trabajo normal, se le ve de pronto enriquecido y llegado a la madurez que advertirá el lector en las páginas que siguen, y que advertirán asimismo —¡quién sabe cuándo!— los espectadores, si, como es de esperar, estas escenas llegan a las tablas. No ha de verse en ellas tan sólo la expresión literal de un grupo de hombres, rechazados por su raza y su religión de todas partes. La observación, en grande y en pequeño, que da vida a sus personajes y que suena en todo momento a verdad, no es tampoco, solamente, siéndolo también, un clamor hacia la justicia; es eso y es mucho más. Es la tragedia de todos, en que cada cual, sea la que fuere su religión y su raza, puede reconocerse en nuestros días. Su *San Juan* es la imagen de nuestro mundo a la deriva, condenado sin apelación y abatido sin esperanza. Las dificultades que su postura escénica presenta, no creo que sean insuperables. En sus réplicas oiremos una vibración que no dejará de repercutir en los espíritus y que llegará a los días futuros como expresión viva de los tiempos que el poeta dramático ha tenido que cruzar sintiendo el dolor de sus hermanos en humanidad y la impotencia de llevarles más auxilio que su testimonio sincero y transverberado de emoción.

Enrique Díez-Canedo

Nota

Dice el diccionario: *Espera, acción y efecto de esperar. Esperar, tener esperanza de conseguir lo que se espera. Creer que ha de suceder alguna cosa. Permanecer en un lugar... hasta que ocurra algo que se cree próximo. Ser inminente o estar próxima alguna cosa.*

Contra estas cuatro acepciones optimistas, una que puede interpretarse peyorativamente: *Detenerse en el obrar hasta que suceda algo.* Viene esto a cuento por el título de estos cuadernos, que aquí se reúnen en deseo de tiempos mejores; y para salir al paso de posibles interpretaciones dolosas: Nada tienen estas páginas de espectadoras o expectantes, ya que, entonces, hubiese recurrido a la crítica o al ensayo, única manera decente de detenerse y echar la vista atrás, o de esperar sentado. Andando también se espera, procurando otear salidas sobre la marcha. La verdad es que no espero el santo advenimiento: intento no darle tiempo al tiempo, en este horrible plantón que la historia ha deparado a los españoles. Sumo mi triste voz rota a tantos fragores, a ver si no se sume, y puedo ayudar en algo: peón caminero.

Pese a lo que pueda parecer en su soledad, *Sala de espera* no es un esfuerzo singular, sino que tiende a encajarse hombro con hombro, hombre con hombre, solidariamente, con el trabajo de todos por la reconquista de España, tan perdida hoy en brazos de la crueldad, la desfachatez, lo necio cerrado, la mentira y la cursilería.

Las distancias entre justicia y violencia son, hoy, cada día menores. La gente se acostumbra a considerar la razón como servidora de la fuerza. Nunca ha tenido la hipocresía campo tan despejado. Por todos lados vencen el chisme y la policía. Tienden a señalarlo estas páginas, con los descansos naturales. Que no sólo de política

vive el hombre, aunque sea el motor principal de nuestro tiempo, para bien o mal de las letras. Las cosas son como son y como nosotros queremos que sean. Así de entreverado va el mundo.

Las dificultades editoriales, no sé si sólo presentes o crónicas, y el poco interés que mi literatura despierta, me han llevado al presente método de entregas mensuales, con la ayuda de mis suscriptores y de los *Gráficos Guanajuato*. Escribir, en español, nunca ha sido un buen negocio.

Pertenece, lo que aquí se recoge, a diversos libros que quizá vean la luz algún día en su forma normal. Las obrillas de teatro son de una *Breve escala teatral para comprender mejor nuestro tiempo*; algunas narraciones, del segundo volumen de *No son cuentos*; otras prosas, de *Zarzuela*, miscelánea que anuncié hace tiempo. Los versos no tienen nombre.

Voy a seguir. A ver quién se cansa antes.

Abril de 1949 MAX AUB

1

El matrimonio

Una escena terrible, una escena espantosa, de esas que no se olvidan; la sala era pequeña, pero muy amueblada: dos consolas, dos sillones, dos parejas disparejas de sillas, dos vitrinas —la una alta, la otra baja, estrecha la primera, ancha la segunda—, dos cornucopias doradas y de edad dudosa, dos lámparas, la una colgando, la otra de pie. No había sofá, no cupo y descansaba frente a los pies de la cama, en el dormitorio de al lado.

El pobre marido estaba hundido en un sillón. Su pobre cuñado estaba apoyado en el marco de la puerta que daba al recibidor. Su triste concuñada apenas se sostenía con las manos en la mesa. Todo estaba en penumbra. María se moría. María era la esposa del marido, la cuñada del cuñado, la prima de la cuñada; andaba por los alrededores de los sesenta años y tenía unas ojeras tremendas, unas ojeras que le comían toda la cara, que no dejaban nada para los demás. De estatura regular, de corpulencia media, menos la cabellera larga y descolgada (el orgullo de la casa). Sobrevestía camisón, que debajo llevaba numerosas chambras y refajos superpuestos en vano intento de vencer el frío; no venía éste de las afueras, sino de la muerte evidentemente próxima. La casa olía a col frita: no era cosa de momento, la casa olía a col frita desde hacía más de cuarenta años; cuando el matrimonio vino a vivir ahí.

La moribunda pudo con todos, nadie logró convencerla, ni sujetarla en la cama. Se levantó y se fue a la sala. Estaban todos muy conmovidos porque inmediatamente se dieron cuenta de que aquella mujer venía a despedirse —para siempre— de aquellos muebles, de aquellos objetos que habían sido parte de su vida durante más de cuarenta años. El cuñado gasta un largo bigote lacio y tiene los

ojos enrojecidos y lacrimosos; aquello no era circunstancial sino constante, pero ahora, por vez primera —era una familia muy unida—, se daban cuenta de que aquello estaba bien, en ese momento preciso. Nadie se movía aparte de la futura muerta. Iba ahora de la vitrina pequeña a la vitrina grande, andaba con dificultad, pero sola. Había rechazado —todavía con fuerzas— cualquier ayuda. Andaba arrastrando las pantuflas que su esposo le regaló hacía diecisiete años, para la Navidad. Dicho sea en su favor, lo cierto era que las había gastado muy poco. Ponía las manos, las palmas de las manos, sobre los muebles y las dejaba allí, un momento, para luego arrastrarlas hasta el borde. Pasó frente a la ventana —que daba a un patio interior, pardo, oscuro desde hacía más de cuarenta años— agarrándose un poco al terciopelo verde pasado de los cortinones, y llegó a la vitrina grande donde, tras unos cristalitos biselados, lucían unas porcelanas de leche brillante con filetes de oro; se quedó quieta un momento. Fue a la consola, pasando antes frente a su cuñado, al que miró y no vio, o no quiso ver, o no reconoció.

En la consola —negra de madera, blanca de mármol—, además de dos floreros de cristal azul, estaba el retrato del hijo único y su mujer: un retrato ya viejo, hecho en Buenos Aires, donde estaba hacía muchos años, escribiendo poco y sin ganas.

El pobre marido cambió de postura para seguirla con la mirada. Se daba cuenta de que de ahí a pocas horas, a lo sumo algunos días, se quedaría viudo. En el fondo no le molestaba porque evidentemente tenía cara de viudo. Él —en su interior inexpresable— siempre había sentido que acabaría viudo. No sabía el porqué, y si se hubiese dado cuenta se lo hubiera reprochado con indignación, pero era así. La pobre señora seguía dando su vuelta última. Se paró más tiempo frente a dos cuadros, dos cromos con marcos dorados: el uno representaba a Santa Ana, el otro una andaluza con peineta y mantilla blanca. Ambos tuvieron su pasadita de mano. Los tenía desde siempre. Era lo único que había traído a aquella casa, no que fuese de condición inferior a su marido, pero, como era natural, él lo puso todo. Hacía más o menos cuarenta años que los veía como estaban ahora: cada mañana, cada tarde, cada noche al ir de su cuarto al comedor o al revés, del comedor a su cuarto; que sentarse allí, en la sala, no lo hicieron mucho. Se quedó parada, vacilando. Su marido se levantó y fue hacia ella, su cuñado dio un paso adelante. Pero la mujer rechazó la ayuda con indiscutible autoridad y siguió su ronda. Nadie se engañaba: se estaba muriendo. El esposo se quedó plantado cerca de ella, los pantalones caídos, por los tirantes desabrochados, sostenidos por la sola comba del vientre que tenía lo suyo, los pies en las pantuflas que su esposa le había regalado hacía dieciséis años, la cara abotagada, el bigote al garete, las manos encallecidas, las uñas negras de por sí. La enferma se había vuelto a

detener frente a un espejo de marco negro desconchado. Un espejo con manchas, desteñido, medio muerto, donde las cosas se reflejaban distintas y con nubes. El pobre marido se creyó en la obligación de intervenir, mandar y recomendar —suave pero enérgico a la vez— que volviese a la cama. Su todavía esposa se le volvió cara a cara, lentamente, lo miró fijo durante un momento, que se le hizo larguísimo al hombre, y luego —remontándose a una cima inesperada y feroz de desprecio— dejó caer unas palabras como una avalancha.

—¡Quieto! No te he querido nunca.

Y se fue, todavía derecha, al dormitorio, a acostarse y morir en la cama donde había cohabitado más de cuarenta años con aquel señor. Fieles ambos como perros idiotas.

2

Muerte

La ventana se abre sobre tejados y chimeneas. La buhardilla es estrecha. El menaje pobre, alegre, gustoso. La mujer juega con su marido, ríe, se desliza, le quiebra. El hombre la cerca, la busca, impaciente. Ella, de un salto, se encarama y se sienta sobre la barandilla del balcón del séptimo piso. Las manos bien cogidas al hierro horizontal. Las posaderas se le van un poco afuera. La falda negra, las medias pajizas. Ella se dobla hacia adelante riendo. Las faldas se le sobresuben hasta las rodillas descubriendo una liga verde. De pronto le giran las muñecas, se desfonda, se cae hacia atrás, horriblemente desfigurada, se hunde. El hombre se precipita hacia el balcón. La mujer va cayendo en el vacío, sólo se ven las faldas negras, las piernas claras, circundadas, más allá de las corvas, por las ligas verdes. El hombre la ve caer, la ve inmóvilmente caer. La ve caer para toda la vida. La ve llegar al suelo y quedarse allí abajo de la misma manera que caía por el aire: la falda negra, las medias pajizas, las ligas verdes. Un instante cree que sueña, que ella se va a levantar, que no ha pasado nada. Va a gritar. De pronto piensa en que si lo hace creerán que ha sido él o ella: crimen o suicidio. Seguramente se va a levantar. No pasa nadie por la calle. De pronto, de la acera que no ve, sale un hombre que toma a la mujer por los sobacos y la arrastra. Queda una mancha roja, oscura, brillante, enorme. El hombre baja hundiéndose, cayendo escaleras abajo de un golpe.

3

Tibio

Hablo. ¿Hablo con quién? Contigo, conmigo. Hablo con todo lo que me rodea. Si yo fuera todavía mi abuela te escribiría o me escribiría en un diario con cantos dorados y cerradura chiquita asegurada con una llave que guardaría en mi seno. Pero hoy escribir cuesta mucho. Todo se resuelve hablando por teléfono. Cuesta mucho menos mover la lengua que la mano. Hablo contigo esperanzada, sabiendo que no vendrás. No vendrás hoy. Lo has dicho: No me esperes. No te espero y sin embargo cada ruido que sube de la calle o viene de la escalera me pareces tú. Espero verte entrar en cualquier momento. Oigo el ruido de tu llave en la cerradura. Ya se corre el pestillo, ya chirrían leves los goznes, ya estás aquí. Pero no. No vendrás. Estoy segura de que no vendrás. Lo repito para ver si el encantamiento de la palabra hace nacer en ti, donde estés, el deseo de venir a verme. Ya sé que no me quieres. No es ésta la frase exacta: Sé que no es que no me quieras, pero tampoco me quieres. No me quieres ni me dejas de querer. Ni siquiera me quieres un día y dejas de quererme al otro para volverme a querer el siguiente. No: eres un amante tibio. Ni frío ni caliente, ni indiferente ni apasionado; medio, mediocre, mediano, descuidado, indiferente, flojo, porque sí: Que para ti es igual que: porque no. A veces me pongo a pensar que haces eso premeditadamente, que lo haces para desesperarme y que te quiera más. Pero esto son figuraciones mías. Tú, que no sabes cómo te quiero y que si lo sabes no te quieres dar por enterado. Ni me das importancia, ni me la dejas de dar. Me abandonas entre dos aguas, entre dos corrientes contrarias que me tienen prisionera desde el primer día. Tú, amurallado por una barrera infranqueable; tú, que nada me dices claro; tú, que me dejas adivi-

nar sin asegurarme nunca que lo que imagino es cierto. Acaso sí, acaso no. Infranqueable. Y aun así te quiero. Te quiero, desasido.

Si por lo menos me llamaras por teléfono y oyera tu voz. No sabes lo que acompaña, tibio y egoísta señor mío. Te quiero y estoy contenta de que lo sepas a pesar del daño que me haces. ¡Quién me lo había de decir, hace ya un año, cuando nos presentaron, que eras como eres! Alto y moreno, es decir, para mí, que creo en lo que veo, fogoso, lleno de vida, gran señor, casi atrabiliario, seguro de ti, yendo hacia la meta con los ojos cerrados y sin darle importancia a los obstáculos. Moreno, de ojos claros, apasionado. Y saliste tú: tibio, egoísta, calculador. Y te quiero y me tienes atada hablando así contigo como si estuvieras ahí delante de mí con la calvicie que te agranda la frente orlada de canas recién nacidas. Flaco, jugando con tus manos largas, preciosas y tus uñas cuidadas. Te ríes de mí. Me dejarás cualquier día porque sí o para irte con otra y yo me quedaré sola. Ya vieja, vieja de todo, sin esperanza. Ya sabes que no me mataré, y así ni siquiera puedo jugar al albur de la compasión.

Lo he abandonado todo por ti. Ya no salgo, ya no veo a nadie. Lo hago por mí. Todo me cansa en seguida. Todo me pesa. Lo que antes me divertía, lo que antes me entretenía (un bridge, un té, un paseo, los escaparates) me tiene hoy sin cuidado, todo cae a mi alrededor, oscuro, sin importarme nada. Voy por la calle como por casa. Lo único que deseo es sentarme en esta butaca y esperarte. El cine. Sí, pero contigo. Con tu mano en la mía. Nada más: El cine porque está oscuro y no te pueden ver conmigo. Y bailar. Pero eso a ti no te gusta. Me encanta bailar. Pero a ti no te gusta bailar. Si entraras ahora y me dijeras: Vámonos a bailar. . . A bailar. A dar vueltas. Atada a ti. Desmadejada por la música. Arrullados por ella, al vaivén del aire que la lleva. Sintiendo tu peso en contrapeso del mío para girar. Girar, girar. Como si nosotros fuésemos el centro del mundo. En nuestro mundo chiquito que empieza donde empiezas tú y acaba donde acabo yo. Si entraras ahora y me dijeses: Vámonos a bailar. Me pondría el vestido negro y el collar de plata y estrenaría las medias que Luz me ha regalado. Aún me quedan unas gotas de perfume. ¿Qué tomarías tú? ¿Qué tomaría yo? Te diría: ¿Hace frío? Me pondría un abrigo negro y unas flores en la cabeza. Pero a ti no te gusta bailar. Hace más de cuatro meses que me prometiste. . . Ya no insisto. Sé que si te lo recuerdo te molestaría y te irías unos minutos antes de lo acostumbrado. No me lo digas, no. Ya lo sé, Carlos. Ya lo sé. Yo soy una costumbre para ti, pero ¿sabes que en el fondo, en el fondo, como una lucecilla, me alegro? Soy ya una costumbre: algo sin lo cual ya no te puedes pasar, algo que, si te falta, te pesa, te extraña. ¿Lo digo?: te molesta. Si no vienes a verme cada

día —casi cada día— notarías un vacío en la tarde, como si la noche no acabase de caer. Algo te faltaría. Te faltaría yo. No me lo niegues. No llegue a tanto tu presunción ni el darte importancia. Reconócelo. Te faltaría. Ya ves, me conformo con que me eches de menos. No quiero ser ya un bulto en tu vida, sino querencia, vacío. Así soy y estoy de pobre, Carlos. Descalza, sola, aislada, y no me importa. Te espero sabiendo que no vendrás. Creyendo oír el ruido de tu llavero, tras tus pasos, en el descansillo de la escalera. Enciendo la luz. Voy a coger un libro para no leer y recordar, acaso mi niñez libre y alegre. Pero tú vendrás y lo borrarás todo, a pesar de tu desgana, de tu apatía, de tu desinterés por lo que no sea tuyo, de tu lejanía. Siempre estás lejos, Carlos. Quizá te quiero más por eso, horizonte mío, tibio amor. Aquí me quedo. Ven. ¿No me oyes? Ven, abandonado, ven. No lloro. Porque si lloro lo notarás, y te molestará. Pero no vendrás y lloro, mediocridad, mi amor.

Plegaria a España,

Según los salmos LXXIX y LXXX

¡Oh, España! ¡Oh, mi país contaminado,
Puesto en montones y en almoneda,
Carnicería sin fin abierta a los cielos,
Madre de cuervos!*
¡Oh, España mía, violada cada mañana!
¡Oh, España nuestra, cementerio abierto!
¿Por qué nos desamparas?
Aquí estamos por ti y tenemos que soportar
las risas y las burlas

*Léese en la *Historia de los heterodoxos españoles*: "A este propósito recuerda el Sr. Bonsor dos pasajes de Silio Itálico, que enumerando los ritos fúnebres de varios pueblos, dice que en la tierra ibera fue costumbre antigua exponer los cadáveres para que se los comieran los buitres:

Tellus, ut perhibent, is mos antiquus, Hibera
Examina obsceenus consumit corpora vultur.

(Púnica, I. XIII, 471-2)

His pugna cecidisse decus, corpusque cremari
Tale nefas: coelo credunt superisque referri,
Inpastus carpat si membra jacentia vultur.

(Púnica, I. III, 341-3.)"

Que despiertan tu amor.
Somos afrentados porque creemos en ti.
¿Hasta cuándo, España?
Tú que eras todo oídos, tú que eras los ojos
de todos y cada uno de nosotros.
Allá envuelta en tu mar inaccesible.
¡Derrama tu ira sobre los que no te aman,
No dejes rastro de ellos,
Anticípanos tu misericordia!
¿Por qué dicen todos, con sus malos ojos,
Dónde está vuestra España?
Ayúdanos por la gloria de tu nombre.
Y líbranos y perdona nuestros pecados,
por la gloria de tu nombre.
¡Álzate ante todos! Oye el gemido de tus presos,
La venganza en la sangre de los que te quieren bien,
De tus obreros, España.
Conforme a la grandeza de tu nombre
preserva a los condenados a muerte.
Y vuélvenos a tu seno.
Y revuelca en la infamia a los que te han deshonrado,
Nosotros somos tuyos, España, en el destierro.
Quisiéramos tener manos en tus costados,
Brazos por encima del Océano.
Haz que se callen la boca,
Que nosotros no podemos.
Se ríen. ¿No los oyes? Se ríen de nosotros,
del amor que te tenemos,
De lo que somos,
¡Oh! lejanos, lejanos desterrados.
Ven a salvarnos.
¡Oh, España!, haznos tornar.
¿Hasta cuándo humearás tú contra la oración
de tu pueblo verdadero?
Tú que extendiste la vid hasta el mar
y los mugrones hasta más allá.
¿Para qué? ¿Para que se alimenten el puerco y la bestia?
¡Oh, España!
Vuélvete a nosotros y sálvanos, castiga a los culpables
con los brazos y los muñones de la vid.
Quemada a fuego estás, asolada, patria,
tierra de todos, vieja España nuestra.
¡Clávales las lenguas! ¡Ábrete y traga a los traidores!
¡Haz que nuestros brazos puedan ayudarte!

4

Trópico noche

Tierra caliente. Grillos, cucarachas, lagartijas por la cal blanca del cuarto. Corren, se detienen. Punto y raya. ¿Qué aguardo si estoy solo? ¿Qué espero? ¿Qué me desasosiega?

Puerta cerrada que me acecha, y yo que la acecho. La tierra que me acecha, y yo que la acecho. Desconfianza. Inseguridad. ¿Quién vive? Todo vive: Tardo, lento, sin fin, agarrotado por el calor y el movimiento, que vigila. Todos estos bichos que me vigilan, todas estas alimañas que vigilo. Vigilia caliente, en vilo. Vileza alimañera. ¿Quién me mira? ¿Esa gota que rueda por mi cuello, hacia mis espaldas, ya fría? Esa tierra que me espía, al husmo, despierta con un ojo solo. Esa tierra cargada de bichos engendrados por el calor. . .

Ese calor, esa fiebre que rezuma del mantillo. Ese ahogo, ese fuego lamido por el ruido del mar.

Este bochorno, este ardor mate.

Esta mariposa enardecida por la lámpara, empedernida de furor por penetrar en la luz artificial, cerrada a todo lo que no sea su deseo. Y este zancudo al que debiera aplastar, convertir en plasta sanguinolenta, ahí mismo donde está.

Grillos, agujeros, un cacareo lejano, otro; ladridos encadenados, perdidos. Un grajo, y el fondo continuo, muerto, del mar. Una mosca, un mosquito, otro, todos engendrados por el calor. (Pasteur miente.) Engendrados por el calor, como el agua salada del mar, y el sudor y la inquietud, y la acechanza, y la intranquilidad. Ese susurro, ese golpe, ese latir, ¿es el mar o las palmas en el viento? ¿O el viento suave, traidor, por las palmas?

Si bajo a dormir en la hamaca, entre los cocoteros, la luna no me ha de dejar. El Pacífico muriéndose, a mano. Por lo menos desde

aquí no le oigo. O creo que no le oigo. Si me fijara bien, lo oiría.

Quieta lagartija fija en la mosca y que, de pronto, se la traga. Vaguedad de un mundo preciso. ¿Qué espero? ¿Dormir?

Deslizarse, como un bulto, por la pendiente del sudor. El sueño, como una serpiente, arrollado a los pies de la cama.

A lo lejos, bajo la luna, la suciedad acumulada del pueblo, triste, pequeño, desconchado, desportillado. Los cocoteros y la luna. Trópico de tarjeta postal, trópico verdadero.

De cómo las lagartijas se comen las moscas, o la mejor táctica militar. ¿Qué espero de la puerta cerrada? ¿Qué acecho en esta tierra que acecha si me guardan las iguanas? ¿De dónde ha salido esta nueva mariposa si me guarda la tela metálica? Telaraña. No, no hay telarañas en el cuarto. Araña negra, escorpión, alacranes, garrapatas, tarántula, serpiente. Todo se arrastra, pica, roe, vuela, zumba, muerde, punza...

Impotencia. Todo se mueve, menos uno. Caen los párpados para volver a abrirse. ¿Qué rueda, qué se desliza? El sudor por la frente. La luna por el cielo claro y sin estrellas. Querer volverse del otro lado, y no poder, ¡oh, red! ¡Un puñal para asesinar el bochorno y echarlo al mar!

Escalofrío de las palmeras, respiración monótona del mar. Viento a ras de tierra, caliente. Y la serpiente, la serpiente...

Una criada

Verano madrileño. Ventanas entornadas, persianas contentándose con dar sombra caliente. Calles desiertas, allá por la Glorieta de Bilbao. La maritornes fisga por entre las maderas oblicuas. Suspira y se vuelve. Mira la sala y el trabajo que le queda. Derrengada, arrastra las zapatillas zarrapastrosas y se deja caer en un sillón de damasco amarillo con sus partes de ébano. La refleja un espejo desazogado. No se ve.

—Pase, señora, pase. Sí, han salido, las chicas pidieron permiso... Ahora, en verano, ya ve usted... Estoy sola en casa. Han ido a refrescarse. ¿Cómo está? ¿Y don Miguel? ¿Sigue tan rumboso y tan bien plantado? Siempre que entra... No sé lo que me digo, mire usted lo que son las cosas, iba a decir que siempre que viene me da propina. ¡A veces le pasa a una cada cosa por la cabeza! Pero, siéntese, por Dios, siéntese. ¡Qué calor! ¡Qué polvo! Entra por todas partes. Ya puede usted cerrar, limpiar. Es como la radio, se filtra. Y una que habla y aún no le he preguntado cómo está Merceditas. Ya me han

dicho que le habla Joaquinito Salvatierra, ¿no? Me lo ha dicho la señora. ¿Cuándo es la boda? Las bodas de hoy ya no son las bodas de ayer. ¡Las de mi tiempo, aquellas sí que eran bodas! Aquí ya ve usted. . . ¿Mi marido? Ya le conoce. No es la diferencia de edad. Yo siempre soñé casarme con un hombre maduro. Las canas visten mucho. Con su permiso voy a seguir quitando el polvo, sobre todo al piano; con tantos entalles no acaba una nunca. Y cuando cree una haber acabado. . . Ya ve usted, bueno, usted ya lo sabrá: Lo de Mariquita Ferrándiz. ¿Que no? Se ha fugado con su profesor de canto. ¿A usted qué le parece? A mí no me parece mal. Una tiene que casarse con quien le gusta. Porque, dígame usted, señora: ¿hay algo mejor que el amor? Si no fuera por estos ratitos ¿cómo se podría vivir? No se sonroje, estamos solas. Las chicas han salido. Yo siempre que puedo las dejo libres; usted no sabe lo que es estar limpia que te limpia. . . Y me acuerdo de mi tiempo. Si no fuera por el amor y sus adláteres —que decía Manolo— ¿cómo iba usted a vivir? El amor manda, como dicen los Quintero. ¿No son los Quintero? No sé, lo mismo da. ¡Lo que me gusta a mí el teatro! ¡Ese Lara, esa Infanta Isabel, esa Concha Catalá! ¡Esa Leocadia Alba! ¿No le gusta a usted el teatro? Creo que ya está limpio. ¿Usted no sabe que el señorito Manuel quería ser actor? ¡La que se armó! Hubiese sido mejor que no irse a morir de capitán de Marruecos. ¿Qué les hemos hecho a los moros para que los tratemos así? Además dicen que son unos hombres de verdad. De verdad, de verdad, bien plantados, pero que muy requetebién plantados. Yo no me asustaría de verlos por aquí. ¿Se sonroja usted, doña Matilde? No se preocupe, estamos solas. Déjeme un sitio, aquí, a su lado. Y aprovechando, ¿dónde compra usted los sostenes? Porque da gloria verla, y no es que suponga que lo que se ve no corresponde a lo que parece, pero hablo por mí, y a veces hacen tanto. . . ¿Yo? Sí, ya ve, mi marido con los chicos en Santander, hasta mediados. Yo me he quedado por lo del hígado. No había más remedio. El mar no me conviene. ¿Quién dice usted? ¿Santiaguito? No, por Dios. Pero. . . ¿por qué me lo pregunta? Sepa usted que no admito indirectas. Don Santiago López es un caballero, yo soy una señora y usted, Doña Matilde, una deslenguada. ¡Y por ahí se va a la calle! A usted ¡qué le importa si recibo o dejo de recibir!, o si paseo por Recoletos con él o dejo de hacerlo, o si me lleva al cine o me deja de llevar. Yo hago lo que me da la gana, por eso soy la señora, y todavía joven y todavía guapa. ¿Qué tiene usted qué decir? ¡Calle usted, esperpento! ¡Calle usted, esmirriación! ¡Calle usted, adefesio! Y váyase calle adelante meneando el trasero; ¡a ver quién la sigue! Todo eso es envidia. ¿Que mi marido es viejo? ¡Bueno! ¡Mío y no de usted! ¿Qué mis amigos me regalan y a usted no? Lo siento. ¡Dónde iríamos a parar! ¿Que me llevan a los toros? ¡Los cuernos para usted! ¡Para sus batidores los quisiera doña Pelada! Y

menea y remenea. A falta de palmito le sobra lengua. Y si me gusta Santiaguito ¿qué?, ¿no es bien plantado? ¡Por Dios, Santiago, no sea así! Ya le dije que amigos: bueno, pero más, no. ¿Que me quiere? Lo sé porque lo dice. ¿Que no lo creo? ¡Naturaca! ¿Por qué me iba usted a querer a mí, con tantas como hay que valen más que yo? ¡Ah!, ¿sí? ¿Mi marido? Déjele. Es de mal gusto hablarle a su mujer de su marido. Igual que si me preguntara a cuánto sube la cuenta de la plaza. Una mujer casada es una mujer bien guardada. ¡Ni que fuese usted Tulio Carminatti o Rodolfo Valentino! Vino a mí hecho un obelisco, pero yo soy yo, y no como tantas. No lo digo por usted, doña Matilde. Pero. . . Pase, pase. Sí, éste es el salón. Sí, lo hemos arreglado hace poco. No. Es usted muy amable, ha quedado bastante bien. Lolita tiene mucho gusto. Esta lámpara es de Venecia, los apliques no sé, creo que de los Almacenes Rodríguez, pero recogen mucho polvo.

Suena un timbre. La maritornes grita: —¡Voy! *Deja el plumero, deja la gamuza. Abre la puerta contigua. Se asoma, pregunta*:

—¿Mandaba la señora?

5

Poesía desterrada y poesía soterrada

Quizá no hubo nunca tantos poetas españoles, desde luego jamás estuvieron tan repartidos. La pérdida de la guerra echó los mejores a los cuatro vientos: a Juan Ramón Jiménez, Salinas y Guillén, en Norte América; a Cernuda, en Londres; a Alberti, en Buenos Aires; a Díez-Canedo, León Felipe, Larrea, Moreno Villa, Domenchina, Prados, Garfias, Ernestina de Champourcín, en México; a Altolaguirre, en Cuba; a Espina y Quiroga Plá, en París —y a Ramón Gómez de la Serna, y con otro punto de vista, a la Argentina.

¿Quiénes quedan en el solar vendido? ¿Dámaso Alonso? Hace meses que corre por tierras americanas. Allí está, rehén de su salud, Vicente Aleixandre. ¿Quién más? ¿Antonio Machado? ¿Federico García Lorca? ¿Miguel Hernández? ¿A quién echamos en el otro platillo de la balanza? ¿A Gerardo Diego, Ardavín, Marquina, Pemán, Panero? Hecho está, y no va más.

Lección imperecedera que —a pesar de todo— acabará hundiendo a la estupidez reaccionaria entronizada hoy en España.

No hay ayer sin hoy: el destierro ha visto desarrollarse poetas importantes cuyo mejor ejemplo parece ser Juan Rejano. Poco se sabe de la mayoría de ellos. París, Londres, o las universidades norteamericanas no son lugares propicios para irradiar su labor. Las dificultades de las intercomunicaciones son más efectivas de lo que a primera vista pudiera parecer.

Y, en España, de esos epígonos han muerto tuberculosos, como tantos en tanta juventud quebrada, los que, a primera vista, podían parecer mejores: José Luis Hidalgo y Bartolomé Lloréns, convertido este último al catolicismo en las últimas semanas de su vida. Ambos eran republicanos.

Muchos libros y revistas se publican ahora en España. Para quien sepa leer, en los cantos de angustia y muerte, escritos a veces con verdadero talento, nacidos ante todo de una autenticidad desesperada, módulo de la generación, la enorme mayoría de autores están deseando salir del oscuro túnel en que agonizan. Casi todos tienen puestas sus esperanzas en alcanzar la frontera. Frente a la poesía desterrada hay, en España, una poesía enterrada, o mejor: soterrada, en espera de la luz.

No hablo por hablar, ni invento: cito.

La vida para nosotros es dura, terriblemente dura. Todo hombre joven de incuestionable vocación universitaria tiene ante sí el siguiente paisaje augural: primero la lucha frente a una nueva modalidad del joven (o lo que sea) español que se adscribe a una determinada comunidad que se encarga de empujarle y, lo que es peor, de encasillarse; segundo con los viejos prejuicios, y tercero con la ignorancia elemental de quienes están sobre él. Todo, sin dinero, sin comida, sin ningún otro género de expansiones, trabajando mucho y ¿para qué? Para que llegue un día, si llega, en que pueda sentarse en una cátedra, o alcanzar posición semejante, y hallar que sí, que ha logrado su anhelo íntimo, pero que la sociedad en que vive considera su misión de tan ínfima categoría que no le permite ni lo más elemental para subsistir.

Consecuencia natural: apartamiento casi absoluto (¡esto es gravísimo!) de la vida intelectual. Se prefiere danzar la frenética danza, dorada y brillante: fin de las vocaciones universitarias. Los que llegan son, en la mayor parte de los casos, marionetas encarnadas por un hábil tirón de hilos. Son los que han cedido y han dejado de ser. Y esto en todos, absolutamente en todos los órdenes de la vida intelectual. Se está tratando de asesinar el alma y el cerebro de una generación. Y lo dramático es que se está logrando. Quedamos muchos que mantenemos y mantendremos a toda costa encendida la llama. ¡Qué solos nos sentimos ahora! Pero por eso hemos llegado a tener plena conciencia de nuestra responsabilidad.

Acabo de terminar la lectura de "Ganarás la luz". ¡Qué impresión tan extraña! Al leerlo he sentido tan honda su desgarradura que he tenido la seguridad de que yo presentía ese libro. Conocía ya fragmentos pero no dan idea de lo gigantesco del mismo. León Felipe, que hasta ahora, para mí, era un poco "payaso de las bofetadas" con barba, se me ha revelado como genial intuidor de la tragedia no sólo de España sino de la humanidad entera. Es un libro que duele muy hondo. Hay momentos en él de esquizofrenia, palpitar reflejo de este vivir esquizofrénico de la época, que por rozar los límites de la locura sublime, de nuestros sublimes locos, llega a alturas infinitas. Esta poesía será para el futuro el alma de estos tiempos: quedará como prueba de lo que fuimos todos.

Nadie como él ha dicho verdad tan grande de España, de esta Espa-

ña muda. . . Pero lo más extraordinario es que me he dado cuenta de que el acento desgarrador del desterrado, viva dentro o fuera, es el mismo siempre. Ése es el signo de las pocas canciones que por aquí se cantan, aunque sea en voz baja y entre amigos. Muchos, yo con ellos, quisiéramos decírselo así a León Felipe y, a la vez, darle las gracias por lo que ha hecho por nosotros.

Y hablando de otro:

Sus obras nos traen, después de muchos años, el olor de un aire sin muros ni rejas. Un clima literario que nosotros no gozamos, ahogados por temblores y censuras. Una literatura escrita en voz alta. . . La nuestra, lo que todavía puede llamarse literatura, está escrita al oído del amigo —si es de confianza— y lleva en sí la condena de esterilidad. Esterilidad producida ante la desilusión de ver bajar a la fosa a todos nuestros hijos, horas después del parto.

Otros escriben de otra manera, pero el tono es idéntico:

He pasado años enteros sin ver a nadie, sin saber de nadie. Esta soledad mía se me ha enconado, pero no estoy muerto. Todavía me siento respirar, todavía aliento, todavía estoy vivo. Todavía estoy vivo cuando hay tantos muertos. ¿Comprendes? Tantos y tantos muertos. Nadie sabe nada. Nadie.

Durante años enteros no he hecho nada, no he podido trabajar en nada. He vivido, pues, de milagro. Sigo sin tener dónde caerme muerto. . ., aunque aquí se cae uno muerto por menos de nada.

De este último son los versos que siguen:

El corazón vestido de tormenta,
Desesperado voy, desesperado.
Me pudre la derrota en el costado.
Me duele este incendio y esta afrenta.

La sombra con mi sombra se acrecienta.
(Desesperado voy, desesperado.)
Ya no queda poeta enamorado
Ni queda ya más luz que la que afrenta.

Ando fuera de mí. Soy mi destierro.
Navegaré esta noche arrebatado,
Loco, desesperado, perseguido.

6

Elogio de las casas de citas

Allí todo es claro, sin problemas, matemático. Las escaleras varían, pero no la tranquilidad recoleta que las envuelve: Casa burguesa con lejano tufo de comida media: ¿de la portera?, ¿de los inquilinos? Mezcla. Lento ascensor ensortijado de hierros colados, pintojos de anilina plateada, de difícil puesta en marcha e incontrolable botón de descenso. Alfombra a medio uso.

Timbre apagado. Quién avizor. Entreabrir sigiloso.

—Pase usted.

—¡Ah! ¿es usted?

—¿Todavía no ha venido?

—Entre aquí. Pase usted.

Gruñido.

—Tanto tiempo sin verle.

El tono, como siempre, según las relaciones, las propinas y los conocimientos.

Pasillo oscuro. Cortinas de gro o terciopelo. Las aparta la gerente. El mundo es capitalista y descubre un salón oscuro con su tresillo de damasco ajado —azul, rojo o verde—, mesilla en el centro con uno o dos ceniceros, de cristal o de latón, según. Alfombra roída de estilo que fue persa. Almohadones de satén y una muñeca historiada, sentada, con los ojos muy abiertos, en una esquina del sofá. El empapelado —serio, triste— se adorna con su Sagrado Corazón de Jesús, rojo y amarillo, enmarcado de negro. En una esquina un pie, de estilo vienés, sostiene un jarrón con flores artificiales descoloridas por la electricidad y el tiempo. Una ventana cerrada da, sin duda, a un patio interior. Tranquilidad. Silencio grato.

—Siéntese.

Gruñido constante. ¿Para qué llegar al esfuerzo de la palabra? Todo está claro.

—Ahora vendrá.

Gruñido.

—Espere un momento. Ahora sale.

Siempre: —¿Me permite?

Y la proxeneta desaparece en el revuelo del cortinón. Entonces el hombre saca un cigarrillo. Lo enciende pausadamente, mira el Corazón de Jesús o la Sagrada Familia, y se sienta satisfecho. El ruido de una puerta se abre, una voz: —Aquí no, allá.

Y entra, natural, sin vergüenza, lenta, sonriendo, una mujer joven, agradablé, sencillamente vestida.

—Buenas tardes.

(Siempre es por la tarde, a veces al mediodía, nunca por la noche.)

—Buenas tardes.

Y se quedan quietos un momento, mirándose.

—Siéntese.

—Muchas gracias.

—¿Fuma?

—No, o, sí.

No tiene importancia.

—¿Vamos?

—Vamos.

Entra la encargada. Sonríe con gusto. Las manos cruzadas sobre la cintura si tiene vientre en que reposarlas. Detiene a la mujer que iba hacia la puerta.

—No. Allí no. Al fondo.

El hombre recoge su sombrero que había dejado en una silla de enea, sigue a la moza pasando ante la celestina que sostiene el paño; la saluda al pasar. Siguen por el pasillo oscuro hasta la última puerta.

La habitación es sencilla, burguesa. Un biombo oculta el blanco esmaltado del lavabo, del bidé. La muchacha cierra la puerta con el pasador.

—¿Cómo te llamas?

—Luz, María, Trinidad, Paloma, Graciela. . . (El hombre la toma en sus brazos, la besa. La mujer, agradecida, participa. Se separan, se sonríen, quizá se vuelvan a besar.)

—Con tu permiso.

La muchacha pasa tras el biombo mientras el hombre se quita la chaqueta que deja o lanza sobre una silla, se sienta en la cama, desenlaza las majuelas de sus zapatos. Óyese tras las mamparas de cretona el correr natural del agua y el glu glu del lavatorio. El hombre, desnudo, se recuesta en el lecho. Espera la aparición de la joven. Ha dejado su reloj, el paquete de cigarrillos y las cerillas sobre la mesilla de noche. La mujer se acerca en la suave penumbra sos-

teniendo —¿escondiendo?— sus pechos con las manos cruzadas. Pregunta:

—¿No tienes frío?

El hombre niega. Se incorpora. La muchacha lleva, quizá, todavía, sus pantaloncillos de seda de color de rosa. Aparta con fuerza las sábanas y se mete entre ellas.

—¿No vienes?

El hombre tira el cigarrillo a la buena de Dios y se tumba a su lado. Se miran un momento; muy cerca el uno del otro. Están despreocupados, satisfechos, cariparejos; él, afeitado, ella cejihecha; limpios. Indiferentes a lo que no sea lo presente, quietos, en paz. Sintiendo el frescor de la tela y el suave olor de la epidermis contraria.

Se besan. Tienen parte, de mancomún. (Si en ella es ficción, sólo ella lo sabe.)

Él: —Me gustas.

Ella: —¿Si? Me alegro.

Él: —¿Qué haces?

Ella: —En casa. . .

Enciende un cigarrillo. Una música suena muy lejos.

—¿Qué hora es?

Apoyándose sobre un codo, el hombre alcanza su reloj en la mesilla.

—Las seis. ¿Tienes qué hacer?

—No. Luego.

Lasitud, lasitud plácida. Descansar ledo.

El hombre pasa su brazo bajo la cintura de la joven. Besa su pecho. Tierna lujuria de sus vellos. Nuevo maridaje. Agradecido beso final.

—Voy a lavarme.

—Anda.

El hombre espera, en cruz. Fresco correr de las abluciones.

—Ahora tú.

El hombre se levanta. Coge un beso al pasar y empieza a enjabonarse. Cuando reaparece con la toalla entre las manos, la muchacha se peina frente al espejo de la coqueta. Vístense.

—¿Vienes mucho por aquí? (Lo dice cualquiera de los dos.)

—No.

El hombre: —Toma.

La mujer: —Gracias.

Guarda el dinero con toda naturalidad.

—¿Sales?

—Me quedo un momento.

—Adiós, guapa.

En la puerta del piso, la tercera:

—¿Verdad que está bien? ¿Le gustó?

—Sí.
El hombre sale. Baja las escaleras a pie. Ligero.
No se vuelven a ver.
Decidme si conocéis algo más perfecto. ¡Oh maravilla del dinero!

7

La cárcel

PERSONAJES: VICENTA — ASUNCIÓN — TERESA — BASTIANA — CARLOTA — PACA — SUSANA — PILAR

Un calabozo. Su capacidad normal es para dos personas. Hay siete mujeres hacinadas dentro. Seis están sentadas en los dos camastros. Susana está acurrucada, en el suelo. Todas la miran sin decir palabra. Es de noche. Vicenta, vieja, rompe el silencio

VICENTA.—Esto no puede seguir así.

ASUNCIÓN.—O acabamos con ella, o acabará con nosotros.

TERESA.—Podríamos suicidarla.

ASUNCIÓN.—¿No esperabas volver aquí, chivata?

BASTIANA.—¿De qué te ha servido rebajarte y denunciar, basura?

CARLOTA.—Arrastrá.

BASTIANA.—Por lo menos, habla. Llevas ahí horas y horas sin abrir la boca.

ASUNCIÓN.—Por miedo de que le salgan sapos y culebras.

VICENTA.—Siempre se saca lo mismo al servir a los enemigos. Acaban por pegarle a uno la patada. Has tenido más libertad. Has dormido sola. . . es un decir. Ninguna te envidiaba.

PACA.—*(La más joven)* Y eso que dormir sola. . . con un colchón entero. . . para poder volverse de un lado a otro. . . *(Pausa.)*

VICENTA.—La verdad es que nunca lo hubiéramos creído de ti.

TERESA.—El hambre puede mucho.

CARLOTA.—Y la envidia.

VICENTA.—Recibías más paquetes que nosotras. Podías haber disimulado mejor; como quien no quiere la cosa. Ni esa habilidad tuviste.

ASUNCIÓN.—Dinos, por lo menos, por qué te han vuelto a enchiquerar. ¿No será para que descubras nuestros "secretos"?

BASTIANA.—No te hagas más la interesante. Habla. *(Se levanta y se planta ante Susana. Ésta la mira sin decir pío.)* Ni siquiera te podemos castigar a limpiar la celda. Somos tantas que no tenemos sitio que ensuciar.

TERESA.—Podríamos colgarla. *(Señala la reja.)* Sucedió mientras dormíamos.

CARLOTA.—Denunciaste a Sacramento: ¿dónde está?; ¿qué hicieron con ella? *(Susana se alza de hombros.)* ¿Lo mismo te da? *(Hace ademán de pegarla.)*

VICENTA.—¡Quieta! A lo mejor es lo que buscan. Que armemos camorra para hacer. . . un escarmiento.

ASUNCIÓN.—¿Es eso? Di. Si te queda un adarme de honradez, habla.

CARLOTA.—¡Qué le ha de quedar!

PACA.—Y ahora que la tenemos aquí, ¿nos vamos a tener que estar calladas?

VICENTA.—No te preocupes, será cuestión de aguantar una semana o dos. Al ver que no puede sacar nada se la llevarán a otra parte. ¡Bonito oficio has escogido! ¿De verdad no te da vergüenza?

PACA.—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

VICENTA.—Poco. La trajeron de Pamplona, hace un par de años. De allá nos avisaron que era un buen elemento.

PACA.—Pues si llegan a decir que era malo. . .

BASTIANA.—¿La van a volver a poner a trabajar con nosotras?

VICENTA.—Mañana por la noche te lo diré.

BASTIANA.—¿Tiene familia?

VICENTA.—Creo que acabaron con ella.

PACA.—Vas a encontrar diferencia entre estas baldosas y tu cama de vigilanta.

ASUNCIÓN.—Si esperas saber cuándo nos reunimos y de qué se habla ahora en el penal, vas aviada. Mejor te hubieran dejado donde estabas, allí, por lo menos, podías sonsacar a la Aurora. . .

CARLOTA.—Y a la del 67: esa que se hace la chiquita.

PACA.—O esa nueva que finge estar loca.

VICENTA.—Vas a saber de nuevo a qué sabe, de verdad, la cárcel.

ASUNCIÓN.—Porque no nos va a ser difícil, si es que ya perdiste tus influencias, hacer que te incomuniquen para unos cuantos meses.

CARLOTA.—A lo mejor es que ya se cansó de ella el teniente Castillo y le ha echado el ojo a otra. Te hará falta el olor del macho, y el calorcito. *(Susana se tapa los oídos.)* Sí, tápate las orejas. Vas a tener que oír eso, y mucho más. . . Por lo visto a ti lo mismo te da un teniente que otro. *(A las demás.)* La conocí en Albacete, casada con un francés, teniente también, de los internacionales. Has baja-

do mucho de categoría. Aquél sí que era un hombre y no un cerdo como el jefe del taller. ¿Qué le viste? Cochina ralea...

(Se entreabre la mirilla de la puerta. Callan todas. Asoman unos ojos. Se descorren los cerrojos. Se abre la puerta. Empujan adentro a Pilar. La puerta se vuelve a cerrar.)

PILAR.—Buenas noches. *(Vicenta se levanta asombrada.)*

VICENTA.—¡Pilar!

PILAR.—*(En voz baja.)* ¿Tú eres Vicenta González, no?

VICENTA.—Sí. Antes tenía el pelo negro. Y no me lo teñía. *(Susana, en quien no ha reparado, se levanta lentamente. Pilar se vuelve y la ve.)*

PILAR.—¡Susana!

ASUNCIÓN.—¡Cuidado! ¡Es una gata muerta! Bueno, muerta del todo, todavía no, pero le falta poco.

PILAR.—¿Qué ha pasado? *(Susana se encoge de hombros.)*

VICENTA.—La volvieron a meter aquí hace unas horas. Era la vigilante de la sección.

ASUNCIÓN.—Una indicadora indecente.

PACA.—Querindonga del jefe del taller.

BASTIANA.—Eso no se lo envidiaba nadie, es un asqueroso.

VICENTA.—Una traidora.

TERESA.—Un trapo sucio.

PILAR.—Ya veo.

VICENTA.—¿Cuándo te detuvieron?

PILAR.—Esta mañana. Y a casi todos los del grupo.

PACA.—*(Por Susana.)* ¡Chist!

PILAR.—Ahora... no tuvimos tiempo de avisar. El soplo era bueno.

VICENTA.—*(Por Susana.)* Supongo que no lo dio ésta. Es de esperar que creyera que estabas en Francia.

PILAR.—*(Indefinible.)* Sí...

VICENTA.—¿Y ahora?

PILAR.—No te preocupes: tallan otros; a pesar de todo, hay más personas decentes que de las otras. Por mucho que encarcelen, peguen y maten, acabarán por no poder... ¿me dejáis que hable unas palabras con ésa? *(Por Susana.)*

VICENTA.—Estás en tu casa.

(Las tres que están en el camastro donde se apoya Susana se apartan y confunden con las demás. Pilar y Susana quedan relativamente aparte y hablan en voz baja.)

PILAR.—¿Qué ha pasado?

SUSANA.—Ya lo ves. A mediodía me llamaron al antedespacho del director; me tuvieron allí unas horas. Luego me trajeron aquí. Uno me dijo que me interrogarían mañana. El inspector principal había salido a hacer unas diligencias. Ya veremos, si es que éstas no acaban antes conmigo, que ¡quién sabe lo que sería mejor!

PILAR.—¿No les dijiste nada?

SUSANA.—¿Por qué me habían de creer?

PILAR.—Es verdad. *(Pausa.)* Habrá que buscar otro medio. Lo más importante es que me niegues. No saben exactamente quién soy. Es posible que pueda salir de aquí mañana mismo. Ya están trabajando para eso. Habla tú con Vicenta, si yo no tengo ocasión.

SUSANA.—¿Cómo se van a fiar?

PILAR.—No te preocupes. ¿Aquí no hay micrófonos?

SUSANA.—*(Sonriendo por vez primera.)* A buena hora. . . Aquí no, sólo en el patio.

PILAR.—Y mira que me lo venía diciendo: cuidado, enterarse primero de si me pueden oír. Pero al ver a Vicenta, y a ti. . . ¿Todas son de confianza?

SUSANA.—Sí.

PILAR.—*(A las demás.)* Compañeras, aquí, Vicenta, que me conoce, atestiguará que podéis creerme: Susana era nuestro enlace. Ha servido mejor que nadie, desde hace unos cuantos meses. *(Pausa.)*

PACA.—Perdona.

SUSANA.—Era natural.

VICENTA.—Prefiero que sea así.

PILAR.—Pero no deben darse cuenta que lo sabéis.

TERESA.—Descuida.

ASUNCIÓN.—La trataremos como si apestara.

(Vicenta se aparta, en lo posible, con Pilar.)

VICENTA.—¿Os descubrieron a todos?

PILAR.—A todos, es mucho decir. Hay mil que no conocemos, y que a estas horas harán lo que nosotros no hemos podido llevar a cabo.

VICENTA.—¿Quién os denunciaría?

PILAR.—Es difícil de averiguar. Y más desde aquí.

VICENTA.—Te equivocas: acabamos sabiéndolo todo.

PILAR.—Menos, por lo visto, lo que sucede aquí mismo. Lo digo por Susana.

VICENTA.—También se acaba por descubrir: ya ves.

PILAR.—Tarde.

VICENTA.—Más vale tarde que nunca. He acabado convenciéndome de que la cárcel es el único sitio, en España, donde sabe uno

lo que pasa por el mundo. Es la tercera vez que me enchiqueran desde el 39. En ninguna parte se vive más intensamente, políticamente, más al tanto de todo, que aquí.

BASTIANA.—*(Que ha oído.)* Pues cambiaría a gusto.

PACA.—Y yo.

PILAR.—Lo comprendo.

PACA.—*(A Susana.)* ¿No le dijiste nada a tu teniente?

SUSANA.—¡Cállate la boca!

PACA.—Está bien. Perdona.

(Forman tres grupos: Vicenta y Pilar; Susana sola; y las demás en un rincón. Miran cómo Vicenta y Pilar hablan en voz baja.)

VICENTA.—¿Quién sabía lo de Susana, además de ti?

PILAR.—Carlos y Felipe.

VICENTA.—¿Los cogieron?

PILAR.—No. Carlos está en París. Felipe se fue, hace quince días, a Extremadura.

VICENTA.—Entonces la denuncia ha debido salir de aquí. ¿Estás segura de que Susana no ha soltado prenda?

PILAR.—Hasta donde es posible, así lo creo.

VICENTA.—¿Entonces quién habló? Erais cuatro a saberlo. Dos están descartados. Quedáis tú y ella.

PILAR.—No pudieron descubrir al otro intermediario.

VICENTA.—¿Quién era?

PILAR.—Permíteme que no te lo diga. Anda libre y puede seguir sirviendo.

VICENTA.—¿Cómo os detuvieron?

PILAR.—Fueron directamente al almacén. Bueno, tú no sabes. . .

VICENTA.—Sí, en la Corredera.

PILAR.—¿Quién te lo dijo?

VICENTA.—Yo era la responsable de los "Vencedores".

PILAR.—¡Mira dónde nos venimos a encontrar!

VICENTA.—*(Por Susana.)* ¿Estás segura de que ésta no abrió el pico?

PILAR.—¿Por qué insistes?

VICENTA.—Es que, por mucho que cavile, no doy con otro medio.

PILAR.—¿Tú crees que hubiese esperado cuatro meses? Cuatro meses aguantando el peso del teniente ése, que, por lo que sé, es de lo más asqueroso que anda por el mundo.

VICENTA.—De gustos y colores. . . La promesa de un indulto obra maravillas.

PILAR.—Hasta ahora nos sirvió como nadie. Como no sea en sueños. . . *(Se vuelve hacia las demás.)* Bien, ¿y cómo nos las vamos a arreglar?

BASTIANA.—Donde caben tres, caben cuatro... dos hacia arriba y dos hacia abajo.

PILAR.—¿Tan lleno está el hotel?

PACA.—Por la muestra puedes sacar la consecuencia.

TERESA.—¿Qué cuentan? ¿Qué hay por fuera?

PILAR.—La asamblea de las Naciones Unidas no acepta a Franco.

TERESA.—Lo sabemos desde anteayer.

PILAR.—Hasta anoche no lo publicaron los periódicos.

VICENTA.—Aquí hay libertad de prensa.

PACA.—¿Qué pasa con los de Alcalá de Henares?

PILAR.—Ya están del otro lado.

TERESA.—Del otro lado... Durante la guerra sabíamos lo que quería decir eso.

PILAR.—No ha cambiado mucho de significado... *(Pausa.)* ¿A qué hora dan el rancho?

PACA.—Hace más de una hora que lo repartieron.

VICENTA.—¿No has comido?

PILAR.—No, pero no importa.

VICENTA.—Compañeras, creo que la llegada de dos nuevas huéspedes merece festejarse.

TODAS.—Sí... Desde luego. Bien... De acuerdo.

VICENTA.—Tú, Bastiana, anda; vigila tú, Paca. *(Bastiana se mete debajo de una cama.)*

ASUNCIÓN.—*(A Bastiana.)* Cuidado, levanta primero el ladrillo de la derecha. *(Se oyen unos golpes en la pared.)*

VICENTA.—*(A Carlota.)* Tú, telegrafista, atiende y contesta.

CARLOTA.—*(Tras escuchar.)* Juana Domínguez manda recuerdos a Pilar.

PILAR.—Buen servicio de información.

VICENTA.—¡No te digo...!

PILAR.—Salúdala y dile para ella y para todas que se hagan las desentendidas, que nadie me conozca. *(Carlota da unos golpes en la pared. Luego vuelven a llamar.)*

CARLOTA.—Preguntan que qué pensamos hacer con Susana.

VICENTA.—No contestes, acaba.

(Carlota golpea la pared, suavemente. Mientras tanto Bastiana ha sacado algo de comer del escondite.)

VICENTA.—*(A Pilar.)* Aquí cada quien tiene su faena. Bastiana es el Ministro de Agricultura y Fomento; Carlota, de Comunicaciones. *(Va repartiendo la comida.)* Yo soy algo así como el Presidente del Consejo. No sé por qué me huele que te vamos a nombrar Ministro de Instrucción Pública.

PILAR.—Este puesto le corresponde a Susana. . . es maestra. *(Todas miran a Susana, que, a pesar de todo, sigue como aparte.)*

VICENTA.—Tienes razón. ¿Estáis de acuerdo?

VARIAS.—Sí.

VICENTA.—*(A Susana.)* ¿Has oído?

SUSANA.—Sí.

(Vicenta le da unas galletas. Comen todas en silencio.)

PACA.—Aquí falta alegría.

BASTIANA.—Es verdad.

PACA.—Vamos a cantar.

BASTIANA.—*(A Susana y Pilar.)* Va por vosotras.

(Se ponen todas a cantar, en voz baja, "Los Cuatro Muleros" con la letra de la "Defensa de Madrid". Susana, que no ha comido, sigue perdida en sus pensamientos.)

SUSANA.—¿Quién habrá sido? ¿Quién podrá haber sido? *(Dejan de cantar. La miran.)*

PILAR.—*(Poniendo la mano en el hombro de Susana.)* No te preocupes, pequeña. No te preocupes.

SUSANA.—Hablas por hablar. Sabes muy bien que no puedo pensar en otra cosa. Lo mismo que las demás: todas pensáis lo mismo.

VICENTA.—Pero no sospechamos de ti.

SUSANA.—Y eso, ¿qué importa? ¿Qué peso yo en todo esto, por lo menos para las demás? La cosa que está ahí, enfrente, mayor que esta pared; la cosa que está ahí enfrente, es que alguien nos denunció. Y que no sabemos quién.

PACA.—¿Hubo algún tiempo en el que no existían delatores?

VICENTA.—Es de suponer.

PACA.—No lo creo.

VICENTA.—Es lo único que yo pediría para el día de mañana.

PILAR.—No es mucho.

VICENTA.—Más de lo que crees, compañera. *(Se apaga la luz. Es hora de dormir.)* Ven aquí, Susana. Tú, Pilar, dormirás con Paca, Asunción y Bastiana. Buenas noches. *(Le contestan varias voces confusas. En la oscuridad se oye el ruido que hacen las mujeres al acostarse. Por la reja se filtra alguna luz. Pilar y Vicenta duermen en los bordes de las camas que se enfrentan.)*

PACA.—He perdido mi peine.

BASTIANA.—Oye, tú, esta pierna es mía.

TERESA.—A ver, desabróchame este botón.

CARLOTA.—No puedo.

TERESA.—Nunca puedes nada.

ASUNCIÓN.—Estate quieta.

VICENTA.—A dormir. Mañana será otro día.

PACA.—Y que lo digas: otro día, y otro, y otro, y otro. *(Pausa.)*

TERESA.—¿Habéis pensado alguna vez, en serio, por qué estamos aquí, encerradas como ganado?

VICENTA.—¿Si no lo supiéramos crees que se podría resistir?

(Pausa. Un reflector barre la reja. Las voces de los centinelas se oyen lejanas. Un gallo. Algún rezongo de las ya dormidas. Paca, que está acostada en un extremo, se incorpora, se arrodilla y se santigua. Teresa la ve. Hablan quedo.)

TERESA.—¿Qué haces?

PACA.—¿No lo ves?

TERESA.—¿Rezas?

PACA.—¿Es pecado creer en Dios?

TERESA.—No. Pero ¿no te basta que nos lleven cada mañana a la capilla?

PACA.—Aquello no vale.

UNA.—¡Chist!

TERESA.—Duérmete.

(Se vuelven a tender. Luego se va haciendo, lentamente, de día. Vicenta no duerme. Con dificultad se sienta en el borde del camaranchón. Respira dificilmente. Se vuelve a tender. Pilar se mueve, se levanta, se acerca a la reja. Se oyen de nuevo las voces de los centinelas. Pilar vuelve a sentarse. De pronto se oye la voz de Susana. Habla en sueños. Vicenta se incorpora y la escucha. Hace una señal a Pilar para que se calle.)

SUSANA.—No, así no. No. No. No. No. Quieto. No. ¡Aquí, no! Las llamaré a todas. No. Déjeme. Déjeme. ¡Fuera! ¡Quietas las manos! Quieto o disparo. *(Implorando.)* ¡Alberto! ¡Alberto, mátalo! ¡Alberto, mátalo! No te marches. No te vayas. ¡No te vayas!

VICENTA.—*(En voz baja.)* ¿Quién era Alberto?

PILAR.—Su marido, el de Albacete. Lo mataron en Francia.

(Susana se ha aquietado. Pausa. Paca ronca.)

VICENTA.—Es capaz de haberos denunciado durmiendo.

PILAR.—Es posible.

SUSANA.—*(En sueños.)* No más. No más. Basta. Llévatelo. Llévatelo. *(Llora.)*

VICENTA.—¿La despertamos?

PILAR.—Déjala. No le vayas a decir nada. ¿Te figuras lo que sería

su vida si llega a descubrir lo que puede ser la verdad? Además siempre quedaría la duda.

VICENTA.—Ahora, para mí, todo está claro. Pronunciaría tu nombre, el del almacén.

TERESA.—*(Incorporándose.)* La culpa es suya.

PILAR.—De eso habría mucho que hablar.

VICENTA.—Mucho y poco. Teresa no deja de tener razón.

PILAR.—Parte de razón.

VICENTA.—¿Es que no basta?

(La discusión ha subido un poco de tono. Carlota habla medio dormida.)

CARLOTA.—¿Qué pasa? ¿Ya son las cinco?

VICENTA.—Falta poco, pero aún puedes dormir un rato. *(Pausa.)* ¿Qué hacemos? ¿Se lo decimos?

PILAR.—No.

VICENTA.—Van a interrogarla.

PILAR.—No cantará.

VICENTA.—No sabes. No se sabe nunca. He visto flaquear a las más decididas.

PILAR.—Ella ha aguantado horrores.

VICENTA.—El teniente ese. . .

PILAR.—Por ejemplo.

VICENTA.—El asco no tiene que ver con el dolor.

PILAR.—Planteamos mal la cuestión: Se trata de saber si se resiste más sabiendo o sin saber. ¿Qué crees? Ponte en su lugar. ¿Cómo te enfrentarías mejor con lo que fuera?

VICENTA.—Es difícil: una cosa es esperar y otra salir al encuentro. *(Pausa.)* Intentarán descubrir al intermediario, como sea.

PILAR.—¿Lo dices por mí?

VICENTA.—También.

PILAR.—No te preocupes. A estas horas están trabajando para demostrarles que yo no soy yo.

VICENTA.—¿Crees que lo lograrán?

PILAR.—Esa esperanza tengo.

VICENTA.—Razón de más para que todo recaiga sobre ella. La interrogarán. . . a fondo; no como cuando dudan, sino como cuando están seguros. . . y hay alguna diferencia, créelo. *(Pausa.)* Supongo que es importante que no descubran quién es el otro.

PILAR.—No habría quién le sustituyese. Y Susana es la única que sabe quién es. . .

VICENTA.—¿Entonces? *(Pausa.)*

PILAR.—Hay que decírselo.

VICENTA.—Encárgate tú de eso. No van a tardar en tocar diana.

Como sois nuevas os dejarán a las dos aquí. Le hablas. ¿Te ficharon anoche?

PILAR.—Era demasiado tarde. Lo dejaron para mañana. . . *(mira la luz del día)* para hoy. *(Pausa.)*

VICENTA.—¿Qué ha sido de Felipe?

PILAR.—¿Felipe Mieres?

VICENTA.—Sí.

PILAR.—Será mejor que hablemos de otra cosa.

VICENTA.—¿Qué pasó con él?

PILAR.—Se pasó al moro.

VICENTA.—No puedo creerlo.

PILAR.—Hay gentes que se cansan. No les interesa lo que no han de ver.

VICENTA.—Pero, Felipe. . . Me has dejado de piedra.

PILAR.—Se casó.

VICENTA.—¿Con quién?

PILAR.—Con una hija de familia. De esas que llaman buenas porque tienen bastante dinero para impedir que se las vea por dentro. Nos hizo decir que ya no contáramos con él.

VICENTA.—¿Pero no se fue con los otros?

PILAR.—¿Qué diferencia hay?

VICENTA.—Para mí, alguna.

PILAR.—No: el que no está con nosotros es nuestro enemigo.

VICENTA.—Es una teoría demasiado radical. ¿Qué haces con los miedosos, con los indiferentes?

PILAR.—Echarlos a la basura. Si se empieza a transigir no se acaba nunca. *(Pausa.)*

VICENTA.—¿Qué crees que hará Susana al enterarse?

PILAR.—No lo sé.

VICENTA.—¿Crees que sería capaz de. . .?

PILAR.—¿De suicidarse, por miedo de hablar? Es posible.

VICENTA.—Entonces es mejor no decirle nada.

PILAR.—No. Por eso cambié de opinión.

VICENTA.—Entonces soy yo la que ahora se opone. No había caído en eso.

PILAR.—¿Te parezco inhumana?

VICENTA.—Sí.

PILAR.—Por el bien de los demás. *(Vicenta hace un gesto de cansancio.)* ¿O no lo crees?

VICENTA.—Alguna madrugada se despierta una con un gran peso sobre los hombros, sin ganas de moverse. . .

PILAR.—Eso pasa.

VICENTA.—Sí, pero vuelve.

PILAR.—Es tarde para discutir. *(Tocan diana y las mujeres se incorporan, desperezan y levantan. Se descorren los cerrojos, la puerta se abre.)*

VICENTA.—Luego nos veremos. Ahora no hay tiempo. Nos dan lo justo para arreglarnos.

BASTIANA.—¿Cómo pasaste la noche?

PILAR.—Yo, bien.

PACA.—Hasta luego.

(Susana va a salir con las demás. Vicenta la detiene.)

VICENTA.—¿A dónde vas?

SUSANA.—Es verdad. *(Se sienta en una de las camas.)* Todavía no me han dicho en qué equipo voy a trabajar.

TERESA.—*(Saliendo.)* Que os divirtáis.

VICENTA.—*(A Pilar.)* Hasta luego. *(Se planta ante Susana, le pone la mano en el hombro.)* Hasta luego.

(Pilar y Susana se quedan solas en escena. La puerta se cierra. Se oye correr el cerrojo.)

SUSANA.—No tardarán en venir por ti.

PILAR.—¿Cómo lo sabes?

SUSANA.—Es la costumbre. ¿Pudiste dormir?

PILAR.—Mal. Y te oí.

SUSANA.—¿A mí?

PILAR.—Sueñas en voz alta.

SUSANA.—Tuve una pesadilla.

PILAR.—¿Te ocurre a menudo?

SUSANA.—Desde hace algún tiempo.

PILAR.—Hablas muy claro en sueños.

SUSANA.—¿Qué quieres decir?

PILAR.—Ése ¿pasaba toda la noche contigo?

SUSANA.—A veces.

PILAR.—Es posible que hablaras más de la cuenta y que por ahí sacaran el ovillo. *(Susana se queda anonadada.)* No se te puede echar nada en cara. Pero son los hechos. Hay que mirarlos de frente. Mejor que haya sido así, que no por una traición voluntaria. *(A la palabra traición Susana mira a Pilar, que sostiene su mirada.)* Lo malo es que van a querer saber más.

SUSANA.—Van aviados. . .

PILAR.—No se sabe nunca: son capaces de acabar contigo con tal de salirse con la suya.

SUSANA.—¿Y qué? No sería la primera ni, desgraciadamente, la última.

PILAR.—¿Te das cuenta de la responsabilidad que te incumbe?

SUSANA.—Sí.

PILAR.—Porque al fin y al cabo el Comité se ha desintegrado, en

parte, por tu culpa. . . *(Susana la vuelve a mirar)* involuntaria, pero culpa al fin. Si sabías que soñabas en voz alta debiste tomar la precaución de dormir sola.

SUSANA.—¡Ojalá! ¿O crees que era por mi gusto?

PILAR.—Es necesario, lo oyes bien, absolutamente necesario que no sepan más.

SUSANA.—Haré lo posible.

PILAR.—Y lo imposible.

SUSANA.—*(Lentamente.)* Y lo imposible.

PILAR.—No me conocías. Yo no soy Pilar Arana. Yo no soy otra Pilar Arana. *(Pausa.)* Te harán daño.

SUSANA.—¿Es tu manera de alentarme?

PILAR.—Hay que enfrentarse a la realidad, tal como es. La imaginación no sirve para gran cosa.

SUSANA.—Por ahí dicen que mientras hay vida hay esperanza.

PILAR.—A veces para que viva la esperanza, hay que dar la vida. Eso, nosotras las mujeres lo sabemos mejor que nadie.

SUSANA.—Por lo menos dejarás que eso lo decida yo. Matarse siempre es una vergüenza o miedo, y sólo tienen miedo los que no tienen esperanza. Es tan viejo como el mundo.

PILAR.—¿Sabes lo que te espera?

SUSANA.—*(Levantándose.)* ¿Qué harías tú en mi lugar? *(Pilar la mira sorprendida.)*

PILAR.—No sé.

SUSANA.—No es una pregunta descabellada. Se te puede presentar el dilema mañana. . ., hoy. Supongo que lo habrás pensado más de una vez, como cualquiera. . . y, sin embargo, sigues adelante. ¿Te das cuenta que matarse entraña renunciar a todo?

PILAR.—Para todos. *(Pausa.)* Ya sé que no hablarás: pero, puesta a escoger, tal vez es preferible acabar antes.

SUSANA.—¿Lo harías tú?

PILAR.—Posiblemente. ¿O es que piensas ablandarlos? ¿Que tu teniente intervenga en tu favor?

SUSANA.—*(Con infinito desprecio.)* Ése. . .

PILAR.—No tienes a nadie.

SUSANA.—No es muy piadoso que me lo recuerdes. Si tuviese a alguien quizá fuese más fácil.

PILAR.—Tienes a muchos.

SUSANA.—Y si no, ¿por qué estaría aquí? ¿Por vengar a Alberto? *(Pausa.)* Eso también. . . ¿Pero, no piensas que matarse es huir, una cobardía?

PILAR.—Cuando el suicidio es por una razón externa —no por una desesperación subjetiva—, no por miedo, sino para servir, ¿cómo va a ser una cobardía? ¿Cobarde Lina Odena rematándose rodeada de enemigos? ¿Cobarde el anarquista que, a punto de caer en manos

de la policía, se reserva la última bala? Lo que sucede es que habría que inventar otra palabra. . . ¿O es que temes condenar tu alma?

SUSANA.—Es un lujo que no me puedo permitir.

(Se descorren los cerrojos. Se abre la puerta.)

PILAR.—Pase lo que pase, estamos orgullosas de ti.

UNA VOZ.—Pilar Arana.

(Pilar pone una de sus manos en el hombro de Susana. Sale. Se cierra la puerta, se oyen pasar los cerrojos. Susana va hacia la reja, pone su mano en los barrotes, vuelve. Se sienta, duda. Luego, lentamente, se quita el cinturón. Lo cuelga y asegura de uno de los hierros. Se vuelve a sentar en uno de los camastros, pasa su mano por encima, después se acaricia las mejillas. Se levanta y va hacia la reja mientras baja el telón.)

8

Mora

El sol, la sed.
Al norte, Argel.
Una morilla
anda cernidilla,
blanco garbo,
blanca gracia,
blancos pliegues
y repliegues,
blanca almalafa.
Ojo oscuro entrevisto
que ve sin ser visto,
mira y ofrece.
Sólo apunta
y brilla
la negra punta
de la zapatilla.
Blanco garbo,
blanca gracia,
blancos pliegues
y repliegues.
Paso menudín,
en nieve envuelta
lujuria desenvuelta;
hora del almuecín.

El moro va delante
sin duda que le soliviante.

La mora vuelve la cabeza
con sutil destreza.
El preso que la ve
queda más preso.
El sol, los árboles, la sed;
al norte, Argel.

10-5-42

9

Enero sin nombre

Con ser vencidos llevan la victoria.
Cervantes

26 de enero de 1939

A los hombres les ha dado siempre por andar, para eso tienen piernas; pero hasta ahora no sabía que era el aire lo que les empujaba. Sólo tienen una oreja pequeña a cada lado de la cabeza, bástales para correr al oír un ruido; no saben estarse quietos, no ven más allá de la punta de su pequeña nariz, locos con un tema: la velocidad; ya no les contentan ruedas, quieren alas. Ignoran que una vez nacidos arraigan aunque no quieran y que no valen tretas, quiebros, artimañas o martingalas: no cuenta la carne, sino la savia.

Yo he nacido de pie. Siempre fui alta, mayor de lo que a mi edad corresponde; nací allá por los alrededores del mil ochocientos ochenta y tantos y he ido, como corresponde, ensanchando poco a poco mi tronco y mi paisaje. Figueras ha ganado en planta lo que yo en vista, cuando me creyó cercada yo la vencía por lo alto. Los azacanes con sudores y tiempo fueron construyendo sus cuarteles siguiendo la disposición de las tierras, figurándose alinear atabones a su capricho. Alcancé a ver hace muchos años San Martín, y cuando alzaron en la Rambla casas de tres pisos, para entapiar mi horizonte, desde las puertas de la ciudad ya divisaba yo Perelada.

En mis años mozos, cuando avisé sobrados, pasaron por mis pies los primeros automóviles. A mí no me sorprende nada, siempre fui un poco marisabidilla: lo sé y no me importa. Cubrieron el albañal, corrigieron los palos del teléfono, cipos eternos de nuestra grandeza, los celemineros vinieron a mozos de la gasolina.

Sucediéronse podas: tanto da, ya pueden los hombres baratear nuestra vida, somos más que ellos, tienen miedo a la intemperie y por ello perecen, desnudos parecen flores ¡y se visten! Desgraciados. Chapodan el mundo para poder sustentarse, por falta de raíces.

Lo que vale es el viento, y lo ignoran. Se empeñan en sacar grano del escajo, madera —vida de nuestra muerte— de la moheda. Moceros malolientes sólo viven si mojonean, llámanlo abono para darse lustre, pero se esconden para ello, lo sé porque lo veo; mohatradores, jactanciosos, nepotistas que en cuanto pintea pernean como gallinas o inventan paraguas; o aun se hacen vegetarianos como si sirviese para algo comer de lo que uno no está hecho: coman carne y déjennos en paz, o, si quieren, que sigan plantando renuevos en el ramblar aunque sólo sea para que los soldados acoplen rabizas al trastornarse el sol o que las ranas se somorgujen en las acequias, pero que no nos muelan a machetazos de años en años dando por razón que es por nuestro bien. . . Me voy por las ramas; a lo que iba: los alambores del castillo no han variado, verdecen en primavera, tal como se debe; un castillo es una cosa seria. La carretera se amolla, hunde y enfanga con la lluvia; con los calores espolvorea el campo, la alquitranaron y se va dando lustre, allá ella con sus hitos.

A la redonda el llano se muere de lejos, allí está Llansá, allá dicen que el mar y frente a la puerta mañanera del sol, tras los collados que me lo esconden, Rosas. Los Pirineos son mi norte, y a mucha honra; ellos cumplen con su obligación de nieve cuando toca.

Alaban mi memoria, sé de Napoleón por lo que cuentan, de los carlistas por mi familia, vuelta gran parte de ella ceniza sin remedio, por el frío que pasó aquella horda. Los hombres tardan en crecer y, de todas maneras, no van más allá del chaparro.

(Posiblemente los hombres son desgraciados por moverse tanto, pero más se lleva el viento.)

Anoche se murió un niño a mi pie; murió verde y se lo llevó su madre camino de Francia, creyendo que allí resucitará; yo no creo en milagros. Tampoco comprendo por qué se mueren los niños: morir es cosa de quedarse seco. Lo saben de sobra los hombres, y lo dicen. También se muere uno de podredumbre, de tener las entrañas roídas por los gusanos. Los hombres se mueren carcomidos por fuera, la cara consumida por la sangre y las vendas, por el pus, la sarna, los piojos y el dolor. Por lo que oí anoche, también de hambre. ¿Qué es el hambre? La tierra da para todo. "Sí, lo que quieras —decía uno—. Pero anteayer, no recuerdo si el martes o el miércoles, tanto monta, antes de salir de Barcelona, llaman en casa. Eran las dos de la mañana. Había alarma; noche clara, proyectores y toda la pesca. Era para un parto. Allá que te vas con el miedo a los antiaéreos y sin poder encender la lámpara de bolsillo, con una pila nuevecita que me había traído Vicente, de Perpignan. El niño nace muerto: Falta de alimentación de la madre. Me asistía una vecina. —Venga Ud. a ver el mío, me dice, cuando todo estuvo listo. Allá voy echando pestes, acaba la alarma y vuelve la luz. Ah, sí, porque el famoso parto tuvo lugar a la luz de las velas que habían ido a re-

quisar por toda la escalera y en un refugio de al lado; ¿te das cuenta? El recibidor era una sala de respeto, cada vecino venía a por su bujía y a preguntar por la parturienta. De cine, chico. A nadie le oí decir: —Mejor, más vale así. No, todos decían: —Lástima, otra vez será. La madre estaba desesperada. Bueno, subo a casa de mi asistenta y veo el niño, un año. —Este niño se muere. Le damos un baño caliente, una inyección de aceite alcanforado. —Ya decía yo —me espeta la madre—, no comía." Y nada más. Ni un grito de protesta, ni un lamento. ¡Qué pueblo, Dios, qué pueblo!

Los hombres no tienen idea de lo que es tener pájaros en los dedos, los hombres y los animales se parecen a las piedras, no los mueve el viento, se guarnecen de huracanes y ciclones, les faltan raíces para afrontarlos, son puro tallo, sólo crecen para afuera, si lo hacen para adentro no se les ve, y yo creo lo que veo: por eso lo cuento. Los hombres dan idea de lo que son los fenómenos pasajeros, son como las tormentas o mejor, como ellos dicen, atormentados. Para ellos no existen las estaciones y tanto les da primavera u otoño; la vida no brota del hombre sino de su alrededor, bajan a ser espejo del mundo y por defenderse de su inferioridad inventan el sueño, intento de semilla, moleña por los aires: no son capaces, para empezar, de discernir entre un haya y un tilo, un plátano o un castaño. Triste condición esa de animal; y no hablemos de cerezos o de naranjos. Los hombres, si quieren dar algo de sí, han de morir en la porfía; la sangre es una cosa escandalosa, los hombres siempre parece que estén pariendo; no saben dar fruto más que entre dolores, y lo que es dar flores, van lucidos. Y no me comparen ustedes una gallina con un almendro.

27

—¿Has pensado alguna vez que podíamos perder?

—No pienso ná. No puedo pensar ná. Lo echaría tó a rodar y no tengo ná que echar a rodar.

Con oídos y sin lengua pasa un mundo por la carretera, se ha ido formando de la nada, lo ha traído el aire del sur y lo embotella en Figueras; la carretera de la Junquera es un embudo. Las resolanas se han convertido en garages. La ciudad desborda de automóviles y camiones, es como una sangre negra que corre por las cien heridas que la noche le ha hecho. Mundo medio muerto que anda con dos piernas igual que si sólo tuviese una, mundo que sólo sabe andar y que sabe que con andar no resuelve nada, pero que anda para probarse que anda. Huyen de su sombra sin saber que sólo la noche resuelve el problema, andan, y por la noche encienden hogueras; con el fuego renacen las sombras. El mundo ha envejecido en cuarenta y ocho horas. Pasa un viejo viejísimo, de luto, como todos los

viejos españoles. Estar de luto es el invierno. Una dijo: —Mírale tan viejo y tiene miedo de morir. Andan. Vienen soplando por el mar las primeras claridades. La carretera está llena de camiones, de carabineros, de soldados, de automóviles, de guardias, de viejos, de mujeres, de carros, de periódicos rotos, de viejos, de tanques de gasolina, de tres cañones que han dejado a mi derecha, de niños, de soldados, de mulos, de viejos, de heridos, de coches, de heridos, de mujeres, de niños, de heridos, de viejos. En cuclillas, frente a mí, una mujer en el talud llora enseñando las piernas, enfundadas en medias color canela y más arriba sus muslos, color de la flor del almendro, llora que te llora. No se para nadie, cada uno con su cacho de carretera al hombro.

—La culpa es del gobierno.

—La culpa fue de los comunistas.

—La culpa la tiene la CNT.

—La culpa es de los republicanos.

Un niño está solo, con un paraguas.

—¿Y tu madre?

—En Francia.

—¿Y tu padre?

—Muerto.

Está solo, parado como un islote, en medio de todos, formando un remolino.

La gente llega, viene, va, camina, pasa, se mueve, se estira, se extiende, se desliza, se gasta, consume, envejece, muere. A tanto andar todo acaba. Las mujeres van más cargadas que los hombres, no se ayuda nadie. Los soldados con sus fusiles a la deriva van decididos no se sabe a qué.

—¿Y tú de dónde eres?

—De Bilbao. Un año que estábamos en Barcelona, con casa y tó. Y tó comprao de nuevo, donde El Siglo. Los cubres, la vajilla, tó. Tó s'a quedao allí. Ahora arrea otra vez p'alante. Una vergüenza. Los catalanes tienen la culpa.

Se para, jadea, pasa los costales que lleva encajados en la parte derecha de su cintura al lado contrario.

—Una vergüenza. Y no nos ayuda naidie, naidie.

Una voz —¿Quieres que te lleven en berlina?

—Sois tós unos cobardes. Si yo pudiera, si yo pudiera...

Los carros son mil; pueden con ellos, sin esfuerzo, las caballerías, el peso no es mucho, el bulto sí: La carga de los que huyen no es pesada, sino grande. Los colchones abultan, las jaulas son aire, los conejos y las gallinas necesitan moverse. Las camas son de madera y sirven de varales, en las roscaderas van vasijas y cazos. No son carros con toldo de lienzo, de los de carretera adelante, son carros labriegos de llanta ancha y lóriga chillona que no han salido de la

heredad. Los bultos forman vejigones por encima de los adrales, por las bolsas de abajo; el carro se transforma en racimo bamboleante; la reata o el animal solitario lo arrastra con el hocico bajo, la melena y las crines sucias, la cruz y los ijares raspados, el corvejón en sangre, la caña y el espolón vueltos tierra. Cuando se atolla la carretera el parar no es descanso sino impaciencia; muérdeles el movimiento en las nalgas y lo echan todo a los demonios. Entonces alguna bestia alza su testuz y mira, tintinea la collera: las pupilas de los animales son de cielo. Sobre el carro no hay sitio para nadie, a menos que una vieja haya venido a trasto negro, tumbado; no dirigen el bicho ni riendas ni tirantes, ni manda el bocado a derecha o izquierda, condúcelo la riada; cada carro un mundo con sus satélites a rastras, camino de la frontera francesa. Todos los rátigos son distintos. Ningún carro se parece a otro, pero todos son iguales.

Despega un avión del campo de San Martín.

Un soldado: —Nuestro.

Un manco: —Nosotros a la Gloriosa la llamábamos la Invisible.

Una mujer arrastra dos niños, pañuelo negro en la cabeza, sobre él un saco descomunal, cada niño con su saco a cuestas.

—¿Para qué luchar más? ¿Es que no ven que estamos perdidos? Entonces ¿para qué? ¿Más muertos?

Y sigue.

Uno. —¿Quién te manda venir? Quédate.

La mujer no puede volver la cabeza, apretuja sus labios secos y sigue.

Miles de enmantados por la carretera, todos con su manta, menos los que andan con muletas y los que transportan esos inmensos artefactos enrejados de alambre, con sus brazos a cuestas.

—¿Dónde vas, Torre Eiffel?

Hay más cojos que mancos, y más mancos que heridos en la cabeza. He visto niños con una sola pierna andar con muletas, es un espectáculo desagradable. En un viejo sillón con ruedas empujan a un paralítico de pelo blanco y cara magra, cubierto con un gorrillo negro; lleva sobre las rodillas un trozo de hule rosa, por si el agua.

Los coches se paran, corren diez metros, se vuelven a parar, cubren la carretera, a lo lejos las gentes los amalgaman unos con otros.

Un guardia, con su fusil: —Esto es lo que quieren, pero no se saldrán con la suya.

La cara caballuna, la barba de ocho días, desgreñado, la gorra terciada, los dientes neguijosos. Le habla una muchacha.

—¿Pero, cómo ha sido posible? ¿Qué ha pasao?

—¿Que qué ha pasao? ¿Pero es que te feguras que tiran chuscos? ¿O qué? Y venga de artillería, y venga de tanques, y pavas y más pavas. Un asco, y cómo cagan las condenás.

Se le une otro.

—Lo peor son los morteros; por uno que tenemos, ellos tienen cien. Si por casualidad disparas, te fríen; acabamos por no tirar.

La muchacha: —Y chaquetear.

El guardia coge su fusil con las dos manos: —Repite.

La muchacha: —Y chaquetear.

El guardia: —¿Y tú?

Se encoje de hombros y sigue su camino. El otro dice:

—A nosotros nos coparon. Nos salvamos de milagro.

Y se une al anterior.

Un camión cisterna adelanta contra corriente, le miran sorprendidos. Le gritan.

—Han desembarcado en Rosas.

—Cuentus. En ving.

A fuerza de bocinazos se crea un camino hasta el control.

Todos los hombres tienen los rostros graves, las arrugas hundidas por el polvo. Vosotros no os dais cuenta de lo que es un rostro humano. Reconozco que no hay cosa que se le pueda comparar: Tienen de todo encerrado en tan breve espacio: del fuego, agua, y tierra, de la que están hechos; esto les da cierto aire inconfundible.

Un coche negro, bandera republicana al viento, pretende, metiendo ruido, adelantarse a los demás. La algarabía crece al tono del claxon impaciente; los

—Niño.

—Luis.

—Pepe.

—Ven.

—Corre,

que una no oye porque forman el lecho y la madre de los ruidos humanos, salen ahora a la superficie como peces voladores. Un carabinero se acerca al coche tozudo, se aparta respetuosamente y se dirige a los que forman valla, les explica cosas que no llegan a mí. Un guardia de asalto se interpone.

—No pasa ni Cristo.

—Pero. . .

—Ni Dios. Si nosotros nos quedamos aquí, que se queden tós.

El que habla gritando es cetrino, con aladares grasientos. Como a cola de bodrio la gente se para o acude. El guardia está exasperado, le da al cerrojo de su fusil.

—He dicho que no pasa nadie, como no pase yo. O el control me deja pasar, o si me cogen a mí que nos cojan a tós.

El mozo suda.

—No pasa ni Dios, al que lo intente me lo cargo.

Pasar, pasar, pasar. Una voz:

—El control cumple con las órdenes recibidas.

—Ni órdenes, ni ná. Carabineros tenían que ser. Al que pase me lo cargo como hay Dios.

Y como ve que va perdiendo pie, que la gente lo tiene por loco, grita.

—El gobierno se ha fugado esta noche.

Se interpone un joven rollizo.

—Eso no es verdad. Están reunidos ahora en el castillo.

—¿Tú qué sabes?

Baja Vayo del coche.

—¿Qué pasa?

El guardia:

—Que no pasa nadie como no me dejen pasar a mí.

—¿Dónde vas?

—A reunirme con mi compañía.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Unos cuantos agarran al mancebo y lo apartan:

—Es el ministro.

—Bueno, y a mí ¡qué me importa!

—Va a la Agullana, a su ministerio, y vuelve.

—No pasa nadie.

Pero se sienta en el talud, los pies en el barro de la zanja, los ojos muertos de sueño, la barbilla hundida en el codo, la mano asida al mosquetón. El ministro sube en su coche y pasa.

Nunca he visto tanta gente junta, ni tan vieja, ni tan negra. Una con manta repite, repite:

—Yo tengo todos mis papeles en regla, yo tengo todos mis papeles en regla.

Uno de uniforme para un coche, pistola en mano.

—Misión oficial.

Otro:

—Embajada de Francia.

Otro:

—Embajada de Cuba.

Por fin sube en el estribo de otra "Misión oficial". La carretera está negra en el atardecer, parece que la noche suba de ellos, pasan rozando mi pie miles de seres huyendo, hilera sin ilación, ayudándose unos, rechazándose otros, ásperamente. Muchos heridos.

—Vino el mayor y nos dijo: No podemos asegurar la evacuación del Hospital, los que puedan marcharse por sus propios medios, que se vayan.

—Yo vengo de Vallcarca. ¿Y tú?

—No sé.

Hay quien no puede más, algunos lo dicen, uno se tumba.

—Morir por morir, tanto me da morir aquí.

Todo esto arremolinado de:
—¿Cuándo?
—¿Cómo?
—Luis, ¿falta mucho?
—Luis.
—Rafael.
—José.
—Ven.
—Corre.
—Luis.
—Luis.

Y lloros de críos, bocinazos y ruidos de motores cambiando velocidades, otros poniéndose en marcha. Ahora empieza a lloviznar. Dos vienen bajo una misma manta.

—La culpa es de Azaña.

—Y un jamón.

Un viejo empuja una carretilla, se cansa y para; empújala un niño, no puede con ella cinco metros más allá; le sustituye su madre, treinta metros más lejos pónese de nuevo el abuelo. Un soldado lleva a cuestas una oveja machorra.

Una mujer:

—A lo mejor no son tan malos.

Y anda. Las cosas van perdiendo sus colores. La noche cae en seguida, como un apagavelas. Siento mis ramas. Llueve y vuelve a llover. Los coches pita que te pitan, dándoles a los faros, que te apago, que te enciendo, para ver el rayadillo del agua y no tropezar; marcan el paso, se atropellan. Más heridos. ¿Dónde van? Huyen. ¿Por qué? Huyen. A estas horas me dan lástima. Sí, los hombres me dan lástima, por tontos. Un árbol será siempre un árbol y un hombre, aunque quiera, no nos llega a las canillas. La noche se llena de hogueras, parecen luciérnagas, camino de Francia. Hace frío. El viento trae explosiones, pero la noche es un secreto.

28

Las mujeres van vestidas de negro como si se hubiesen puesto de luto para las circunstancias. Los bultos que llevan suelen ir envueltos en pañuelos de colores; las mantas son grises con tres rayas blancas. La gente no lleva zapatos: alpargatas y sandalias. Entre los colores que vuelven con la madrugada, lo más visible, lo único blanco son los vendajes y los escayolados.

—Venían por la costa.

—Ametrallados y recontraametrallados. Delante de mí, ochenta muertos.

—¿Y los heridos?

—¿Es que no tenemos bastantes?

Otra vez ayer. Un viejo anda con dos bastones, menea entre ellos una cabeza sucia, un sombrero de ala ancha, gris y verde de tantos años y aguas; bajo, le cerca la calva un pañuelo negro anudado a lo aragonés. Farfulla:

—No hablo pa ti, ni pa mí. Vino la gran puta y se lo llevó. Así como lo oyes; ¿qué voy hablar si mesmamente no sé? Se lo llevó.

A mis pies está desbebiendo un rajabroqueles, pregunta, con guasa, al quintañón, mientras embragueta: —¿Dónde vas, abuelo?

Párase el hombre, levanta la frente, mira al botarate:

—A la mierda, hijo.

Y sigue.

Los hombres van siempre con la cabeza baja, no nos miran nunca; sólo se acuerdan de nosotros si solea o llueve, en busca de cobijo, como ahora. Péganse a mí dos adolescentes heridos, con el color perdido y la barba vieja.

—Yo soy de Andújar. ¿Tú?

—De Zaragoza.

Es la primera vez que veo andar gente bajo la lluvia. Siempre la he visto correr o pararse a esperar el escampo, como esos dos que se pegan a mí.

—No, si no era de ningún partido, ni del sindicato siquiera. Diez y seis años, o ¿es que tengo cara de más de diez y ocho? Mis hermanos sí. Dos de ellos. Los buscaron de seguida, pero se escaparon a Francia, por Navarra. Debieron de volver a Barcelona; a lo mejor andan por aquí. No he sabido ná de ellos. A mí no me querían afusilar: sólo marcarme. Sí, ahí, en la frente, mira, fíjate, una cruz, se ve mal. El que me lo hizo, por lo que se ve, no sabía. Un tío, que estaba ahí, en jarras, mirando, le dijo: —Venga, hombre, venga. Y puso otra vez el hierro al rojo, en un fogón. La habitación era mú grande, en una casona antigua, cerca de la Seo. Se oía el río.

—¿El Ebro?

—Claro. El tío aquel se vino pa mí, cuando lo tuve a tiro le pegué una patá en las partes, y perdona. Se puso hecho una fiera, pero no me pegó. Yo no quería que me marcaran, por ná del mundo. —¡Ah sí!, —me dijo—. —Con que nos rebelamos ¿eh? ¿con que las gastamos así? Pues ahora verás. Y me insultó, y le faltó a mi madre. ¿Te das cuenta? Y dio orden que me subieran al camión. Yo ya sabía lo que quería decir eso. Pero en aquel momento no me importó ni poco ni mucho. Luego sí. Esperé dos horas y sólo pensé en mi madre. Después me subieron al camión y ya no pensé en ella hasta mucho más tarde, días después. A mí, como fue pensado y hecho, y no figuraba en la lista, no me ataron. Éramos once. Nos llevaron al cementerio, yo me di cuenta en seguida. Era de noche oscura. Nadie ecía ná. Conque llegamos, la puerta ya estaba abierta. ¿Tú no cono-

ces el cementerio de Zaragoza? Entonces, ná. Nos llevaron por detrás. Se paró el camión y le preguntaron a uno que iba al lado del chofer: —¿Cuántos traes? —Diez y uno de regalo. El de regalo era yo. Yo sabía que me iban a afusilar, y sin embargo en el fondo no lo creía. Me sabía mal no conocer a ninguno de los que estaban conmigo. Para afusilarnos, como no se veía, pusieron el camión que nos había traído detrás de los que tenían que disparar. Así que veíamos nuestras sombras y las de los fascistas también. Porque nos pusieron de espaldas. Quizá porque les daba vergüenza vernos las caras, o no tenían pañuelos para vendar los ojos, aunque creo que no han vendado los ojos a nadie. Ni falta que hacía. Era una pared de piedra, estaba toa salpicá de manchas grises y negras, y agujerillos, toa desconchá. El suelo estaba blando, blando. Dispararon sin avisar. No me tocó ninguna bala, caí con los demás, en la sangre. Por lo visto me dieron por muerto y como era de noche no nos enterraron, lo dejarían pa la mañana. Cuando se fueron me escapé. Era una suerte ¿no? Vaya chasco al día siguiente cuando irían a enterrarme. Me fui pa Huesca. Antes yo no sentía la idea tan a fondo. Ahora sé que el fascismo es creminal. Si yo pudiese. . . Tantos fusiles aquí. . . Es que cuando veo lo que está pasando me muero de rabia. Prefiero morir a ser fascista. Fueron a enterrarme y no me encontraron.

El zagal ríe.

—Entonces fusilaron a mi madre, y a mis cuatro hermanos. Eso es el fascismo, y nada más que eso.

Hacia el norte asoma un tanto de cielo muy claro.

—Primero no querían creerme cuando llegué a los nuestros. Era donde Ortiz. Me hirieron a los cuatro días. Luego estuve en Barcelona, y luego en Madrid. No he tenido suerte, me han herido tres veces.

—¿Eres de la CNT?

—Antes. Ahora soy comunista. Es mejor. Nos hacen más caso.

—¿De dónde vienes?

—De Arenys. Nos dijeron que nos fuésemos. Pero ganaremos. Tenemos que ganar. A la fuerza. Es preciso que ganemos. Preciso. Siempre pienso en la cara que pondrían cuando fueron a enterrarme y no me encontraron. Los contarían varias veces. Poco que darían por pescarme, pero ya pueden correr. Ya no llueve casi. ¿Vamos?

El hablador —ojos encendidos de fiebre— lleva su brazo en medio de un fantástico lío de alambres y lienzos; su compañero anda cojo, los dedos del pie izquierdo hacia los cielos.

Los más no hablan. Se les ha perdido la voz en los ojos. Andan. A las mujeres se les ha ensanchado el coxis, y llevan a rastras los recuerdos, los bultos, los hijos, los años.

—Lo mataron a palos en el cuartel del pueblo. Sí, en el 34. Ése también es de Sograndio.

La carretera se atasca, la muchedumbre se regolfa, el camino, de

canal, muere en remanso, en pantano, en presa; las gentes desbordan por las márgenes, las bocinas muerden el aire que pueden, pero el viento puede más. Ya no llueve, todo tiene su color gris.

—¿No se pasa?

—¿Qué ha pasado?

—¿No se pasa?

—¿Qué pasa?

El vocerío se queda ronco, sin algazara. Como por abollón se van yendo poco a poco, sin ruido. Todo está repleto de coches atestados, como islas en medio de un mar de gente. Todos callan. Llegan seis, ocho ambulancias, hacen cola, como todos.

—Se escondió en el pueblo. Le dijeron que no le pasaría nada. Pero en cuanto salió a la calle se lo cargaron. Por eso me escapé yo. Salí por San Sebastián. Ahora va hacer un año.

—¿Dónde van?

—Qué quieres, la resistencia tiene límites.

—Y frontera.

—Haz chistes. La muerte es cosa de cada quisque. El aguantar es de todos. Si falla alguno, quiebra todo. Esta gente no sabe lo que quiere, pero sabe muy bien lo que no quiere. Por eso huyen. No es que tengan miedo, es que no quieren ser fascistas. ¿Comprendes? Es tan claro como el agua: No quieren ser fascistas.

—Entonces ¿qué buscan?

—No lo saben. No quieren ser fascistas. Esto es todo.

Se les acerca una mujer con un niño en brazos; por verles mejor vestidos supóneles, por carisma, hombres de ciencia. Les tiende el crío:

—Tiene fiebre, señor, tiene fiebre.

Uno de ellos toca al zagalillo.

—No, no tiene fiebre. Venga conmigo.

El tiempo de volverse y la mujer se ha filtrado entre la riada.

—El niño está frío.

—¿Por qué no corres y la alcanzas?

—¿Dónde la metemos?

—Pero si no quieren ser fascistas ¿por qué huyen y no luchan?

—Tienen más miedo de caer prisioneros que de morir.

—El que muere no cae prisionero.

—No se muere siempre. La gente se explicará difícilmente la pérdida tan rápida de Cataluña, y más cuando se enteren de que se puede decir que desde la toma de Tarragona Franco no ha disparado un tiro. Y, sin embargo, la razón es ésta que te doy: La gente no ha huido por cobardía, sino por miedo, por miedo de caer prisioneros, de venir a ser fascistas. Por miedo de ser fascistas. Dejando aparte, que ya es dejar, su bárbara superioridad en material, les ha bastado plantar su bandera en un alcor para que los nuestros, apostados a

dos o tres kilómetros, se replegaran por miedo al copo. Oyes esa palabra: copo, nos han copado. Nos ha hecho tanto mal como los Fiat. No por cobardía, por miedo. Hay muchos que no se explican cómo ciertas unidades nuestras ayer en completa derrota se batían magníficamente el día siguiente; la explicación está ahí, sentíanse enlazados con otras fuerzas, cubiertos los flancos. Yo creo que siempre ha sido así. Porque cuando están copados de verdad mueren antes de rendirse. Las razones de nuestra derrota son demasiado complejas para achacarlas a un solo sentimiento, pero la falta de unión, en todos los sentidos, ha sido fatal para nosotros.

—¿Y los enlaces?

—Eran los primeros en ver las banderas enemigas.

—Y claro, vino el desenlace.

—Déjate de necedades. Ya sé que exagero un poco, pero cuando hubo que recurrir a las formaciones de última hora, era tarde. El miedo a ser presa de los fascistas sólo se puede combatir hombro contra hombro. Cuando uno se ve perdido intenta arreglárselas a su manera. Lo grande es que la gente no le echa la culpa a quien la tiene, y que todo el mundo sabe cómo se llama, si no a sí mismo: al compañero, el comunista, al no comunista; el anarquista, al no anarquista, etc.

—Siempre es más fácil acusar a alguien que se tiene a mano.

Las gotas, entretenidas por nosotros, hacen ruido al caer contra el mantillo, la grava o el asfalto. El viento se levanta trallero, arreando nubes; llega el cielo. La gente sigue pasando con un lentísimo arrastrar de pies; forman el contrapunto los lloramicos y las bocinas. La gente se ha hecho a la lentitud, sigue cuanto puede, sin pedir explicaciones, más callada, cansada, vieja y negra que nunca.

Las sirenas. Todos quedan, un segundo, indecisos; luego se desparraman en una desbandada prodigiosa, en regueros, por el campo o hacia Figueras, en mal de refugios. Muere toda albórbola. ¿Se oyen motores? Unas viejas se han tumbado en las cunetas mientras, carretera adelante, la gente se afufa hacia los abertales. Quién se adarga mojándose las nalgas y algo más en una acequia, quién se guarnece contra un muro, quién se previene con un árbol, quién se precave en una zanja, quién piensa que la llanura le protege, quién se abroquela entre caballones y cuérnagos; muchos suponen que su estrella los defiende y miran hacia arriba donde les ha cogido la primera carrera. El cañón antiaéreo hace pellas en el cielo, compitiendo vanamente con las nubes. Yo veo los aviones, antes que nadie. Son cinco trimotores que vienen del mar. Unos cuantos cariparejos discuten marcas y motores subidos en una azotea. Casi todos los coches han quedado vacíos; en medio de la carretera han abandonado una escudilla, a mi pie se ha perdido una gorra, un metro más allá un corsé. Con el sol de costado los aviones fusilan. Ce-

san de gañir las sirenas. Sólo ladra, encadenado, el cañoncillo tenaz. Ni un motor, ni un perro, ni un gallo; sólo, acercándose, la escuadrilla. Corren algunos en busca de mejor talanquera. Debe de ser impresionante para los hombres pensar que su muerte puede estar allí arriba, llegando tan sin sentir, deslizándose por los aires. Dicen que los aviones van muy de prisa, yo creo que siempre se exagera; aún no están encima. El llanto de un mamón. Están justo en mi cenit. Ya pasan.

—Allá va.

Un débil silbido que se agrava en abanico. Un tono que crece como pirámide que se construyese empezando por su punta. Un rayo hecho trueno. Una bárbara conmoción carmesí. Un soplo inaudito de las entrañas del mundo, falso cráter verdadero, que enroña y desmantela paredes; descalabra, entalla y descuaja vigas; descoyunta hierros; descrista y enrasa cementos; desfaja, amarillece, desbarriga, desperna y despeña vivos, que vienen en un fragmento de segundo a bulto y charco. Quema, rompe, retuerce, descuaja coches y desmigaja sus cristales; derrenga carromatos, desconcha paredes; desploma ruedas convirtiéndolas en brújulas; desfigura la piedra en polvo; descuadrilla un mulo, despanzurra un galgo, descepa viñedos; descalandraja heridos y muertos; destroza una joven y desemeja un carabinero de buen tomo agazapados frente a mí; deszoca por lo bajo a dos o tres viejos y alguna mujer, diez metros a mi izquierda; descabeza un guardia de asalto y cuelga en mis ramas un trozo de su hígado; descristiana tres niños en la acequia del lado bajo; desgrama y deshoja a cincuenta metros a la redonda, y, más lejos todavía, derrumbando tabiques en una casilla, descubre alízares de Alcora; despelleja el aire convirtiéndole en polvo hasta cien metros de altura, desoreja hombres dejándolos, como ése que tengo ahí, colgado enfrente, desnudo, con sólo sus calcetines de seda bien puestos, los testículos metidos en el vientre, sin rastro de pelo en ninguna parte, las vísceras y los mondongos al aire, viviendo; los pulmones descostillados, la cara desaparecida —¿dónde?—, los sesos en su sitio, bien visibles y todo él negro, color pólvora.

Mi rama principal está decentada y alabeada, y la mayoría han dado en tierra. En una de las que me quedan está colgado un pañuelo negro y algunas cintas de colores. Entre el polvo, el campo empieza a aullar. Cantan gallos. Los alaridos se encarrujan por el polvo acre. A través del ahogo veo la gente empezar a moverse. Sangre. Toda yo me duelo. Sangre. La tierra está llena de polvo, de sangre, de hierros, de ramas, de cristal. Ya me pueden chapodar, ya no soy la tercera parte de lo que era. Sangre, sangre. El polvo se queda en el aire como si el aire estuviese hecho polvo. La gente empieza a llamarse. Las congojas, los lloros, los hipos, y la sangre, la sangre. Salen a relucir los pañuelos. Huele a hospital, huele áspero,

huele picante. Se mueven los hombres entre el polvo amarillento, llevan polvo en los hombros, en la cabeza, todos están canos. Entre dos arrastran una especie de saco sanguinolento con papandujas colgando donde hubo cabeza, tampoco le quedan pies, apártanlo a mi lado. Toda la tierra empapada de sangre. Ya llegan ambulancias, bajan de ellas cestones de mimbre, amarillos por fuera, grises de sangre seca por dentro; donde van echando la carne suelta que encuentran, abundan los pies. Los cuerpos se hacinan en otra camioneta; como no hay bastantes ambulancias ponen los heridos sobre los cadáveres.

Allá se van las camionetas con sus toques de campana. Ya hay una compañía de zapadores para desbrozar y desramar la carretera, ya vienen del pueblo gentes por la leña, ya acuden las gentes de sus escondites, ya se dejan oír claramente los lloros. Creo que podré vivir sin asnillas.

Dos muchachas van hacia Figueras quebrando el camino al azar del lodo y de la sangre.

—No pienso nada de la guerra; porque no quiero. Ya hay quien piensa por mí. Lo demás son cosas que hay que aguantar.

Se vuelve a su compañera:

—No me impaciento.

Lentamente, nacido por mil partes, vuelve a formarse el río, vaga trapa por los aires.

Ahí vienen, de mirones, un francés periodista, a quien conozco porque pasa cada semana en su coche con marbete y vuelve uno de los días siguientes cargado de panes y paquetes. El otro es español, hecho uva. Mira la carretera, el embudo que está ahora a mi derecha y le hace una gran reverencia al francés.

—¡La paix et l'ordre dans la justice! ¿Y qué más, carota cebón? ¿Y qué más? Te habla un muerto, un muerto de los vuestros, de los fabricados por vuestras propias manos. Un muerto. Un hombre podrido por vuestra paz de pasos para atrás, de no resistencia, de vuestra paz de no intervención, de vuestra paz de maricones. "Si la paz puede salvarse a cualquier precio, sálvese." ¡Cómo no ha de poder salvarse! Aquí estoy yo muerto y podrido para atestiguarlo, y los checos también, y los que vendrán después; pues no faltaba más. Ya lo creo que se salvará, mentecatos, ciegos cargados de miedo, bobos agarrotados a vuestra miseria, que agujereáis la tierra con vuestras patas de perro lameculos con el noble afán de esconderos. "Y en julio de 1936 di la orden de intervenir." Claro que sí, padre Hitler mío,*

* Aquí existe una contradicción de fecha, incomprensible para mí. La frase antecitada la pronunció don Adolfo Hitler el día 6 de junio de 1939 con ocasión de la vuelta a Alemania de una parte de los efectivos nazis enviados a España. No nos fiemos demasiado de los vegetales.

y nosotros callados, por si acaso, y el padre Blum, bum, bum llorando, y nosotros muertos. Treinta meses de sangre y piedras, treinta meses de creer que una mañana pensaríais que vuestro culo pirineo bien valía dos docenas de balas y una tercera parte de cañón. Y ahí estáis todos enteritos todavía esperando que los españoles agradecidos, cándidos corderitos míos, vengan a combatir con vosotros si la espada lo demanda. Es posible que pobres tontos como yo sigan pensando que no habrá más remedio que luchar a vuestro lado; pero pocos, pocos, pocos.* Todos los demás, millones de españoles y de checos os vendrán a romper la cara, a haceros tragar vuestras palabras, y bien empleado os estará. Sí, Don Yvone; sí, Don Bonete; sí, Don Blum, bum, bum: a la puñetera caca, a la puñetera caca. . .

Se le atragantaron las últimas palabras al farruco, de veras emocionado, y diéronle arcadas. Vino a dar contra mi cuerpo, fuésele la cabeza como pingajo, apoyó su antebrazo izquierdo contra mi corteza, se esparrancó y expelió a tierra una descomunal vomitona.

—¡Lástima de Pernod!— le dijo al francés.

Y éste, con amistad:

—Ya sabes que el pueblo no. . .

Y el español, limpiándose los mocos con el revés de la mano:

—Sí, ya sé. ¿Tienes un pañuelo? Porque con eso de no tener jabón desde hace más de un año. . .

El otro le da el mocante, y se van.

—Pero nosotros tenemos razón.

—Ça t'fait une belle jambe.

Eso se lo dice un gabacho viejo a un cojo que le discute. Un aire frío contra mis ramas resentidas, como dice aquél, "un aire que corta la cara". La ralea del halcón, palomas; la del azor, perdices; la del gavilán, gorriones; la del avión, mujeres, niños y militares sin graduación. Se salen de madre. Hace tiempo que no me habían podado. Pero si los aviones suponen que pueden conmigo las bombas, se equivocan: lo que importa es la savia, que tronco y hojas vienen solos. Los hombres debieran de saber que un pie cortado vuelve siempre a crecer. Hay más días que hojas llevar.

Un cariampollado le dice a un vendado de la cabeza:

—En la última prensa de ellos que he leído, caigo sobre un Pemán que empieza así: "Por eso Dios, generalísimo de esta cruzada. . ."

Cunde el río de enmantados, toques de ambulancias. Sigue el rollizo:

—Sí, como el 31 de diciembre en Barcelona. A las nueve de la noche no sé si Burgos o Radio Nacional lanza a los éteres: "Ya sabemos que los rojos han recibido de los rojos de Buenos Aires cinco ambulancias; van a ser pocas." Dos horas más tarde, para festejar el año

* Otro error. Los españoles lucharon codo a codo con los franceses.

nuevo, bombardearon el centro de la ciudad. Y eso que ya no teníamos frente.

Otra vez las sirenas. ¿Qué color tiene el miedo? ¿Es gris o es negro? El miedo es rayado y parte a los hombres en láminas delgadas, o por la mitad; los hiende, hiere sin sangre; los iguala, los junta, los apega, los mezcla, los deshace; les hace olvidar el tiempo, desear la muerte, creer en el olvido, en los milagros, acogerse a los sueños. Corren tras no se sabe qué, porque el miedo regala sofismas. El miedo es libre y entra a chorros, sin que se sepa cómo cae del cielo y se contagia como el viento; se le puede resistir en la primavera con la hoja verdezuela, en el otoño o en el invierno no se puede contra él.

Rasga el silencio el ritmo lento de una tropa en marcha. ¿De dónde viene? Tras el ruido arrastrante y átono de la cálifa ¿qué es ese martillear de la tierra, de dónde nace este rumor escondido? Los agazapados levantan cabeza, se asoman los escondidos, se acercan los que se creen intrépidos, vienen niños a las orillas de la carretera. Una tropa está en marcha y viene del lado de Francia. ¿Qué loca esperanza se levanta como un vaho? Ya se divisan, ya están ahí, de a seis en fila, morenos los rubios como hogaza castellana, tostados como mozos andaluces los de cepa morena. Mil trescientos hombres que vuelven porque quieren, leve escudo para tanta ignominia. Mil trescientos hombres de las brigadas internacionales que vuelven porque su sangre extranjera es sangre española. Un, dos, un, dos. Van dejando jacilla, duro el puño derecho rasgando el aire de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Sonríen, la fuerza es de todos, la pena española. Los que huyen se apelotonan en las veras, sin cuidado de la alarma; lúceles de pronto el rostro ido; levantan los puños, el brazo en rama. Levantan el puño los que vienen.

—No pasarán.

—No pasarán.

Una misérrima vieja acogida a mi tronco les grita:

—Pasarán por arriba, pero no por abajo.

—No pasarán.

No lo cree nadie, se queda el grito ronco ardiendo en las gargantas. Lloran.

—No pasarán.

Ya entran en Figueras, ya se oyen los clamores. La gente se queda quieta esperando el final de la alarma, con sal en los ojos y un amanecer en la cara.

Sube de nuevo la marea. Es de noche, la gente hacia la frontera.

—Yo voy al Centro.

Nadie pregunta ¿cuándo volveremos? Todos están seguros de que será cuestión de unos meses, dos, tres, seis a lo sumo. El mundo no podrá permitir tanta ignominia.

—Ahora sí, no tendrá más remedio que intervenir Francia.

—Ahora, con los alemanes en la frontera. . .

Berrea una niña, como de cinco años, y una mayor, que está a su lado, —¿qué tiene, nueve, diez años?—:

—Cállate, que te van a oír los aviones.

Y la peque se calla.

10

Un traidor

—Lo único que me importa es mi mujer. Está sola. Todo lo demás me tiene sin cuidado. Si yo he sido esto y aquello, no me importa. Primero: mi mujer. Y luego...

Luis González Merino es madrileño, de padre vallisoletano, y madre trujillana. (Sangre de los Pizarro: —Sí, sí, son familia.) Los padres, a fuerza de lacerías, mantenían un comercio de tejidos en la calle de Atocha. El padre ya era viejo cuando vio aparecer el rorro entre las piezas de cutí, de tarlatana, de cretona, de crudillo; paños y lienzos de Sabadell, Tarrasa, extremeños y de Alcoy. Asomaba al mostrador la nariz respingona. El niño era una gloria: rubio y con los ojos azules. Delgaducho, pero ¡tan rico! Con los ojos cercados de ojeras traslúcidas, que no se le fueron nunca; blanco, blanco, con tinte enfermizo que ninguna dolencia específica confirmaba. Lábil, desganado, con una perenne amenaza de no se sabía qué mal:

—Ese chico, ese chico...

Le gustaban mucho los dulces y no se los escatimaban.

—¿Qué quieres tomar, rico?

—Caramelos.

Y se iba con su perra gorda a la confitería de la esquina donde lo atiborraban.

—Luisillo, ¡qué manos!

Siempre pegajoso, los labios embijados, que lo colorado parece más dulce que lo amarillo o lo verde, y el rey de los gustos: la fresa. Las manos apegotadas.

Fue a los Escolapios, a la Escuela de Comercio, entró en el Banco de Bilbao. Los padres se retiraron.

—El corazón... no me deja.

Se fueron a vivir al final de Hortaleza; pero el barrio podía más y volvieron, al año, a un piso gris, feo y triste, pero al final de la calle de Fúcar.

Luis González Merino era un hombre enjuto, con los labios mal marcados, miope, y un poco redicho. Muy apegado a sus prerrogativas de hijo único, trataba a sus padres con cierto desprecio y éstos lo aguantaban con gusto.

—Es nuestra alegría. ¿Viste bien, no?

Su miedo: que se casara. Nunca abrieron boca por verle llegar tarde. Como si el trasnochar compensara, para ellos, tácitamente, el matrimonio. Rehuían toda conversación que los pudiera llevar por los aledaños de la coyunda oficial y sacramental. Era el tema obsesionante de las conversaciones de los viejos cónyuges:

—Nunca estará mejor que con nosotros.

(Con esa cerrazón a todo, que permite a los hombres ver en los demás su complemento; sin advertir en el prójimo otro sentimiento idéntico.)

—Vete a saber si el chico. . .

—Bah, bah, ¡ya tendrá tiempo!

—Lo mejor sería casarlo a nuestro gusto. Con alguien que conociéramos y que le gustara vivir con nosotros.

—Lo mejor es que no se case—, decía la madre.

—Sí. Pero, ¡los nietos!

—Ya somos demasiado viejos para cuidar de ellos.

Luis no se preocupaba. Su naturaleza se contentaba con poco, y ese poco no le costaba gran cosa satisfacerlo, dándole a la carne parte de lo que era del sábado. Muy cuidadoso de sí, y del qué dirían.

Iba camino de inspector cuando se le ocurrió, y se convenció, de que debía afiliarse a la UGT. La Casa del Pueblo le llenó de una ilusión nueva: tenía fácil la palabra y se descubrió talento de orador. No tenía por qué dar cuenta en su casa de sus idas y venidas, y sus padres no le preguntaban nada con tal de no hablar del mañana. Fue un afiliado entusiasta. En el sindicato le tenían en mucho. En julio del 36 hizo lo que todos. Estuvo con Mangada, luego en la Ciudad Universitaria, después en Guadalajara. Llegó a capitán. Pasó a Francia en febrero del 39. Se escapó del campo y se puso a trabajar. Como no tenía papeles, al poco tiempo lo volvieron a encerrar en Saint Cyprien.

Había en él cierta candidez que debía a su mediocridad. No sabía nada de sus padres, lo que no le importaba mucho. Correspondía con un amigo suyo, libre por casualidad. Éste le puso en relación con una muchacha que deseaba apadrinar a un refugiado español: Marta Lasser, institutriz. Veintiocho años bien empleados, a lo alto y a lo ancho. De las cartas pasaron a las fotografías, de las fotografías a los sueños, de los sueños al matrimonio cuando, al fin, le soltaron

por amor de un contrato de trabajo que le consiguió. Ella, de origen alsaciano y con la derrota francesa, vino a secretaria de la Komandantur de la villa donde residían. La coyunda con aquella mujer de gran apetito le sorbió el poco seso. Fuéronse luego a Marsella, al amparo de México, con la esperanza de América, como todos, en el bolsillo. Las posibilidades de embarque se fueron desvaneciendo y Luis González Merino encontró trabajo como camarero, en un restaurante indochino del Puerto Viejo, en la calle de la Cárcel. (Los callejones estrechos y retorcidos de aquel barrio se parecían a todas las calles viejas y retorcidas de los puertos viejos de las viejas ciudades mediterráneas.) Marta había tomado a Marsella como objeto de sus inquinas:

—Es la ciudad menos interesante, más pava, con menos personalidad que jamás he visto. Fea, sin un monumento decente, sin calidad: una aglomeración forzada, sin la menor idea, sin clase, sin estilo. Parece mentira que sea tan vieja.

Marta se preciaba de su cultura y de su educación. Sufría, insufrible, con la categoría del trabajo de Luis, pero, por lo menos, comían.

Con la labia y los labios de su mujer, el carácter de Luis varió por completo. Lo que le había mantenido firme hasta entonces: su posición política, se anegó, desapareció de la noche a la mañana. Y se encontró con un mundo nuevo sin comprender lo que le sucedía.

—¿Por qué estoy aquí? Todos son unos bandidos. Nos han engañado. Nos están robando.

Al restaurante iban muchos españoles. El precio era bajo y la comida regular. Así entró en relación con Mateo Gálvez y su gente. Mateo era un abogado de Ciudad Real que había salido de España al principio de la guerra, muy decidido a no volver mientras hubiesen tiros. Republicano que se decía. Vivía de negociejos que nadie sabía a ciencia cierta lo que eran. Vendía favores. Su amistad con el personal de varios consulados sudamericanos le permitía medrar a costa de algunos presuntos emigrantes en brama de visados.

—Yo le arreglo a usted eso.

—Ni hablar.

—El Canciller, el Vice-Cónsul, el Cónsul. . .

—Almuerzo mañana con el Director de la Compañía.

—El Secretario de la Comisión de Armisticio es amigo mío.

—No se preocupe, pasado mañana.

—Dentro de una semana.

Luis González, y otros, le iban reclutando clientes, y recibían una parte de los beneficios. Con lo que le tocaba, Marta se vestía con cierta elegancia.

Mateo Gálvez llegó a tener relaciones muy íntimas con la secretaria del Cónsul de la República X, y consiguió hacerse con el sello oficial. Con él en la mano se consideró feliz. Le duró seis meses.

Pero al cabo de ese tiempo ascendieron al policía que, por su cuenta y razón, hacía la vista gorda. Todavía tuvo tiempo Gálvez de pasar el cuerpo del delito a casa de Luis González Merino. No estaba él y recibió Marta el encargo. Los detuvieron a todos. La mujer sabía poca cosa, pero lo poco que sabía lo dijo a las primeras de cambio. A su propio y gran asombro, Luis González cantó a la primera amenaza de violencia corporal, atosigado por su mujer.

—¿Dónde he caído?

En seguida se encogió de hombros.

—Lo único que me importa es mi mujer. Está sola y quiero volver con ella. De lo demás se me da un pito. ¡Si los alemanes me quisieran llevar a trabajar en zona ocupada, con ella!

Todos los demás, ternes, iban diciendo por ahí, a su paso, para que lo oyera, porque nadie le hablaba:

—Oye, tú, ¿qué hijo de puta nos habrá traído aquí?

Luis González sonreía y pasaba.

Y el siguiente:

—¿Decías algo?

—No. Me preguntaba que qué hijo de puta nos ha traído aquí.

Denunciaba lo que sabía y lo que no. Un día supimos que su mujer había salido libre gracias a las gestiones de un suboficial alemán, con quien se fue a vivir. Acordamos decírselo para ver si se corregía. El resultado fue contraproducente y nos costó días de calabozo a cada quien.

El día que lo liberaron respiramos todos.

Dicen que su mujer lo hizo enviar a Alemania, donde murió.

González Rivas, el pequeñarro, que venía a mi lado, pregunta:

—Si miras bien las cosas, ¿de quién es la culpa?

11

Ruptura

Marsella, 22 de septiembre

Querido Paco:

¿Recuerdas, hace un mes? ¡Cuánto dolor desde entonces! Esperé confiada, ocho, diez días. Cada paso en la escalera me parecía tuyo. Te escribí una carta que la mala suerte quiso que no recibieras. Me engañaron. ¿Recibiste el bizcocho antes de tu marcha? Releo tu última carta. Ha pasado cerca de un mes sin que tuviera la fuerza de contestarte. Ves: no soy fuerte, ni tengo valor; cobarde, cobarde porque vivo en mis recuerdos, con mis recuerdos, de mis recuerdos, porque me siento herida y ausente del vivir cotidiano. Estoy triste, tan triste como cuando me conociste, en enero. Pero sin nada dentro, viviendo con la esperanza de rehallar, de reencontrar algo perdido, algo no perdido definitivamente, algo que no puede haber pasado para siempre. No, Paco, no me digas: "Adiós, Peque." Es cruel e inútil. ¿No crees que hay algo más que decirnos ahora que estamos tan lejos el uno del otro?

En cuanto a tu permiso ¿qué quieres que haga con él? Quizá me fabrico nuevos recuerdos viviendo los viejos y rebuscando en ellos líneas incoloras que pasaron entonces desapercibidas. Sé, de antemano, que no me contestarás. No me importa. También sé que soy tonta, al escribirte.

He traído a casa parte de tus libros. Iré trayendo los demás. No he podido ocuparme de gran cosa. He estado más o menos enferma todo este tiempo: cuando no estaba en la oficina, estaba en cama. ¿Qué voy a hacer ahora que no me queda nada?

He terminado *Guerra y paz*. He ido a ver una película triste y magnífica de Bette Davis. Quisiera tener noticias tuyas. Me imagino mal tu vida. Espero tu vuelta. Cada hora es larga. Desde este momento voy a preguntarme e imaginarme lo que pensarás al recibir estas

líneas, cuál va a ser tu reacción, ¡es tan difícil meterse en la epidermis de los demás! Sobre todo tratándose de ti, que no hablas nunca de lo que sientes sino únicamente —y poco— de lo que piensas. No tendrás que esperar cuatro semanas mi próxima carta. Aguantaré y sabré esperar. Tuya,

Gabriela

28 de septiembre de 1941

Mi querida Gabriela:

Si me hubiese puesto a imaginar la carta que me ibas a escribir, al mes de mi detención, no me hubiese equivocado mucho y se parecería bastante a la que he recibido. Te empeñas en equivocarte, añádele tu pereza. No es egoísmo o egolatría, no. No refieres el mundo a tu sola persona, ni crees a los demás pendientes de ti: más bien es lo contrario: desconfianza de tus medios; pero esa inseguridad te embarga tanto como si fuese un sentimiento positivo. Que tanta cerrazón trae la desconfianza como la soberbia. Y desde luego más dolores: que no hay como la incertidumbre para estrujar y punzar. Y nada más molesto como la falta de seguridad en sí mismo cuando hay que lanzarse al ruedo. Quizá piensen algunos que el valor es un cerrar de ojos. No es cierto. Puedes cerrar los ojos al tirarte del trampolín, pero lo que importa es el impulso y el saberse defender luego entre las aguas. Dicen que los toreros tienen miedo hasta el momento de abrirse de capa. Tú desconfías de ti a toro pasado.

Empleas palabras demasiado importantes, demasiado grandes, para tus sentimientos. El difunto era mayor. Las preñas de tristeza y desesperanza: el destino, para siempre jamás, la soledad. Exactamente igual que si me hubiese muerto. Te quedas en cama, te crees enferma (no estás muy segura de ello), te da vergüenza y escribes.

Descubres la inutilidad de la vida, la rutina. No te preocupes. Volverás a tu vida de cada día; sí, hija, sí. Te encuentro un poco viuda, y como tal dispuesta a consolarte al pasar la raya del luto y asomar el crepúsculo del alivio. Para eso tienes mi permiso (al fin y al cabo te lo doy para ver si te contienes, con la segunda intención de que mi desinterés sirva tu fidelidad). Ten cuidado con los recuerdos, a veces le juegan a uno malas pasadas y toma uno un pájaro en mano por dos volando. Si me engañas hazlo sin remordimientos.

Al cabo de la primera cuartilla ya no sabes qué escribir y amontonas frases cortas, sin ilación: *quisiera tener noticias tuyas*. Pero hija ¡quién te lo impide! Ya sabes que no te escribiría motu propio, para que no te molestara la policía, pero desde el momento en que tú

lo haces. . . Además si tú hubieses querido, con ir a ver a Enrique hubieses podido saber de mí, sin ningún cuidado. Así que, joven, no me vengas con cuentos.

Dices que te imaginas mal mi vida, lo cual tampoco es cierto, tenemos bastantes amigos comunes que la han llevado antes que yo y que la han referido. Todo eso porque no sabes qué escribir; tu carta te parecía corta y te dedicaste a añadir vaguedades. O cosas que no quieren decir nada: *espero tu vuelta, las horas son largas*, etc., pero lo que es escribirme, lo que es ocuparte de mí tal como tú sabes que yo quería, tampoco. Desde este momento —vienes a decir— voy a imaginarme cuándo, cómo vas a recibir estas líneas. Tu carta es del 22, la echaste al correo el 24. . . *Hablas de lo que piensas y no de lo que sientes.* ¡Ése soy yo! ¡Vaya dialéctica! Como si hubiese un compartimento estanco para los sentimientos y otro para el pensamiento. ¡Bien por la estudiante en filosofía e ilustre materialista de la historia!

Siento, efectivamente, cierta repugnancia para expresar lo que me empuja y explicar lo que hago. ¿Sabes lo que es? Tal vez un sentimiento femenino que tú ignoras: pudor.

Aguantaré, me escribes. Pero ¿quién lo duda? y además ¡qué remedio! Y lo dices como un grito de victoria final, dándote importancia (como si rendida, al final del segundo acto: los brazos bajos, la cabeza caída, las greñas hacia la tierra, te desplomaras sin sentido, en el sillón dispuesto de antemano por el director de escena, mientras baja el telón y suenan los aplausos. Se vuelve a levantar el paño de los éxitos, y tú sigues en tu posición histriónica para, a la tercera llamada, saludar sonriente, arreglándote el pelo con cierta gracia, echando la cabeza atrás para sonreír, primero a la galería.)

¿No te parece bastante haberte echado a gimotear un mes sin acordarte más que de tu soledad? Y a mí que me partiera un rayo. A mí y a todos. Porque supongo que no te habrás vuelto a preocupar de lo que sabes. Es precioso, eso de empezar a monologar, con la batalla a medio perder, ¡soy desgraciada! ¡soy muy desgraciada! ¡soy tremendamente desgraciada! Me han quitado a mi amante. ¡Estoy sola! ¡Estaré sola! ¡Soy la persona más desgraciada del mundo! ¿Qué hace la gente que no se para ante tanta lástima?

Sí, hija Gabriela, sí. La detenida pareces tú; te apiadas sobre el pobre cadáver de tus treinta días de cama incompartida. Porque en lo demás ¿qué diferencia? Te revuelves, brincas, te subes por las paredes. Si me quisieras de verdad te hubiese faltado tiempo para *hacer* cosas. Porque la pasión es acción, porque la fe es acción, y tú te has acartonado en tu molestia, reconcomiendo tus recuerdos como quien chupa un pirulí. Recuerdo. Ya sospechaba que ésa sería tu postura, porque era la más fácil y espectacular. Necesitabas ver tu dolor para creerlo. Necesitabas verte tumbada —sola— en la cama y

sentir tus lágrimas calientes en la mano, saladas en tu boca, para convencerte de mi ausencia. Mas en ningún momento pensaste: está solo, ¿qué le hace falta?, ¿qué hay qué hacer?, ¿cómo?

Todo tu credo político, mi joven Gabriela marxista, son nubes que te esconden en tu mundo de vaguedades y sueños turbios. ¡Claro que aguantarás! ¡Y yo! Y por si te interesa: me levanto a las siete, me acuesto a las diez. Tomo el sedicente café a las siete y media, sopa de nabo a las once, sopa de zanahoria a las cinco. Y más o menos me muero de hambre esperando que la joven Gabriela, perdida en su dolor, se acuerde de salir de casa para ir a comprar alguna que otra cosa y me la envíe. Porque la joven Gabriela —aunque no te lo creas— hace diariamente la compra para ella y su madre. Y no se le ocurre pensar, o mejor dicho sí lo piensa, pero no lo hace, lo cual es peor, hacer un paquete, rotularlo y llevarlo al correo. Tengo la seguridad de que cada dos días, un minuto, dos minutos, te dices: tengo que mandarle algo. Pero vuelves a recaer en tu dolor, acordándote de la imagen Francisco, del recuerdo Francisco, de la esperanza Francisco. Pero ir a una tienda, escribir una dirección, pegar una etiqueta, llevar el bulto a la estación, eso ya es demasiado, eso es superior a las fuerzas de la joven Gabriela. Gabriela cree que no puede mover los brazos, muerta como lo está de amor. ¡Cuentos, mi joven amiga, cuentos! Si fuera amor de verdad no llorarías tanto. Me hubieses escrito una carta que poco más o menos dijese lo siguiente:

"Querido Paco: Tengo todas tus cosas en casa. He limpiado tu ropa y te la mandaré a medida que la vayas necesitando. Supongo que recibirás con regularidad los paquetes de víveres que te he ido enviando. No se encuentra gran cosa, pero no te preocupes, ni te preocupes por mí. Trabajo y no estoy triste. Los recuerdos son siempre mejores un tanto añejos, como el vino. También te envié algunos libros que supongo recibirás con gusto. Y un pastel que yo misma te hice. Le falta un trozo. Me lo comí a tu salud."

Después de una carta así podías haberte ido a acostar con el mejor plantado de nuestros amigos. Adiós, tembleque.

Francisco

P.D. No recibí el bizcocho. (Rebaja el hambre, rebaja la rabia y lee la carta al revés: Te quiero.)

No hubo más cartas.

12

Espera

(Sabadell, 1938)

Llueve menudo. La masada, viniendo de Sabadell, no revela su condición: achaparrada, sin luces, los muros sucios de una lechada añosa, algunos olivos en abrazadera de campos. Una tapia alta correspondiente al patio y las dependencias, que en sus tiempos aquello fue almazara. El sobrado se esconde bajo tejas pintonas. Perdidos en la extensión, quien se fija percibe los aviones, quien da la vuelta a la fábrica descubre los hangares. Muy a lo lejos otra alquería, en el otro extremo del campo, cobija soldados y oficiales. La carretera se desfonda de tantos ires y venires, luego sigue la vía del ferrocarril, y mejora.

A lo lejos el Tibidabo, verde oscuro, heraldo de Barcelona. Espero, desde las tres de la tarde, la llegada del aparato que me ha de llevar al Centro. Las horas pasan lentas, perdidas, pesadas de espera. Las ideas no llegan a concretarse: van y vienen, entremezcladas: Elisa, el frente, el mal tiempo, la ayuda internacional, el hambre, el frío, la lluvia, los motores, la velocidad, la soledad, el color tamizado de las lejanías; la ciudad, rojiza de sus tejados, el paso del tren, las manos: ¿más calientes en los bolsillos del pantalón o enguantadas en la guerrera?; ¿a qué hora llegaremos a Albacete? El cielo sin color, con escurriduras de carbón. Elisa. La guerra y la paz. Vago por el hangar donde reposan, sin motor, tres cazas y dos avionetas. Unos mecánicos se afanan, en silencio, alrededor de los cilindros de un motor nuevo. El teléfono funciona continuamente. Quieras que no, cada vez que le oigo me acerco al despacho que lo encierra.

—¿Nada?

—Nada para usted.

La soledad, el silencio del campo, esparcidos martillazos, luego

cruza un tanque de gasolina. Si llama otra vez el teléfono no me acercaré: a ver si es para mí. . . ¡Cuántas supersticiones! ¡Cuántas cosas de adentro a escardar todavía! Siempre nos quedaremos en las orillas de nuestra vida. ¿Qué hacer para vivir de verdad? ¿No vives? El cielo tiene sus culpas; con sol las preguntas son menos. No hay más vida que esta lucha nuestra cerrada. Lo demás es muévedo y dolo.

Cruzo el campo chapoteando charcos y la hierba rala. Bajo las alas de un trimotor empotrado, con sus motores enfundados, charlan tres o cuatro. Más allá los restos retorcidos de otro aparato. Llego a la alquería y subo —por tercera vez en dos horas— al despacho de la *Meteo:*

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y el tiempo?

—Mejor en Tarragona.

Anochece ahora de verdad. Vuelo hacia los hangares. Llueve menudo. No hacer nada, reconcomerse; no poder pensar en nada preciso, idas las ideas a medio camino. Me coge sorprendido el paréntesis. No estaba preparado al descanso. ¿Volver a Barcelona? El avión puede llegar de un momento a otro. Recostado contra la caseta del teléfono, releo los anuncios de la *Vanguardia.* Cayó la noche, tan largo el tiempo que no la sentí. Las ocho: avisan que El Dragón ha aterrizado en Valls. Que vendrá. Que espere.

Me recojo al interior de la casa. Del hangar se pasa al patio. A la flaca luz de una bombilla el centro blanco de una yuca aparece como un fantasma. Corren a lo largo del pie de las paredes descuidados arriates. Los hilos menudos de la lluvia se doran a su paso por la luz. En el zaguán oscuro la horca enorme de las manceras curvas de un arado asido por telarañas, contra la pared. Que el campo era antes campo. Una cantarera vacía al fondo, unos aperos olvidados descansan en ella. El suelo, recién barrido, duro, desigual; un azulejo de seis ladrillos muestra entre una orla de flores y frutos a la Virgen del Rosario; el polvo, levantado, se reparte por los paramentos formando, al sesgo de la escasa luz, aborbolladas nubes, dando profundidad a lo que no la tiene. A la izquierda un alguarín oscuro.

Tuércese a la derecha para dar a la cocina, que sirve para todo. Baja de techo, córrele por la pared más larga, bajo un alízar blanco, una larga losa de piedra artificial que encastra una pila de mármol donde, culo al aire, se secan una veintena de copas, bajo un escurridor, donde cuatro platos descantillados dan a entender que si allí se da de beber no se espere comida.

El payés se ha vuelto ventero a la suerte de las armas. El tal no aparece, lleva el improvisado mesón su cónyuge ayudada por una moza: el servicio es fácil y la ganancia buena; sólo hay coñac y anís

y a peseta la copa —y éstas de más vidrio que cabida—; las mujeres las desbordan al verter, a pesar de los rezongos de los finolis —por la pringue de los dedos— y de los ansiosos, por lo perdido. De la habitación vecina —el dormitorio de la honrada pareja—, donde está prohibido pasar, sólo se alcanza un quinqué de globo blanco y pie de vidrio anisado con filetes de oro.

La chimenea de campana ocupa el tercio de la cocina. De una cadena lustrada, carcomida y negra por los años, pende un candil olvidado. Alrededor de un escaso fuego, donde, sobre unas trébedes, anda plantada una olla pequeña, tres hombres adormilados. Ya cano, se cae requemado un trozo de leña. Se oye el latido fuerte de un despertador, el chirriar de unos goznes. Se siente la gran manta de la lluvia.

Así es como viene, lenta, la soledad. Algún auto abre su surco de puntos suspensivos en el agua negra. Un aire fresco penetra de pronto en la estancia. Enciendo un cigarrillo. Alguno me mira con envidia.

¿Dónde están mis amigos? La guerra. El frente. Mundo revuelto. La soledad. ¿Cómo he de escribir esto que siento? ¿Cuántos miles han sentido lo que siento y no puedo reflejar? La soledad se convierte en melancolía, en recuerdos imprecisos de paisajes y personas queridas y fugaces, inaprehensibles. Así viene la tristeza, callada. Pesadumbre del cuerpo, incapacidad de mover un brazo. Entumecimiento. Lentitud del rodar del mundo, desaliento. Ya debe de andar mediada la noche.

Me sirvo otra copa de anís sacarinoso. Las paredes sucias, la campana de la chimenea se deshace hacia el techo en ocres y negros repiqueteados por las moscas. Intento no apoyarme en la mesa pequeña y paticoja: me molesta su inseguridad. De cuando en cuando entra uno, de mono, y dice, a media voz:

—Salud.

Mira y se va. En la esquina, como un trapo, duerme encaracolado un gato negro.

Suenan las sirenas de la alarma. Nadie se mueve. A lo lejos, sobre Barcelona, los antiaéreos. Ni siquiera salimos a mirar. Luego la calma y de nuevo la sirena.

A la una se oye el ronroneo de un motor. Salgo al hangar, veo encenderse el balizaje rojo, luego el reflector del extremo del campo. Ha dejado de llover.

—No. Quédese aquí. Ya le avisarán.

Se apagan las luciérnagas coloradas.

—Ha tomado tierra.

—Todavía tendrán que esperar algún tiempo. La gasolina. . .

—Supongo que no saldremos hasta la madrugada.

Vuelvo a la cocina. Decido amodorrarme bajo la campana, al amor del fuego; retiro la silla del contacto de la pared y la echo atrás bus-

cando un ángulo cómodo a la espalda. Entre sueños creo reconocer a Herrera en el centro de la habitación. Es Herrera. Salto de mi cuchitril.

—¿Qué haces por aquí?

Nos abrazamos.

—¿De dónde sales? ¿Caes del cielo? (me lo dice por el escotillón de la chimenea).

—No nos hemos visto desde lo de Teruel.

—¿Y tú?

—De Archena.

—¿Acabó el curso?

—Eso dicen. ¿Qué haces aquí?

—Al Centro.

—Seguramente en el aparato que me ha traído.

—¿Bien?

—Regular. ¿Tienes coche?

—No.

—Ya avisaron a transportes. El tiempo que suba.

—¿Y los otros?

—Toma algo.

La moza había salido, esperando, la copita en la mano, cogido el pie entre el índice y el medio, a lo camarero.

—¿Qué hay?

—¿Anís o coñac?

—Coñac. ¿Qué noticias?

—Si siguen así llegarán a Vinaroz. Se han metido por el Maestrazgo como Pedro por su casa.

Nos sentamos.

—¿Y los otros?

—Ya los verás.

—No sé si me dará tiempo. Supongo que nos mandan más abajo de Caspe.

—Lo peor es el pesimismo de Prieto.

Entra un mecánico.

—Chica, calienta esto.

Le tiende una fiambrera de aluminio.

—¿Hay algo para comer?—, pregunta Herrera.

—Sólo de encargo.

La muchacha se alza a coger una cerilla de una caja sucia, en el reborde de la campana de la chimenea, donde se empolvan cuatro trastes medio vacíos y el cartonaje de un medicamento desencolado, del humo y de la humedad, del tiempo.

—¿Así que. . .?

—Dieron todos los cursos por acabados. Todos hemos salido con

destino, lo mismo los que estábamos hace cuatro meses que los que sólo han estado dos.

—¿Y hay tanques?

—Eso dicen.

—¿Tú qué crees?

—Podremos con ellos.

Entra un mecánico.

—Ahí afuera le esperan, mi capitán.

Nos levantamos y salimos al hangar. Por el intersticio de las inmensas moles correderas que ahora lo cierran, a la luz incierta del amanecer, la lluvia se hace visible. Prestando atención se oye la gran sábana del agua cayendo sobre la tierra.

Es el coche.

—Seguramente, con este tiempo, no saldréis hasta dentro de unas horas. ¿Quieres algo?

—No. Nada. Nadie sabe que cruzo.

—Quédate. ¿Para qué te vas a mojar?

Nos abrazamos. Me rehila cierta comezón sensiblera. La combato y me tengo en menos.

—Salud.

—Salud.

Un portazo y el ronquido carraspeante del arranque.

—¡Vaya cacharro! —dice el mecánico.

Me vuelvo a la cocina. No sé por qué me da la corazonada que no nos volveremos a ver. ¿Él o yo? Tal vez los dos. La culpa la tiene la lluvia. No es posible que lleguen a Vinaroz. Los detendremos en el Maestrazgo.

13

Lo cierto por lo dudoso

I
Dime: ¿cómo comparar
lo cierto con el azar?

II
El hombre es como la tierra:
si cultivado da fruto.
Nadie le quita a la selva
ni a lo natural lo suyo.
Dánse en la fragosa sierra
con gusto asperillo y rudo,
azufaifas y ciruelas
y en los más cerrados puertos
moras, nísperos, romero.
Pero más producen huertas.

III
Nada tiene que ver
lo hermoso con lo bueno.
Mas si lo hermoso es bueno
dos veces bello;
si lo bueno es hermoso,
dos veces bueno.

IV
Pero ¿cómo comparar
lo cierto con el azar?

V
El hombre es como la tierra,
si lo desbarbechas y aras,
cuidas, abonas y siembras,

las frutas serán granadas
y espléndida la cosecha.
Toda de trigo granada
una infinita muestra
mídese con propias armas
—ida al suave viento en crenchas—
con lo más que el mundo encierra.

VI

Pero ¿cómo comparar
lo cierto con el azar?

VII

El hombre es como la tierra,
huerta, secano, barbecho,
según el agua que riega
las arterias de su pecho.
El trabajo es lo que cuenta,
lo otro lo va dando el tiempo
y de dura vertedera
la calidad del acero.
La voluntad siempre acierta
con la gracia de los cielos.

VIII

El hombre es como la tierra,
según se da.
El hombre es según el aire,
como cuadre.
El hombre es como el agua,
según cuanta.
El hombre es según el fuego,
como sueño.
Y los cuatro elementos
según el hombre:
aire, tierra, agua y fuego.

IX

El hombre es según la tierra
y la tierra según el hombre:
si respondes, te responde.

X

Aire, tierra, agua y fuego
según me ven, te veo.
Aire, tierra, agua y fuego
según me ven los veo.
Qué precioso vaivén,
¡según los veo me ven!

XI

El hombre es como la tierra,
según el agua.
El hombre es como el agua,
según el aire.
El hombre es como el aire,
según el fuego.

XII

Tierra, aire, agua y fuego son
como soy yo,
pero aire, tierra, agua y fuego
como los veo.

XIII

Agua, la que se embeba;
mucha, anega.
El aire, leve, refresca;
mucho, atierra.
El fuego, poco, calienta;
mucho, quema.
Mucha, vale la tierra:
poca, entierra.

XIV

El hombre es como la tierra:
solo no medra.
Solo se pierde,
sola se muere.

XV

El hombre es como la tierra,
—polvo, raíz y arena—
Si trabajo, me trabaja.
Sola viene la guerra,
un hombre contra otro hombre,
una tierra contra otra tierra.
(La tierra le puede al hombre,
el hombre puede a la tierra.)

XVI

El hombre es como la tierra:
Sementera,
cementerio,
sin frontera.

XVII

Pero ¿cómo comparar
lo cierto con el azar?

14

Improntu

I

Pasa una bicicleta
por la carretera.
Parece que no es nada
una bicicleta...
Pero vista detrás de una alambrada
ese trasto de dos ruedas
le llena a uno de ideas.

Por la carretera,
va que vuela,
una bicicleta.

II

¿Qué treta
me juegas,
fortuna y rueda?
De mis pies nacen andas
y surgen sedas,

Por sólo altibajar mal las rodillas
yo mismo me llevo en sillas.

Ya más que Clavileño, Clavileña
dulce, metálica, sin par sorpresa:
¡Oh, noble bicicleta!

1-2-42

15

Cancionerillo africano

A mi hija María Luisa

1

La noche a la mañana
deja la tierra verde,
que marzo da una vida
y otra el año que viene.

2

Salieron, blanco limón,
pintillas en los alcores,
perdidas entre cien verdes,
trece pobrecitas flores.
En la punta de sus pétalos
la rosa asoma rubores.

3

Cada año muere la tierra,
cincuenta son la medida
más corriente de los hombres,
tres meses la de la espiga,
una mañana las flores,
horas las moscas del día,
montan siglos las ballenas,
y tanta muerte es la vida,
igual que estas alambradas
plantan la libertad viva.

4

Todo es aquí corto y tremendo: frío,
calor y primavera.
Todo cuanto es ya ha sido
en el acto de ser.
Desierto vencedor, seguro olvido:
dura en las dunas tan poco el ayer
que no importa el mañana,
lo que ha de suceder
ya fue. El moro piensa, frente a nada,
que no hay nada que hacer.

5

Lanzan sus lanzas al aire,
atrevidísimas del tiempo amable,
hierbas, canas de mil nombres,
tiernas y fuertes de sus verdes sables.

6

Todos estos planetas africanos
nunca me fueron, hija, tan lejanos:
nunca vi sol ni luna tan arriba,
justo encima
de quien los mira.

7

¡Qué placer,
luna nueva,
de volverte a ver,
tan tierna!
Rajita de cebolla
que a la noche das vida
todavía prendida
de la morena luz del día.

8

Siendo, como lo es, tan vieja,
la tierra ¡es tan joven!
Una estación borra la otra,
no se le notan los trotes.

9

Esta noche creció un palmo la hierba
—la niña ya es mujer—
tanto que a los tres días de nacer
aquí los cardos son ya de comer.

Esa primavera lenta,
de yemas y verdecer:
grises orillas del Sena,
que conociste anteayer,
humo lento, rosa plata,
Elsa, Anna, Claire
parece aquí un canto muerto,
cuento de antes de nacer.

Aquí todo es violento,
cara o cruz, frente o revés,
la media tinta no existe,
el tono fundido no es,
todo ronco, bronco, duro,
hombres hechos de una vez,
calor o frío sin medio;
la rambla, torrente o sed;
la espiga nace rastrojo,
nada cuenta la mujer.

Esta noche creció un palmo la hierba
—la niña ya es mujer—
tanto que a los tres días de nacer
los cardos ya son buenos de comer.

10

No crece la tierra,
se renueva,
pero mientras crezcas
te irá pareciendo
más pequeña.

11

Por los marzos, bozo verde;
en abril, barba crecida.

Los días ya van de largo.
¡Los limones de la niña!

12

Tan tuyos tus quince años
como estas tierras
deben de sentir suyas
sus verdes hierbas.

13

Te miro y no te creo
¡te has hecho tan mayor!
Dejas de ser renuevo.

Ahora tienes nidos, en tus brazos tiernos,
y te mece el viento.

14

¡Marzo coloradillo,
marzo barbilampiño,
marzo contrario,
marzo lavado,
marzo limpio,
marzo fino,
marzo recién nacido,
marzo jilguero,
cómo te quiero!

15

Ya son tuyas tus ramas,
ya son tuyas tus raíces,
ya son tuyas tus hojas,
ya son tuyos los aires.
Tuya es la tierra
y tuyo lo que sabes,
tuya la savia,
tuyo lo que no sabes.
¡Ánimo vence en guerra
y las ramas, raíces, hojas y aires!

16

Esta primavera,
tan nueva,
es tataranieta,
tan vieja,
de la otra
que te vio nacer.
Lo mismo que tú eres
con quince
abriles,
igual y no igual
que la que tuvo diez.

17

Cuando naciste, Mimín,
ocho de abril
de tu mil novecientos veintisiete,
yo era mil y mil
veces más viejo que tú.
Ahora no llego a tu triple
y dentro de algún tiempo
ni siquiera te doblaré.
Luego
los años
nos irán lentos
acercando
hasta ser
otra vez
lo que fue.

18

Borreguitos por los cielos,
verde primavera nueva:
¡Borregos por los oteros!

19

Tierra con agua
de color verde.
Tierra secana,
pardilla siempre

25-3-42

16

Crímenes

(1 — 3)

Bueno, bueno. . . Me llamo Fernando González Borrego. Ya saben bastante, ¿no? Ahora va a resultar que un nombre y dos apellidos no son suficientes para determinar quién es uno. ¿Sería el mismo si me llamara Alfredo Heckel y Halfenburg? Apuesto a que no. Mi padre se llamaba Pedro, Pedro González Camarasa. Mi madre —como es legítimo— se llamaba Borrego, lo cual es bastante molesto y me causó muchos disgustos en el colegio y en el Instituto. Una vez, una sola vez, llegué a las manos con uno por una broma acerca de mi segundo apellido. Si yo hubiese sido un hombre violento hubiese salido a pelea diaria. Pero era tímido, y no muy fuerte. Esa vez, cuando me pegué con uno de sexto —yo estaba en quinto— llevé la peor parte. No que no le diera, pero él me dio más, y me rompió las gafas.

Luego me casé. Voy tan aprisa porque lo cierto es que del bachillerato pasé al matrimonio como si tal cosa. De los dieciocho a los veintisiete no hice nada en particular: Estudié química y fui novio de Mariana. Nos casamos el 18 de abril. Hubo grandes guirnaldas de flores blancas colgadas del altar a los pilares de San Jerónimo. Por otra parte creo que mi chaqué me venía algo estrecho; la prueba: que no pude volvérmelo a poner. De mi mujer no tengo por qué hablar; no entra para nada en esta historia. Además es tonta. Fue guapa, tal vez, más que guapa, guapetona, apetitosa: como esos dulces relumbrones que, cuando les hinca uno el diente, resultan demasiado azucarados, empalagosos. No se sabía mover. Lo que le gustaba era dormir. Creo que se dan ustedes cuenta. Lo demás era la fábrica, en la que no tenía gran cosa que hacer: era el hijo del amo. Cuando se murió mi padre, idiotamente, de una pulmonía, en Zara-

goza, seguí siendo el hijo del amo. Aventuras amorosas no había dejado de tener, aquí y allí: Diana, una amiga de Mariana a la que le entró remordimientos, y lo que iba saliendo. Lo que prefería eran las putas; no que cuando más lo fueran me gustaran más, no. Más bien al contrario: modositas, pero guapas, delgadas, de ojos dulces. Hasta que di con María. Ustedes la conocieron. Congeniamos y le puse piso. Pero nos aburríamos. No me divertía ir por los sitios que frecuentaba antes porque a mí me molestaba pensar que algunos de aquellos caballeros, por no decir todos, se habían acostado con ella; y andar por cafés, cines o teatros "bien" no era conveniente por el qué dirán y, más precisamente, para que no le fueran con el chisme a mi santa esposa. Empezamos —un poco porque sí, como podrán comprender— a ir a tascas y a sitios de mala muerte. No diría que me gustó, pero me fui acostumbrando. Hasta el punto que me pesaba cualquier otro medio. No que me fastidiara mi casa o la fábrica; no, eso no: yo seguía haciendo mi vida normal, sino que los bares elegantes, los restoranes, el casino, las carreras, el bridge se me fueron haciendo intolerables. A María parecía acontecerle otro tanto.

En las tabernas, en los garitos, nos recibieron como si tal cosa. Nunca nos sucedió nada. En el "Molino Verde", donde dicen que generalmente le quitan a uno la cartera con la derecha y la estilográfica con la izquierda, nunca tuvimos el menor tropiezo. Y si saco a relucir el "Molino" es porque nos fuimos acostumbrando a recalar allí todas las noches y acabamos teniendo una tertulia. Gente fina —y no lo digo en broma—; Emilio, Juan, Pedrote, Gilimón, Pocapena, el Ninchi; banderilleros, carteristas, chulos, ladrones, vagos todos. En seguida, quién sabe por qué, nos tuvieron por suyos. No se preocuparon nunca por saber quiénes éramos, ni qué hacíamos de día. Tampoco pedían dinero; solían tener lo suficiente para vivir. Además, muy respetuosos con María. Tal vez nació todo porque los tratábamos de igual a igual. Ninguno tenía lo que se suele llamar un oficio respetable. Jugábamos pequeñas cantidades al dominó, al mus, al julepe. De cuando en cuando alguno iba a parar a la cárcel. Un día pude sacar a Gilimón gracias a unas influencias. La verdad es que sólo lo habían encarcelado por sus malos antecedentes. Recurrieron a mí —al mes o a los dos meses de lo anterior— para que interviniera en favor de un tal Garrapatas. Tuve que hacer más gestiones, pero logré también sacarlo del mal paso. Como es natural, lo hice por simpatía, sin ningún fin preconcebido. Aquello les impresionó mucho. Se me ofrecieron todos para lo que fuera. Los criminales son una gente tan decente como otra cualquiera, y yo me encontraba, entre ellos, como un pez en el agua. Me fui interesando por sus medios de vida. Una noche en que Emilio y Juan habían decidido llevar a cabo un robo les acompañé. No por nada, única-

mente por ver, por enterarme, por curiosidad. Me enteré por casualidad: cuando llegamos, se callaron. Les pedí que siguieran hablando. Dudaron un momento pero, después de consultarse con la mirada, me pusieron al tanto. A María aquello le pareció bien. Anduvimos paseando por la acera mientras ellos se introdujeron en la casa señalada. Salieron y nos fuimos tranquilamente a un café cantante que había entonces por Cuchilleros. Se repartieron el botín, me ofrecieron una parte, que, como pueden ustedes suponer, no acepté. Sin embargo, se empeñaron en dar un collar a María. No tenía ningún valor, pero se lo agradecimos. Aquello nos gustó y seguimos acompañando a unos amigos y a otros. No corríamos ningún peligro. Una noche pasaron unos policías, en bicicleta, y los entretuvimos hasta que nuestros amigos pudieron alejarse sin ser molestados. En aquella ocasión tampoco quise que me dieran nada. Se molestaron. Para desagraviarles les indiqué que fueran a robar a casa del marqués de Gorfe. Yo conocía perfectamente el lugar y no hubo dificultad alguna, todo fue como una seda. Más por María que por mí, acepté un dibujo de Goya y un apunte de Rosales. Me divirtió la investigación policiaca, a la que asistí de lejos, sin querer mezclarme demasiado, gracias a los consejos de Pocacosa, que era el más inteligente. De todas maneras acompañé al marqués a la Dirección General. Le enseñaron bastantes fotografías de "maleantes". Interrogaron al Ninchi, a Pedrote, sin resultado. Y no hubo más.

Llegó el verano. Tuve que ir a San Sebastián —María estaba en Fuenterrabía— y nos aburrimos mucho. Volvimos el 15 de septiembre, dos semanas antes de lo acostumbrado. Pretexté asuntos de la fábrica.

Ya es hora de que hable de Begoña. Begoña era mi cuñada. Una mujer insoportable. No por nada, ni fea, ni regañona, pero con un olor que me sofocaba. Le pregunté a varias gentes si no les sucedía lo mismo. Y no. Pero a mí me atacaba la nariz, la garganta, el pecho. Le tenía alergia. Y vivía con nosotros. Añadan ustedes su desconfianza, sus retintines, sus bromas acerca de mi fidelidad. Otros dirán que su dinero. Pero es falso. Evidentemente era rica; evidentemente, si se moría, mi mujer heredaría su capital. Pero les aseguro que aquello no entró en nada en lo que sucedió. No. En un ochenta por ciento fue por el olor, y el resto, por el perro. Begoña tenía un perro desde que se quedó viuda. A mí me molestan los perros. No por nada especial: me molestan porque son animales, y no los soporto. Lo mismo hubiera sucedido si se hubiera tratado de un gato, de un loro o de una tortuga. Por eso no me gusta el campo.

Con el otoño volvimos a las andadas, con éxito. Un día entré con ellos. Es fácil. Yo no me explico por qué no hay más ladrones: con un poco de sentido común, el robo es cosa hecha. Un día, en casa de quien no hace al caso, nos sorprendieron. Los muchachos pudieron

escapar y yo me quedé, un poco a la fuerza, dicho sea de paso, a ver qué pasaba. La verdad es que tampoco corría ningún peligro: la mujer era guapa y era una disculpa. Lo divertido es que resultó, cayó en mis brazos. *Peccata minuta.* María se lo olió y me armó un escándalo. Al día siguiente se descubrió el robo. La mujer, como es natural, no chistó, ni creo siquiera que relacionara ambas cosas.

Por otra parte los negocios de la fábrica iban como sobre ruedas. Todo hubiese sido perfecto sin Begoña. Lo estuve pensando y decidí que era un idiota. ¿Qué me costaba hacerla desaparecer? Nada, lo que se dice nada. Le hablé al Garrapatas, sin darle más explicaciones. Le dije exactamente lo que tenía que hacer: el día, la hora. Aquella tarde me llevé a Mariana al Escorial, con el cuento de escoger una casa, y nos quedamos a dormir allí. Cuando regresamos, todo estaba hecho. Fue un alivio, y eso que tuve que velarla, y ¡hay que ver cómo hedía! De cuando en cuando todavía me persigue aquel recuerdo.

Lo malo es que el Garrapatas, a quien pagué religiosamente lo convenido, robó unas cuantas cosas —yo le había dado permiso para ello—, y entre ellas un marco de plata. En él había una fotografía mía y de mi mujer. Él no me dijo nada. Pero yo me enteré por el inventario que tuvimos que hacer para dar parte a la policía. Como es natural mis nuevos amigos no sabían mi verdadera identidad. Yo les he dicho antes que suele ser gente poco curiosa. El mismo Garrapatas nunca me hizo la menor referencia a aquello. Sin embargo yo estaba molesto. Voló mi tranquilidad. Pensé un momento en hacerlo desaparecer a manos de cualquiera, pero se me presentaron muy claros los riesgos de la operación: si el Garrapatas tenía tiempo de decir dos palabras a su presunto asesino, me descubriría. Por otra parte yo no podía seguir así. María estaba al tanto, como es natural, y me propuso la solución.

El Garrapatas no desconfiaba de mí, o, por lo menos, nada me hacía sospechar de ello, pero es evidente que si yo le invitaba a dar una vuelta por el campo, es posible que le apareciera una mosca en la oreja. Lo bueno es que se tenía por guapo, y aun lo era. Se resistió un poco, pero María se las agenció de manera que logró que aceptara una cita. Lo llevó hasta cerca de Galapagar, bajaron del coche, ella se apartó y, aunque fallé el primer tiro, le di de lleno con los demás. Nos volvimos tranquilamente a Madrid. Como los otros no sabían nada de lo de Begoña, nadie sospechó nada.

Desde entonces viví feliz, hasta el momento en el cual empezaron a subírsele los humos a María. No sé exactamente lo que se proponía. Tal vez que me casara con ella. A veces las mujeres no se quieren dar cuenta de cómo es el mundo: para ellas es mucho más pequeño que para nosotros, los hombres. Además, quién sabe por qué, debió pensar que el dinero —ya teníamos un capital, y ella lo

sabía— era tan suyo como mío. Lo cual, por lo que ya llevo dicho, ustedes se darán cuenta, era absolutamente falso. Aún hacía yo demasiado regalándole cuanto me pedía. Pero, ¡figúrense!, era avara. Después quiso comprar una finca en su pueblo. Era gallega. ¿Qué se me había perdido a mí en Galicia? Y más en el campo. Discutimos, con buenas palabras, pero tesoneramente. Cuando se le metía algo en la cabeza era capaz de todo, con tal de salirse con la suya. Yo no tenía ningún cuidado de que me denunciase: le hubiese ido casi tan mal como a mí. Y, referente al Garrapatas, se hubiese podido probar que ella salió de la ciudad con él: que a mí, ni quien me viera. Tengo que reconocer, en su favor, que ni siquiera se le ocurrió amenazarme. No: únicamente quería ir a vivir al campo, de cuando en cuando, para presumir ante sus paisanos. El campo: vacas, cabras, perros, ovejas. Un espanto. Ahora ya sé a qué olía —para mí— Begoña: a estiércol. Por otra parte Mariana —quién sabe si con la proximidad de la menopausia— se volvía un poco más exigente. Por todo decidí acabar con ella, y retirarme, tranquilamente, a mi fábrica y mis productos químicos.

Fue muy sencillo, y hasta cierto punto, inesperado. Volvíamos del "Molino Verde"; era ya muy tarde. Íbamos andando tranquilamente por la acera. Vi venir un camión a bastante velocidad, muy pegado a su derecha, porque estaban arreglando el asfalto del otro lado de la calle; me bajé como si arreglara el cordón de mi zapato. Ella se paró a esperarme. Calculé las distancias y, de un cabezazo bien dirigido, la eché bajo el coche. Y eché a correr. Por lo visto no dijo ni ¡ay!

Desde entonces vivo feliz. Acaban de condecorarme y estoy tramitando un título pontificio.

4

Yo soy peluquero. Es una cosa que le sucede a cualquiera. Hasta me atrevo a decir que soy un buen peluquero. Cada uno tiene sus manías. A mí me molestan los granos. Ya sé que para un peluquero no es lo indicado, pero ¡qué le vamos a hacer! Hay pintores mancos, tiradores bizcos, maridos viejos.

Sucedió así; me puse a afeitar tranquilamente, enjaboné con destreza, afilé mi navaja en el asentador, la suavicé en la palma de mi mano. ¡Yo soy un buen barbero! ¡Nunca he desollado a nadie! Además aquel hombre no tenía la barba muy cerrada. Pero tenía granos. Reconozco que aquellos barritos no tenían nada de particular. Pero a mí me molestan, me ponen nervioso, me revuelven la sangre. Me llevé el primero por delante, sin mayor daño; el segundo sangró por la base. No sé qué me sucedió entonces, pero creo que

fue cosa natural, el hecho es que agrandé la herida y luego, sin poderlo remediar, de un tajo, le cercené la cabeza.

5

Empezó a darle vuelta al café con leche con la cucharita. El líquido llegaba al borde, llevado por la violenta acción del utensilio de aluminio. (El vaso era ordinario, el lugar barato, la cucharilla usada, sucia de pasado.) Se oía el ruido del metal contra el vidrio. Ris, ris, ris, ris. Y el café con leche dando vueltas y más vueltas, con un hoyo en su centro. Maelstrom. Yo estaba sentado enfrente. El café estaba lleno. El hombre seguía moviendo y removiendo, inmóvil, sonriente, mirándome. Algo se me levantaba de adentro. Le miré de tal manera que se creyó en obligación de explicarse:

—Todavía no se ha deshecho el azúcar.

Para probármelo dio unos golpecitos en el fondo del vaso. Volvió en seguida con redoblada energía a menear metódicamente el brebaje. Vueltas y más vueltas, sin descanso, y el ruido de la cuchara en el borde del cristal. Ras, ras, ras. Seguido, seguido, sin parar, eternamente. Vuelta y vuelta y vuelta y vuelta. Me miraba sonriendo. Entonces saqué la pistola y disparé.

6

Yo estoy seguro de que se rió. ¡Se rió de lo que yo estaba aguantando! Era demasiado. Me metía y me volvía a meter la fresa sobre el nervio. Con toda intención. Nadie me quitará esa idea de la cabeza. Me tomaba el pelo: "Que si eso lo aguantaba un niño." ¿Creen ustedes que hay derecho? ¿A ustedes no les han metido nunca esas ruedecillas del demonio en una muela cariada? Debieran felicitarme. Yo les aseguro que de aquí en adelante tendrán más cuidado. Quizá apreté demasiado. Pero tampoco soy responsable de que fuera un dentista malo y de que, además, tuviese tan frágil el gaznate. Y de que se me pusiera tan a mano, tan seguro de sí, tan superior. Tan feliz.

7

La hendí de abajo arriba, como si fuese una res, porque miraba indiferente el techo mientras hacía el amor.

8

Ahí está lo malo: que ustedes creen que yo no le hice caso al alto. Y sí. Me paré. Claro está que nadie lo puede probar. Pero yo frené y el coche se detuvo. En seguida la luz verde se encendió y yo seguí. El policía pitó y yo no me detuve porque no podía creer que fuera por mí. Me alcanzó en seguida con su motocicleta. Me habló de mala manera: "Que si por ser mujer creía que las leyes del tránsito se habían hecho para los que gastan pantalones." Yo le aseguré que no me pasé el alto. Se lo dije. Se lo repetí. Y él que si quieres. Me solivianté: la mentira era tan flagrante que se me revolvió la sangre. Ya sé yo que no buscaba más que uno o dos pesos, o tres, a lo sumo. Pero bien está pagar una mordida cuando se ha cometido una falta o se busca un favor. ¡Pero en aquel momento lo que él sostenía era una mentira monstruosa! ¡Yo había hecho caso a las luces! Además el tono: como sabía que no tenía razón se subió en seguida a la parra. Vio una mujer sola y estaba seguro de salirse con la suya. Yo seguí en mis trece. Estaba dispuesta a ir a Tránsito y a armar un escándalo. ¡Porque yo pasé con la luz verde! Él me miró socarrón, se fue delante del coche e hizo intento de quitarme la placa. Se inclinó. No sé qué pasó entonces. ¡Aquel hombre no tenía ningún derecho a hacer lo que estaba haciendo! Yo tenía la razón. Furiosa, puse el coche en marcha, y arranqué. . .

9

Yo no tengo la culpa. Íbamos como sardinas y aquel hombre era un cochino. Olía mal. Todo le olía mal, pero sobre todo los pies. Le aseguro a usted que no había manera de aguantarlo. Además el cuello de la camisa, negro, y el cogote mugriento. Y me miraba. Algo asqueroso. Me quise cambiar de sitio. Y aunque usted no se lo crea, ¡aquel individuo me siguió! Era un olor a demonios. Me pareció ver correr bichos por su boca. Quizá lo empujé demasiado fuerte. Tampoco me van ustedes a echar la culpa de que las ruedas del camión le pasaran por encima.

10

Lo maté en sueños y luego no pude hacer nada hasta que lo despaché de verdad. No tenía remedio.

11

Lo maté porque estaba seguro de que nadie me veía.

12

Lo maté porque me despertó. Me había acostado tardísimo. Y no podía con mi alma. "De un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo."

(Cervantes. Quijote 1,37.)

13

—Un poquito más.

No podía decir que no. Y no puedo sufrir el arroz.

—Si no repite otra vez, creeré que no le gusta.

Yo no tenía ninguna confianza en aquella casa. Y quería conseguir un favor. Ya casi lo tenía en la mano. Pero aquel arroz. . .

—Un poco más.

—Un poquitín más.

Estaba empachado. Sentí que iba a vomitar. Entonces no tuve más remedio que hacerlo. La pobre señora se quedó con los ojos abiertos, para siempre.

17

Crímenes

14

No hice más que rozarla. Se revolvió hecha una fiera. ¡Total por un estregón de nada! Y, además, no valía la pena. Quizá por eso se indignó tanto. Yo no lo iba a consentir. Se agolpó la gente. Yo empecé a bofetadas. Si aquel pequeñito cayó bajo un camión que pasaba nada tengo que ver con eso.

15

Lo maté porque, en vez de comer, rumiaba.

16

¿Ustedes no han tenido nunca ganas de asesinar a un vendedor de lotería, cuando se ponen pesados, pegajosos, suplicantes? Yo lo hice en nombre de todos.

17

Hacía tres años que soñaba con ello: ¡estrenaba traje! Un traje clarito, como yo había deseado siempre. Había estado ahorrando, ahorrando, peso a peso, y, por fin, lo tenía. Con sus solapas nuevecitas, su pantalón bien planchado, sus valencianas sin deshilachar. . . Y aquel tío grande, gordo, asqueroso, quizá sin darse cuenta, dejó caer su colilla y me lo quemó: un agujero horrible, negro, con los bordes color café. Me lo eché con un tenedor. Tardó bastante en morirse.

18

¡Era tan feo, el pobre!

19

Estábamos en el borde de la acera, esperando el paso. Los automóviles se seguían a toda marcha, el uno tras el otro, atados por sus luces. No tuve más que empujarla un poquito. Nunca me acusaron de nada: llevábamos doce años de casados. No valía nada.

20

¿Usted no ha matado nunca a nadie por aburrimiento, por no saber qué hacer? Es bastante divertido.

21

Tenía un forúnculo muy feo. Con la cabeza gorda, llena de pus. El médico aquél —el mío estaba de vacaciones— me dijo:

—¡Bah! Eso no es nada. Un apretón y listos. Ni siquiera lo notará.

Le dije que si no quería darme una inyección para mitigar el dolor.

—No vale la pena.

Lo malo es que al lado había un bisturí. Al segundo envite se lo clavé. De abajo, arriba: según los cánones.

22

Estaba leyéndole el segundo acto. La escena entre Emilia y Fernando es la mejor: de eso no puede caber ninguna duda, todos los que conocen mi drama están de acuerdo. ¡Y aquel imbécil se moría de sueño! No podía con su alma. A pierna suelta, se le iba la morra al pecho, como un badajo. En seguida volvía a levantar los ojos haciendo como que seguía la intriga con gran interés, para volver en seguida a trasponerse, camino de quedar como un tronco. Para ayudarle lo descabecé de un puñetazo. Como dicen que algún Hércules mató bueyes. De pronto me salió de adentro esa fuerza desconocida.

23

Aquel actor era tan malo, tan malo, que todos pensaban —de esto estoy seguro—: "Que lo maten." Pero en el preciso momento en que yo lo deseaba cayó algo desde el telar y lo desnucó. Desde entonces ando con el remordimiento a cuestas de ser el responsable de su muerte.

24

Yo no puedo tocar el terciopelo. Tengo alergia al terciopelo. Ahora mismo se me eriza la piel al nombrarlo. No sé por qué salió aquello en la conversación. Aquel hombre tan redicho no creía más que en la satisfacción de sus gustos. No sé de dónde sacó un trozo de aquel maldito tejido y empezó de pronto a restregármelo por los cachetes, por el cogote, por las narices. Fue lo último que hizo.

25

Roncaba. Al que ronca, si es de la familia, se le perdona. Pero el roncador aquel ni siquiera sabía yo la cara que tenía. Su ronquido atravesaba las paredes. Me quejé al casero. Se rio. Fui a ver al autor de tan descomunales ruidos. Casi me echó:

—Yo no tengo la culpa. Yo no ronco. Y si ronco, ¡qué le vamos hacer!, tengo derecho. Cómprese algodón hidrófilo. . .

Ya no podía dormir: si roncaba, por el ruido; si no, esperándolo. Pegando golpes en la pared callaba un momento. . . pero en seguida volvía a empezar. No tienen ustedes idea de lo que es ser centinela de un ruido. Una catarata. Un volumen tremendo de aire como si fuese una fiera acorralada, el estertor de cien moribundos. Me rasgaba las entrañas emponzoñándome el oído. Y no poder dormir nunca, nunca. Y no me daba la gana de cambiar de casa. ¿Dónde iba yo a pagar tan poco? Le pegué fuego. Ardió en un minuto. Las llamas roncaban. Pero luego todo acabó. Ahora duermo perfectamente tranquilo.

26

Lo maté porque me dieron veinte pesos para que lo hiciera.

27

¡Que se declare en huelga ahora!

28

¡Yo tenía razón! ¡Mi teoría era irrefutable! Y aquel viejo gagá denegando con su sonrisilla imperturbable, como si fuese la divina garza, y estuviese revestido, por carisma, de una divina infalibilidad. Mis argumentos eran correctísimos, sin vuelta de hoja. Y aquel viejo carcamal imbécil, barba sucia, sin dientes, con sus doctorados *honoris causa* a cuestas, poniéndolos en duda, emperrado en sus teorías pasadas de moda, sólo vivas en su mente anquilosada, en sus libros que ya nadie lee. Viejo putrefacto. Todos los demás callaban cobardemente ante la cerrazón despectiva del *maestro*. No valían ya argumentos, dispuesto como estaba a hundir mis teorías con su sonrisilla sardónica. ¡Como si yo fuera un intruso! Como si defender algo que estaba fuera del alcance de su mente en descomposición fuese un insulto a la ciencia que él, naturalmente, representaba. Hasta que no pude más. Me sacó de quicio. Le di con la campanilla en la cabeza: lo malo fue que el badajo se le clavó en una fontanela. No se ha perdido gran cosa, como no sea sus ojos de pescado, colorados y muertos.

29

Yo soy modisto. No lo digo por halagarme, pero mi reputación está bien cimentada: soy el mejor modisto del país. Y aquella mujer, que se empeñaba en que yo la vistiese, llegaba a su casa y hacía de su capa un sayo, dicho sea con absoluta propiedad. Sobre aquel traje verde se echó la echarpe de tul naranja de su conjunto gris del año pasado, y guantes color de rosa. Até disimuladamente el velo a la rueda del coche. El arranque hizo lo demás. Le echaron la culpa al viento.

30

Mató a su hermanita la noche de Reyes para que todos los juguetes fuesen para ella.

31

Lo maté porque me dolía la cabeza. Y él venga a hablar, sin parar, sin descanso, de cosas que me tenían completamente sin cuidado. La verdad, aunque me hubiesen importado. Antes miré mi reloj seis veces, descaradamente; no hizo caso. Creo que es una atenuante muy de tenerse en cuenta.

32

Pueden ustedes preguntarlo en la Sociedad de Ajedrez de Mexicali; en el casino de Hermosillo, en la Casa de Sonora: Yo soy, yo era, muchísimo mejor jugador de ajedrez que él. No había comparación posible. Y me ganó cinco partidas seguidas. No sé si se dan ustedes cuenta. ¡Él, un jugador de clase C! Al sexto mate cogí un alfil y se lo clavé en el ojo. El auténtico mate del pastor. . .

18

Antonio Machado

Conocí a don Antonio la noche del estreno de *La Lola se va a los puertos*, en el cuarto de Lola Membrives, en el Teatro Fontalba.

Sentado en la más apartada esquina, el bastón sosteniendo las manos cruzadas; el cuello de pajarita y la corbata de oscuro carmesí. . .

—¡Bien, Puga, bien!

Su hermano Manuel, de pie, en el redondel de los halagos, recibiendo los parabienes y los repiques de palmas en los omóplatos, sonriendo con su bigotillo salpimentado, a falta de dentadura:

—¿Gusta? ¿No?

La algarabía, la bullanga: Don Ángel, Don Luis, Don Enrique: Todo Madrid. Los timbres, las apreturas, trapa por los pasillos: el teatro.

—¿La segunda, doña Lola?

Don Antonio se adargaba en su silencio, el labio inferior un tanto caído, tecleando con sus yemas derechas los dedos de su zoca apoyados en el manoseado puño de su bastón.

—Muchas gracias. Muchas gracias.

¡El teatro!

Luego, desde agosto de 1937, nos vimos a menudo:

—Soy viejo y enfermo: viejo porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función.

Algunas tardes, en Rocafort, pueblo lindero de Valencia, hablábamos de teatro.

—Toda la poesía española está en su teatro; y todo el teatro español en Lope.

Levantábase con dificultad, recurriendo al bastón y al brazo de

su hermano José; su alta humanidad ya curvada en los hombros, pero la frente, ganada por la edad a su cabello todavía oscuro, erguía su luz sobre los ojos cansados de mirar, y las gafas, corridas de su peso y desgana. Dos hondos surcos que al adelgazar le bajaron de la nariz a los extremos de la línea resignada de su boca, dábanle un dejo amargo a las mejillas, no siempre afeitadas. El cuello blando y bajo de la camisa descubría las carúnculas blandengues, colgadas al socaire de su enérgica barbilla. Caspa en los hombros, ceniza en las rodilleras; el rastreante paso tardo. En la casa, umbrosa de persianas, los baldosines reflejaban la luz asomada al pasillo. Como yo le invitara a venir a París, no recuerdo con motivo de qué congreso:

—No. Yo me quedo aquí. A mí no me gusta París. Yo he vivido allí.

Un cierto rencor en el tono. Salíamos al barandal.

—A mí me gusta mucho Valencia.

La casa, villa veraniega de algún rico valenciano, estaba, como todas sus asurcanas, levantada sobre una primera planta a altura de hombros: allí bajo vive la casera, criada retirada del servicio que todavía rinde su pan guardando la propiedad; está el lavadero y, colgados, los grandes soles negros de las paelleras, y las garrapatas de sus trébedes.

Al piso principal se desembarca por una doble escalera de piedra artificial; el rellano forma terraza suficiente para dominar el jardincillo y avisar la huerta.

Por el jardín corren las sobrinas del poeta.

—Yo escribiré versos sobre Valencia. Cuando ya no esté aquí. Yo no puedo escribir nunca sobre lo que me rodea y sucede. Escribo con el recuerdo.

Todo en don Antonio es sentencia. Porque, como él dice, no ha pasado de ser un aprendiz de folklorista, y el pueblo no se anda por las ramas. Mucho le debe a Mairena, y "Mucho le debe Mairena a mi padre", me decía.

Todo en su poesía es presente, y todo escrito con el recuerdo. De ahí el retumbar (re-tumba) de sus versos. Poesía sin tiempo, luz sin sombra. Las cosas son, están y quedan: la sencillez misma. ¿Para qué las imágenes? ¿Para qué las metáforas?

No sabemos de quién va a ser el mañana.

Todo es presente:

La tarde cayendo está.

El hoy es, el ayer es tan presente como hoy. Y la hoyanca en el fondo.

¡El teatro!

Después escribió don Antonio, con el recuerdo a la vista, los ocho sonetos publicados en el *Suplemento literario del Servicio Español de Información*. Suma terrible de su honradez española, de su dolor e ira: definitivo anatema. En su desgarro ¡cómo le remejen Soria y Sevilla en la primavera valenciana!

Otra vez el ayer. Tras la persiana
música y sol; en el jardín cercano
la fruta de oro al levantar la mano;
el puro azul dormido en la fontana.

Salíamos al barandal. A la derecha el pueblo, blanco de su jaharro y azul de su mayólica en cúpulas. A la izquierda la huerta —sin más naranjos que los de la casa—, llanísima, baja, roja, verde, de cien colores:

¡Hervor de leche y plata, añil y espuma,
y velas blanças en la mar latina!

raíz de una docena de chopos que, doscientos metros más allá, señalan la estación del pueblo:

Su claro verde el chopo en yemas guarda.

Un ferrocarril chico, de juguete, por el que yo volvía a Valencia, cerrada la noche, alta, a veces, la luna, ribeteándolo todo de luz luciérnaga. A lo lejos, como un hilo, entre el cielo y la tierra, la mar:

En mi parterre
miro a la mar que el horizonte cierra.

Discutíamos el repertorio del Teatro Nacional. No llegábamos a un acuerdo. No porque yo disintiera de su clarísimo juicio, sino porque nos perdíamos en el laberinto de los títulos, sin ganas de volver atrás.

¡El teatro! ¡Cómo le mordía el corazón! Veíamos todas las carteleras remozadas.

—¿Y *El Licenciado Vidriera*, de Moreto?

—¡Qué comedia!

—¿Y el *Peribáñez*? ¿Por qué no empezar por el *Peribáñez*? ¿Y *La Villana de Getafe*? ¿Y *Las Bizarrías de Belisa*? ¿Y *La Viuda Valenciana*? ¿Y *Los Locos de Valencia*?

Caíanos la noche sin salir de Lope. Otras veces salía el repertorio moderno.

—Don Antonio, ¿no tiene usted ninguna comedia?

—Sí. Tengo una. Y estaría muy bien. Es la historia de un soldado. Pero no tengo el original. Lo tiene mi amigo Juan Cassou. Tiene usted que pedírsela. Sabe usted: es de mi hermano y mía. Naturalmente, la firmaría yo solo.

Su hermano, sus hermanos, su madre, su familia, nuestros proyectos: ¡el teatro!

Otros días le iba a buscar para acompañarle a las reuniones del Consejo. Nos juntábamos en una sala baja del Ministerio. Si llegaba antes, preguntaba:

—¿No ha venido Jacinto?

Si era Benavente el primero:

—¿No ha venido don Antonio?

¡Qué teatro no soñábamos! ¿No íbamos a tener ocho compañías? ¿No iba don Jacinto a hacer una traducción nueva de Shakespeare? ¿No estaban los programas establecidos?

Allí se han quedado los locales: los huesos, la balumba, las candilejas. Don Antonio se ha quedado fuera, a la intemperie, en la tierra que no quería pisar.

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos,

dice una de sus últimas sentencias poéticas. A ese mundo oscuro que construyeron sobre escombros, a hombros, los hombres del 98, ha sucedido nuestro vacío de sangre: Pero nosotros confiamos en lo que pensamos.

Trastocado mundo. A don Antonio no "le dolía España": la sangre no duele; en cuanto le faltó su tierra desapareció, como por escotillón, como si fuese en el teatro, en el gran teatro español.

París, enero de 1940

19

Trampa

Empujó la puerta entreabierta y cayó en la trampa. No tenía por qué haber entrado. Fue la puerta entreabierta: nada más. Tan pronto como dio un paso adentro la puerta se cerró y ya no hubo salida.

Un cuarto redondo. Y en seguida se puso a golpear las paredes y a intentar alcanzar más allá de lo posible. Fuerza, astucia, engaño, ¡a las tres! Todo inútil. Y a dar y a darle vueltas. ¿Por qué entró allí? ¿Por qué no había seguido derecho, corredor adelante? ¿Quién le mandaba? Ahora estaría libre, por el corredor.

Golpeó la pared sorda. La arañó, y las uñas se le llenaron de cal. Y vuelta, vuelta y vuelta. Golpear la pared, hasta más no poder.

Gritar, quedarse sin voz, para nada. El único culpable era él. ¿Por qué entró? Nadie le empujó: fue la puerta entreabierta. Echó maldiciones para adentro. Las maldiciones no sirven para nada. Entonces entra el descorazonamiento. Las paredes lisas: ni un banco, ni una silla. Y el monólogo: ¡Imbécil de mí! ¡Quién me mandaba!

Cerrado, encerrado, sin salida. Celda, vuelta, rueda, punto. Cúpula, tapa.

Una puerta cerrada es peor que una pared lisa. No hay nada peor que caer en una trampa; no en una celda, sino en una trampa. Ser uno el escogido, por idiota.

(¿Quién me mandaba empujar y entrar por aquella puerta? Mi camino era el pasillo. Todo el problema está en que las cosas sólo se hacen una vez, sólo se pueden hacer una vez. Que el tiempo corre, y uno siempre se queda atrás, en el momento de pensarlo.)

No poder salir, no poder seguir adelante, no poder volver atrás, atrapado. Dar vueltas: morderse la cola. Cercado, circunvalado, circunvallado, a piedra y lodo. Y la cal, blanca; hasta en las uñas. Y

no poder echar la culpa a nadie. Por no pensar, por no fijarse, por no andar con pies de plomo. Cogido, al azar.

No hay razón para que yo esté aquí adentro. Debo salir. Tengo que salir. Hay que apelar a la razón. Salir debe ser sencillo y relativamente fácil. Debe haber una manera de salir que corresponda, en su facilidad, a la de entrar. Lo que se hizo siempre se puede volver a hacer. ¿O no? Hay que tener calma, y pensar. Empezar en cero. Si la puerta se cerró tiene que abrirse, dar paso. Vayamos paso a paso. ¿Por qué *vayamos*? ¿Yo y quién? ¿Cuántos soy yo? Lo peor sería impacientarse. Claro está que allí veo llegar la desesperación, poco a poco, morada, allá al fondo, ganando terreno, como una franja de mar, pegada al horizonte. Me llegará el agua al cuello y perderé pie. Pero aún tengo tiempo. Tengo que calcular, discurrir, con calma. En el recuerdo está la solución. Yo venía por el corredor y vi la puerta entornada. ¿Por qué entré? No. Éste es mal camino. Lo pasado, pasado. Lo malo es que no hay dónde sentarse. ¡Cuidado con las equivocaciones! Y contar con los dedos: primero, segundo, etc.

Bien, he aquí el orden. ¿Pero para qué sirve si he caído en una trampa? Lo primero: no perder la compostura. Afeitarse todas las mañanas.

Estoy cercado, sin salida. Pero, ante todo, no desesperar. Antever los inconvenientes y suputar con los dedos. No echar la culpa a nadie.

Si por lo menos hubiese dónde sentarse. *Siempre se puede uno sentar en el suelo.* Pero si se sienta uno en el suelo todo está perdido. Hay que tocar la pared con los nudillos, a ver a qué suena.

Sorda, como era de esperar. Mudo muro, de tierra, lleno, sin hueso.

Que no llegue la cólera. ¡Alto a la sinrazón! Empieza en los pies, y sube enroscándose. Estoy encerrado sin que nada lo justifique. Nadie lo podía prever. ¿Por qué entré? Cuidado con mi sangre. La sangre no atiende razones. Y lo que importa aquí es la razón. La razón de la trampa. Nadie lo podía prever, más que yo. Entonces, ¿hay que creer en Dios? Creer en Dios sólo cuando se cae en una trampa.

No dejar una flor sana. Despachurrarlo todo. Porque no hay derecho.

Hay que suponer que me buscarán. La salvación vendrá de afuera. Es vergonzoso, pero sin remedio. Entonces ¿hay que esperar, sentado en el suelo? ¿Y si me olvidan? *Las sabandijas que están encovadas en la pared.*

¿Y de dónde viene la luz, si no hay resquicio que le deje paso?

Lo espantoso era que había perdido la voz.

20

Leonor

Sin nada de particular. Pero robaba los ojos con su gracia íntegra, hacía entrar la afición a manos llenas con sólo revolverse encalabrinadora —y aun estando quieta—, con su aire de no querer nada. Iluminaba por adentro, fuego sin llamas, brasa viva, cebo certero. Afectuosa, nada sensiblera, de apariencia delicada, pero ¡tan fuerte! Y esa duplicidad era una de las bases de su encanto. Estremecida al menor contacto, no despertaba amor sino gusto. Gusto de estar rodeándola, y el deseo de gustarla a sorbos. No despertaba frenesí sino ganas lentas; como quien no quiere la cosa se le llenaba a uno la boca de agua con sólo verla mientras ella añadía especias con mano segura, ganosísima de agradar. Supo siempre a mujer en sazón, dando a entender que cualquier condimento hecho por su mano tendría el saborcillo inédito que se desea sin saber exactamente de qué se tiene gana. Regalaba la vista y encendía el alma, sin acabar de entregarse nunca para no perder donosura. Todo sin saberlo, o aparentándolo. Sin hacer asco de pecados, pero quedándose siempre en el brocal. Dando ganas, capullo. Entreabierta con gusto, buscando el suyo en el de los demás. Con tal de turbar metía guerra a la carne, soliviantándola con lo que Dios le había dado. Hacía pábilo de todo —voz, hechuras, tono— hasta estremecer. Le daba a la intención lo del deseo de los demás —sin tomar parte— enterneciendo las entrañas de los que la rodeaban, a más no poder.

Mujer para saborearse como plato, paladeada como vino. Sabrosa en el punto justo de su sazón tempranera, mujer para catada, para relamerse, para recostarse en su regazo y arregostarse. Hablaba a la lengua, a las palmas de la mano, a la yema de los dedos. Sápida, rica, suculenta, despertadora del apetito. Gustosa a primera vista.

Sabiendo a todo lo que uno quisiera, siempre risueña, con mil facetas, tallada como piedra preciosa y escondida. Dando a cada cual el gusto de descubrirla. Nada patética. Prometiendo, tal vez, sentimentalismos escondidos, veneros nuevos. Honda claro oscura. Sin arranques ni ímpetus visibles. Retenida, atada por sí misma a la vista de todos.

—Yo no soy más que un ama de su casa.

Como si dijera:

—Soy así porque me da la gana.

Pero dejando una estela de pasión que quemaba a los espectadores.

No era brillante, lo cual la preservaba de la envidia y le daba más valor a los ojos de quien la hallaba, ni andaba remisa en favorecer su conocimiento. Pero hasta cierto punto y boca.

Se deshacía en los deseos de los demás. Encendía en su sola presencia prometedora, creyendo lealmente que nunca tendría que cumplir lo que su coquetería insinuaba. Admitía codicias como quien recibe saludos. Quemaba, sacaba leña de donde no la había, prendía con sus ojos, encendía con su contoneo, cebaba los ardores, atizaba concupiscencias, como sin querer. Ardía perpetuamente por el reflejo de los demás. Y luego se quedaba en casa.

Sigue hablándose de Leonor

Nació así. Nadie tiene la culpa de nada. Todo lo que fue surgiendo después eran adornos; naturalmente los consideró propios, ganados por ella misma, sin tener que rendir cuentas a nadie del uso que les daba, para mayor gloria del creador que se los había regalado. A lo sumo una probadita para que no dijeran y se convenciesen de la realidad de sus bienes, ninguno de ellos sobresaliente. Quizá en ello radicaba parte de su encanto: la boca pequeña, los ojos morenos y grandes, el color subidillo, el pelo castaño y suave, la nariz respingoncilla, las orejas menudas —sin nada de particular—, el pecho bien puesto, la cintura fina, las caderas duras, las piernas torneadas con gusto —sin nada de singular ni que llevase a la exclamación—. Encantadora. Encantadora en el todo sin que nadie reparara en la parte. Modosa, alegre, suave, de aire inocente: asombrándose del mundo.

—¿No? ¿Es posible? ¡No me diga!

Encantadora: sin invocar los demonios, tenía su arte. Solevantaba y sacaba de sus casillas al más terne con aquello de las ilusiones

y del ¿quién sabe? y del ¿por qué no? Perdición del aficionado.

Leidita, incapaz de llevar chismes, contentándose con cualquier cosa, alegrándose con todo, presumiendo de vulgar y como todas; con el resquemorcillo: "No me conoce nadie." Como no fuera su padre.

—¿No has leído esto? ¿No has leído lo otro? —le preguntaban, pongamos por caso.

—No.

Y sí, pero le molestaba dar su opinión, manifestarse. Se guardaba, vergonzosa de descubrir sus sentimientos. Pudorosa. Las mujeres la odiaban.

Muy amiga de andar de aquí para allá, de estar al corriente sin que le importara de verdad nada de lo que sucediera. Todo le parecía bien.

—¿Fulano? ¡Es un encanto!

—¿Zutano? ¡Es un sol!

—¿Luis? ¿Jerónimo? ¿Roberto? ¿Pepe? ¡Son buenísimos!

Cualquiera, todos: una delicia. Con tal de que fuesen hombres.

Iba a cumplir veintiocho o treinta años. Lozana, madura, abierta, destilando su mejor olor, con la pulpa a punto de flor, aparejada, próvida a todo. Inocente. Todo su juego —pura savia— le salía de adentro, sin querer ni proponérselo. Más fuerte que todos sus deseos —si es que los tenía—, no necesitaba, pero sí gozaba de tener dos, cinco, veinte hombres a su alrededor que la celaran, que tuvieran apetito de ella, acuciosos, anhelantes. Se revolvía feliz entre tanta concupiscencia verdadera o imaginada. Su sueño: reunirlos a todos juntos en su casa y andar de uno para otro como quien no quiere la cosa. Y —a lo sumo— entregar los labios, cuando no quedaba otro remedio, sin engañarlos nunca referente a lo que querían:

—Ya sabes que no. Soy incapaz de hacerlo. Tengo mi vida ordenada. Lo que soy es una buena ama de casa. Y aunque quisiera no lo haría.

Con lo cual siempre quedaba un resquicio. Tenía gancho. A Jerónimo no le quedó más remedio, con el tiempo, que contentarse con ver la lengua de a palmo y cómo se les saltaban los ojos a los demás y cerrar los suyos sobre las ligerezas sin pecado mortal de la cónyuge. Intentó muchos remedios. Incluida la generación: un hijo guapo y fuerte que no sirvió para maldita la cosa. La adoraba.

21

Una nueva generación

Señoras y señores:

Hace once años que nos dejaron en cueros, en pelota, como se dice, a las puertas de nuestra casa, y desde entonces andamos rodando, sin querer dar nuestro brazo a torcer, volviendo constantemente la vista atrás. Once años no son, tal vez, gran cosa para gentes de cierta edad incierta; lo son todo para quienes tenían entonces ocho, diez o doce. Quien dijo que somos de allí donde estudiamos el bachillerato enunció una gran verdad. De los doce a los dieciocho años es cuando empieza el hombre a darse cuenta de su prolijidad, y se desbasta y lima y descubre sus propias facciones; cada quien, como dice Cervantes, "forja su ventura". Con los recuerdos de ese tiempo planta el ser los fundamentos de su monumento.

Estos jóvenes españoles que llegan hoy a la orilla de su hombría, empezaron a aprender en España, muchos de ellos continuaron sus estudios en Francia y los han terminado o los están acabando en México, al azar de los destinos patrios y paternos. Es un caso nuevo, en cuanto al número.

La impronta francesa es muy de notar en muchos de ellos, por varias razones que no tengo tiempo de examinar. Baste recordar que los jóvenes de su edad, residentes todavía en Francia, son hoy escritores bilingües, si no decididamente gabachos. Y, desgraciadamente, las artes francesas fueron siempre —y desde hace cien años más— terriblemente artificiales, de una artificialidad muy varia, de Racine a Sartre. Un arte decididamente convencional, muy distinto del español. La generación del 98, en lo que tenía de mejor, parecía haberse sacudido ese yugo. Viene esto a cuento porque quisiera intentar, en este brevísimo tiempo que les tomo, fijar algunas de las características de estos jóvenes escritores españoles crecidos en México.

Forman dos grupos, no muy distintos. Los unos de dieciocho a diecinueve años. Toman su nombre conjunto de una revista que publicaron, *Clavileño*; los demás son algo mayores y creo que el más viejo ronda los veintiocho, y se agrupan también alrededor del título de su revista, *Presencia*. Como es natural, en el primer grupo abundan los poetas, mientras en el segundo despuntan ya algunos ensayistas.

Reúnense en el primero: Luis Rius, Arturo Souto, Juan Espinasa, Víctor y Fernando Rico, Alberto Gironella, Inocencio Burgos y Enrique Rivas. En el segundo: José Miguel García Ascot, Carlos Blanco, Ángel Palerm, Jacinto Viqueira, Ramón Xirau, Manuel Durán, Roberto Ruiz, Claudio Esteva, Lucinda Urrusti, Francisco Aramburu, Rodríguez Bretaña. Este grupo cuenta con algunos jóvenes americanos: Remy Bastien, haitiano; Brown, cubano; Porras, panameño; con María Teresa Silva, Enrique Echeverría y Martínez Baca, mexicanos. Sin pertenecer decididamente a ninguno de los dos grupos, Tomás y Rafael Segovia colaboraron con ambos y se les halla a la base de otra publicación más modesta: *Hoja*.

Cogidos entre dos mundos, sin tierra firme bajo sus pies, influenciados por un movimiento filosófico irracionalista, con una España de segunda mano, no acaban de abrir los ojos a la realidad. Esa misma vaga disparidad hace que su posición política sea inestable. El comunismo los repele por lo que de dictado moral contiene, el capitalismo no es hermoso y los liberales, hacia quienes sin duda van sus simpatías, se empeñan en hacerse los muertos. Tampoco tienen idioma propio, a veces, en lo más castizo, asoman, como es natural, los americanismos.

Están prensados, además, entre el romanticismo de todas las escuelas extravagantes de nuestro medio siglo y el clasicismo que empieza a apuntar como fruto de las escuelas materialistas. En esta lucha, que presencian sin tomar partido, por no tenerlo, indecisos, deslavazados, buscando en la historia soluciones que sólo el presente puede dar, se agarran a lo subjetivo y van cantando, mejor o peor, sus pequeños sinsabores. No se trata sólo de ellos, como es natural, pero en ellos se ve más claro por las condiciones personales antes apuntadas.

Por otra parte sus gustos van exactamente hacia los autores gustados no sólo por la generación anterior, sino por la nuestra: Proust, Kafka, Joyce, Dos Passos, Hemingway, Faulkner. Lo mismo sucede en poesía: Juan Ramón, Apollinaire, Eliot. Es probable que la razón de su preferencia resida en el vacío artístico que de entonces acá se ha producido. En cambio, desprecian lo que a su edad no apreciábamos y luego, con los verdugones, aprendimos a estimar firmísimamente: Galdós, pongamos por ejemplo colectivo.

No se han podido librar de la heterodoxia donde la burguesía con-

finó a los artistas. Las grandes épocas fueron, por lo general, resultado de tiempos tranquilos, de servidores dóciles del orden establecido. Con el triunfo de la burguesía las minorías se convirtieron en detractoras de la sociedad. La burguesía no necesitaba de los artistas. Al colocar al artista al margen de la sociedad (aun admitiéndolo en sus salones) éste se vengó forjando un arte crítico y subjetivo.

En general, este hecho ha llevado a estos jóvenes escritores españoles a ignorar el mundo que los rodea. Y, sin embargo, no hay duda que, a pesar de tantos males, la suerte los ha tratado mejor que a muchos: Tienen el mundo abierto en la mano, y lo contemplan desde una atalaya como no hay dos. Si los dejaran, creo que México sería prácticamente invadido por un alud de escritores de todos los países.

Veo a estos mozos contentarse con poco, con ir tirando, influenciados en esto por sus familiares, que todavía sueñan con una calle de Alcalá que, a estos muchachos, habría seguramente de parecer angosta y provinciana. Es una generación terriblemente respetuosa, que se conforma con que el mundo los vaya royendo. Les falta empuje, o, como lo dicen mejor los catalanes: *empenta.*

> La rosa de la noche, celeste,
> sin sentido. . .
>
> dice Gironella.
>
> Soy tuyo, España, porque siempre llevo
> a la muerte a mi lado. . .
>
> dice Rius.
>
> Hueco es el cielo y oscura la esperanza. . .
>
> dice García Ascot.
>
> Es inútil la sonrisa. . .
>
> dice Durán.

Son notas tomadas al azar del No. 4 de *Presencia.*

Estos jóvenes lo ven todo negro, por la moda; flacos, templados, desfallecidos, acobardados. Yo desearía ardientemente que apetecieran desordenadamente la hermosura, como dice Fray Luis, que tuvieran sed de bien, furia y fuego, manifiestos deseosos de algo grande, verlos encendidos sin freno y que vivieran sin pena. Porque éste es el quid: que como no la tienen verdadera, las que cantan suenan a poca cosa. Además, ¡qué caramba!, a pesar de lo que dicen los periódicos, todavía sale el sol cada día, a la hora convenida. Y tienen veinte años, y se acuerda uno de Ronsard, y de Lope, y de Goethe, y, si quieren, de Alberti, y de mil más.

Daría cualquier cosa por verlos enfrentarse y confundirse con la vida, con la energía de su juventud, y sacudirse ese polvo románti-

co y existencialista, que nosotros recibimos, hace veinticinco años, a través de la *Revista de Occidente.*

Entre ellos tengo cierta predilección por Roberto Ruiz, aquí a mi izquierda, madrileño, de veinticuatro años, de trece al salir de España, estudiante de filosofía, que gusta de un realismo roto y pequeño, de recomponer amontonando, buscando descubrir por acumulación, sin vertebrar su cuento; intentando que el hálito de la verdad salga del hacinamiento inconexo de sus elementos, de los despojos del recuerdo. Un arte de boceto, de notas sueltas, con una dramática necesidad íntima de claridad clásica. Una manera de hacer todavía anárquica, que él cree hija de Sartre y Dos Passos, pero cuya raíz encontraría, sin molestarse, mucho más cerca. Sabiéndolo o no, la influencia es de Azorín.

Yo no me podía negar, de ninguna manera, a presentar así fuera tan severamente a un joven escritor español, aunque fuera aquí, en el Ateneo, donde tiene poco que hacer. No es frente al pasado, o como se dice ahora "de cara a España", es decir, de espaldas al mundo que nos rodea, donde está la faena que les espera, a él y a los suyos, sino frente a la vida de un mundo cada día más uno en su patente divergencia.

México, enero de 1950

22

Elegía a un jugador de dominó

muerto un domingo de Carnaval, nevado, en el campo de Djelfa, casi en el Sahara

Paso.
Juego.
Gano.
Pierdo.

El mundo se ha vestido
de doble blanca.
Domingo, dominó de Carnaval,
la partida no está igualada:
¿Con la negra, quién gana?

Al principio todos tenemos
siete fichas en la mano,
luego pesa la suerte y el compañero
con quien tropezamos
y jugamos.
¿Tú, qué ves?
El envés.
Para ganar, adivinar
el juego del contrario, o
robar mejor que aquel otro.
Todas las fichas son iguales
vistas por el dorso.
Si paso,
me queda una ficha más
en la mano.

Ya te jugaron la última partida,
mi viejo antifascista,
y con la doble blanca
ganaron Francia y Franco.
(El desierto está blanco,
negras las alambradas,
a lo lejos, un moro; cerca, un pájaro.)
Para ganar,
robar y ahorcar.

Todo está escrito
del otro lado:
El seis uno, la doble cuatro.
Negras las cachas,
blancas las caras.

(Bajo la nieve blanca,
la tierra negra,
donde se apuntan tantos.)
Mundo, revés del juego.

El desierto, de blanca doble,
desconocido dominó:
—¿A que no me conoces, no?

Paso. Juego.
Como siempre, para ganar:
robar y ahorcar.

No me conoces, no,
tan blanco,
tan del otro lado.
Éste es aquel que era yo,
chamelado.
(—¡Si chamelar se pudiera,
y lo jugado, pasado!)

¿Este campo callado,
es aquel de ayer, pardo?
¿Y este viejo estirado,
de hueso castellano,
es el mismo que ayer
todavía le daba
vuelta a la doble blanca?

El seis doble es puerta del infierno.
Aquí el que menos tiene gana siempre,
y el que más, pierde.
Siempre gana la doble blanca,
en guadaña.
Yo soy aquel que era yo,
dándole al mármol lo del mazo:
—¡El seis doble ahorcado!,
—no me conoces, no—
la doble blanca todavía
caliente, en la mano.
Del cierre al entierro,
un pelo.
El seis doble es puerta del infierno.

Tu pueblo castellano,
plaza, fuente y el paseo
a la estación, dando un rodeo,
con tu amigo, el boticario.
Los álamos temblones
entre tierra y cielo.
El airecillo frío
entre las hojas verdes, largo ruido.
—Don Luis, vamos volviendo. . .

As, dos; seis cuatro.
Me doblo.
(Te doblaron.
Y doblan, por ti, a muerto.)
El primer cinco.
No tengo.
Paso. Cierro.
Siempre se pierde por culpa
del compañero.

La guadaña, conviene que lo sepas,
siempre se apunta treinta.
No por mucho dominar
huiste, Manuel, de descansar en paz.

Como siempre, para ganar:
robar y ahorcar.

Pero un día dominarás,
Manuel Gutiérrez Santos,
de allá de por Buitrago. . .

Paso.
Juego.
Cierro.

4-3-42

23

Crímenes

33

Un camión de doble rueda atrás. Cogió al perro por una pata —un perro de esos de la calle, color canela y con el vientre blanco. El animal aulló, y el chafirete detuvo su armatoste; iba muy despacio: llovía. El animal, atrapado, se debatía. El hombre sacó la cabeza por la ventanilla, miró al bicho que se revolcaba procurando zafarse. Le bastaba dar tantita marcha atrás para liberarlo. Se acomodó frente al volante, metió la marcha y arrancó, despanzurrando al perro. Éste aulló un momento más, deshecho a mitad, aplastado de medio cuerpo para abajo. Yo siempre llevo pistola, y tengo buena puntería: de seis tiros le metí cinco en el cuerpo. El camión se incrustó en una barda, destrozando un farol. Estoy dispuesto a pagar los daños causados. Ahora, que del tipo ese: ni hablar.

34

Lo maté por equivocación, así que ni responsabilidad tengo.

35

Me dolía tanto el estómago que me eché a la calle dispuesto a matar al primero que me encontrara. Menos mal que era soltero.

36

Pero si eso es viejísimo: hace más de seis años. Fue la mera noche de bodas: se quitó su brassier, o como lo llamen, y ¿usted cree que se puede dormir toda la vida con una mujer que tiene busto como cabra ordeñada? Y los remedios, cuando antes, mejor.

37

Lo maté porque quería que aquella estampilla saliera a subasta.

38

Vamos por partes: me dolía el vientre de una manera horrorosa, y conste que no había comido ni bebido nada que justificara aquellos retortijones del demonio. Y aquel desgraciado sin salir. Yo no sé cuánto tiempo, a mí me pareció una eternidad. Y yo no podía más. Derribé la puerta y lo hundí allí dentro. A veces puede más la necesidad que la cabeza.

24

Manuscrito cuervo

I

Prólogo

Realmente tienen las obras de la divina arte no sé qué de primor como escondido y secreto, con que, miradas una y otra y muchas veces, causan siempre un nuevo gusto.

P. José de Acosta, S. J.
(Historia natural y moral de las Indias)

Cuando salí, por primera vez, del campo de concentración de Vernete y llegué a Toulouse, en los últimos meses de 1940, encontré en mi maleta un cuaderno que no había puesto allí.

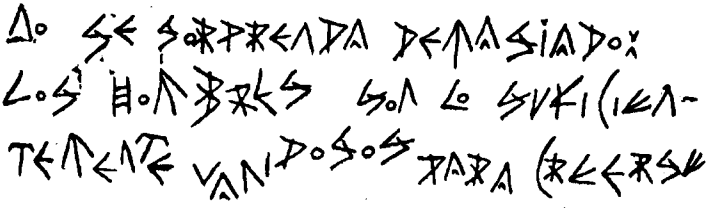
Jacobo había desaparecido días antes y no se sabía nada de él, ni, según supe luego, se volvió a tener noticias suyas. Jacobo era un cuervo amaestrado cuya mayor habilidad consistía en posarse en las tapaderas de las tinas repletas de las evacuaciones propias y ajenas, que llevábamos a vaciar y limpiar al río, con regularidad y constancia dignas de mucho mejor causa. Paseábase luego, dándose importancia, entre los barracones y aun volaba del A al B y al C, cuarteles que nos dividían al azar, aunque en principio correspondiera el primero a los denominados detenidos "políticos", el último a los delincuentes comunes y el otro a la morralla de las más variadas índoles: judíos, españoles republicanos, algún conde polaco, húngaros indocumentados, italianos antifascistas, soldados de las Brigadas Internacionales, vagos, profesores, etc.

Ignoro quién colocó aquel cuaderno en mi equipaje. Yo no tenía relaciones personales con Jacobo. Estas páginas dieron vueltas por el mundo, en un ídem, al azar de mis azares, y si las doy ahora a la imprenta es únicamente como curiosidad bibliográfica y recuerdo de un tiempo pasado que, a lo que dicen, no ha de volver, ya que es de todos bien sabido que se acabaron las guerras y los campos de concentración.

Es evidente que el propósito de Jacobo fue escribir un tratado de la vida de los hombres, para aprovechamiento de su especie. Por lo visto no tuvo tiempo de acabarlo; o no se trata más que del borrador del libro publicado en lengua corvina. El índice, que va al frente

del cuaderno, promete más de lo que el texto da; lo que no es, por otra parte, achaque puramente corvino: el que no haya trazado índices que no prosperaron, que levante la mano.

DESCRIPCIÓN DEL MANUSCRITO: 34 páginas de un cuaderno de 48, tamaño 18 × 24, escritas con letra extraña *(véase facsímil)*, no muy difícil de descifrar. Las cubiertas son de color de rosa y llevan impresa atrás la tabla de multiplicar. Al frente se lee *L'Incomparable*, y, abajo, *48 pages*.



CRITERIO GENERAL PARA ESTA EDICIÓN (siguiendo, como es natural, las *Disquisiciones*, de Cuervo):

Trascrito M.

Trascrito N (la influencia pata es clara).

Trascrito S (la influencia de la preocupación lombriz es evidente).

Trascrito E.

Trascrito A.

Sobre el proceso de las sustituciones ver los MSS de la catedral de Sevilla.

SIGNOS COPULATIVOS: El ángulo se imprime E.

ABREVIATURAS: Se han deshecho en cuanto me ha sido posible.

Doy las más expresivas gracias a Su Excelencia, monsieur Roy, ministro del Interior, socialista, que en 1940 tuvo a bien ayudarme a dar con el manuscrito y me proporcionó tiempo y solaz necesario, y aun alguno de más, para descifrarlo.

Marsella, 25 de julio de 1946 J.R.B.

Historia de Jacobo

Traducida fielmente del idioma cuervo por Aben Máximo Albarrón.
Edición, prólogo y notas por J.R. Bululú.
Cronista de su país y visitador de algunos más.
Dedicado a los que conocieron al mismísimo Jacobo
en el campo de Vernete, que no son pocos.

Consideraciones preliminares

DE MÍ

Todo hace presumir que yo pertenezco a la más ilustre familia corvina. Si no lo abonara mi extraordinario destino, lo diría mi físico: soy de buena estatura, ojos brillantes, pelaje lustroso, pico aguileño, pata agresiva, porte noble y croar estridente. Mi destino me ha llevado a descubrir y avizorar regiones, si antes vistas, nunca comprendidas por mis semejantes. Y ello me lleva a tomar la pluma por el pico para ilustración de los más.

Mi nacimiento se envuelve en el más negro de los misterios, lo que prueba mi linaje ilustre. Yo me he hecho a mí mismo, y si se me permite tal modestia, no le debo nada a nadie. Mis primeros recuerdos coinciden ya con mis relaciones con los bípedos, pero en lo oscuro de mi memoria quedó grabado, como principio de mi vida y hazañas, el sello de una larguísima caída desde las alturas de los cielos.

Si juzgo necesario enterar a mis compatriotas de las extrañas costumbres y usos que presencié, es, en primer lugar, porque me da la corvina gana; en segundo, por la gloria que, seguramente, he de sacar de esta empresa, y, terceramente, para aprovechamiento de tanto cuervo como hay por el mundo.

Si estas líneas llegan a ojos humanos, tengo, en cambio, que disculparme. Con perdón de ustedes: El caso es que no sé donde nací. En este aspecto, lo considero importante, porque los hombres han resuelto que el lugar donde ven la luz primera es de trascendencia supina para su futuro. Es decir: que si en vez de nacer en un nido A, se nace en el nido B, las condiciones de vida cambian de todo en todo. Si usted ha nacido en Pekín, por las buenas le declaran chino; del propio modo si es usted bonaerense, cátese argentino, así sea blanco o negro, amarillo o cobrizo. Añádanse los pasaportes, para mayor claridad. ¿Se imaginan ustedes un cuervo francés o un cuervo español, por el hecho de haber nacido de un lado u otro de los Pirineos?

Para con los hombres, tengo, pues, verdadero reparo en presen-

tarme sin saber de dónde soy, aunque salí de un huevo como es natural, e hijo de padres desconocidos. Visto desde el ángulo humano, una persona que no sabe dónde ha nacido, o quiénes fueron sus padres, es un ser peligroso. Menos mal que soy cuervo, que si no estaría fichado. Si un hombre es inglés, sus padres no pueden haber sido más que personas muy honestas, y le miran con respeto. Todos los españoles son hijos de toreros. Si italiano, hijo de cantantes; si alemán, hijo de profesores; si corso, hijo de guardias móviles; si chino, hijo del arroz, únicos que surgen por generación espontánea. Es decir, que aúnan la paternidad con el suelo, lo que debe ser producto de muy antiguos ritos. Simbolizan las tierras con vistosas banderas. Éstas varían con el tiempo y las banderías.

DE SUS DIOSES

Los hombres hacen lo que no quieren. Para lograr este fin, tan absurdo a nuestras luces, inventaron quien les mande. Éstos, a su vez, no hacen tampoco lo que quieren, sino lo que les mandan. Los que más mandan tampoco hacen exactamente lo que quieren, porque siempre dependen de una fuerza oscura inventada por ellos, *la Burocracia*. A *la Burocracia* le manda un viejo chocho, llamado el Mariscal, que a su vez obedece al portero de otra organización, ésta casi invisible, llamados los Alemanes. De éstos no sé nada, o casi nada, sino que su biblia se llama *Mein Kampf*, y que en ésta se asienta que de la Mentira se pueden sacar grandes beneficios, porque en cuanto penetra en el pueblo viene a ser fuerza y verdad. La Mentira y *la Burocracia* son los dioses de los externos.

25

Manuscrito cuervo

II

DE CIERTAS ENFERMEDADES

El hombre es un animal que se constipa —llámenlo resfriado, romadizo, coriza, catarro o de cualquier otra manera—. Llenánseles las narices de mucosidades y estornudan. Ningún otro animal escupe o se suena. Aunque no soy físico, vengo a relacionar esta curiosa enfermedad con la falta de inteligencia de estos bípedos, y supongo que sus torpes ideas, por trasmutación, se convierten en moco, corrompiendo aún más su temperamento y sumiéndoles en ignorancia y vileza. Por otra parte, la falta de plumas, que ellos intentan remediar escribiendo, hace que su piel, expuesta a la intemperie, se cubra, muchas veces, de ronchas de sarna y sabañones. No resisten el frío. He visto muchos internados con manos y pies morados. Se les hielan. Carecen de defensas. Uno no se explica cómo pueden sobrevivir. Su existencia, en las condiciones físicas en que se encuentran, es una equivocación.

DE LA COMIDA

El hombre es el más materialista de los animales. El comer es su principal ocupación: no le importa tanto lo que come, sino lo que comerá. Es su norte, lo primero, lo que reverencia, le pasma, embelesa y arroba: lo primordial. Es para lo único de que son capaces de ponerse de acuerdo anarquistas, belgas, suizos, húngaros, comunistas, altos y bajos, rubios y morenos, alemanes y franceses, españoles, ladrones y gentes honradas.

Esta singular condición es exclusiva de los internados. Los guardianes son gentes menos apegadas a tal vulgaridad.

El encierro es buenísimo para la condición humana, la mejora. Para lograr los mejores suélenlos encarcelar durante cierto tiempo. Sus más famosos ejemplares han pasado por esta escuela superior, ejemplo: Cervantes, Dostoiewski, Jesús, Galileo, Swift, Robespierre.

Cuando los hombres de mando no han pasado una temporada en esta escuela superior, surge una época de decadencia, cercana del fin de un ciclo, y los mandamases son destronados por gentes venidas de las cárceles y de los campos de concentración.

DE LA JERARQUÍA

Me hallo de nuevo ante la imposibilidad de explicar uno de los fundamentos de la sociedad humana. ¿Cómo puede comprender un cuervo que otro cuervo valga más o menos que él por el hecho de ser cuervo? Todos los cuervos somos negros, basta. La inteligencia, el conato de inteligencia, que se vislumbra en los hombres sírveles únicamente para aprovecharse del prójimo, y para que no haya lugar a dudas llevan señas exteriores de su rango: valen según sus *galones*, y por sus *galones*. (*Galón* es una tira de tela que se aplica en las mangas del uniforme; hay que reconocer que tanto la plata como el oro son inventos notables. También las medallas, que se cuelgan del pecho, hacen feudataria la voluntad de los que no las poseen. El tono de voz varía según los galones.) Los internados carecen de ellos. Los de más galones mandan a los de menos, y éstos a quien no los tiene. Así, de arriba abajo, descargan su enojo: del general al coronel, del coronel al comandante, del comandante al capitán, del capitán al teniente, del teniente al alférez, del alférez al sargento, del sargento al cabo, del cabo al soldado. Ahora bien, el soldado alemán manda al general francés, como ya se dijo antes. Y todos, a los internados, para que aprendan, si es que ya no lo saben; pero siempre es bueno machacar. Y los machacan.

26

Manuscrito cuervo
III

DE LAS VOCES

Principal culpa de su mortal estado, la tienen la lengua y su boca. Los hombres se fían de sones y de orfeones, viven de música y se dejan arrebatar de ella. Desde ahora preciso que no hay cosa más dulce y agradable que esta armonía y comprendo que los hombres se dejen arrastrar los sentidos y enajenar el entendimiento por tal maravilla. La música duerme la crítica y una vez embarcados en ese viento, no hay brújula que les cuadre, y se dejan llevar.

La música más ordinaria llámase palabra, y dejándose deslizar por su imaginación y fantasía, pretenden, incautos, explicar los sucesos por medio de sonidos. Como es natural, es más el ruido que las nueces. Llegan a figurarse y a tomar la música por los hechos. Bajando por esa pendiente se fían de la sola música, sin distinguirla del canto. Imitándola inventaron instrumentos de metal y madera que producen sonidos inarticulados y onomatopéyicos, sin que ninguno de ellos llegue a la dulce armonía de la voz humana.

Las músicas o voces son distintas según los lugares y generalmente ininteligibles para unos u otros, según el lugar de su nacimiento. Llaman lenguaje a dicha música y la denominan, según les conviene: lengua, idioma, jerga, jerigonza, dialecto, habla. En su espantosa confusión han llegado a decir: *Hablar más que una urraca.* Esto, y mucho más, habrá que perdonarles el día de mañana.

Cada hombre habla su idioma, y generalmente farfullan todos el francés para entenderse entre ellos. Se agrupan según lo parecido de sus lenguas: española, alemana, italiana, polaca, yidish y catalana, que son las más importantes. A pesar de mis esfuerzos no he podido establecer una gradación exacta de sus categorías, aunque me inclino a creer que las dos últimas son las primeras. El ruso, el

húngaro, el checo y el yugoeslavo parecen ser lenguas menos extendidas. Ya dije que el francés es un común denominador.

Las lenguas determinan el color, la altura y ciertas facciones humanas. El español favorece lo moreno, el alemán lo rubio, el yidish las narices.

He oído hablar de un idioma que, por lo visto, es de uso corriente en tierras lejanas, bárbaras y desconocidas: el inglés. Parece que fueron los ingleses los que inventaron los campos de concentración, pero para los demás: razón de su atraso.

DE LA IMAGINACIÓN

El origen de la decadencia humana tiene —en parte— su base en una extraña facultad antirracional, que llaman imaginación, que consiste en figurarse cosas distintas de las existentes. Trazando quimeras son capaces de negar la evidencia, y cuando la conocen y reconocen es para mejor perderse en nuevas elucubraciones. Ahí radicó la mayor dificultad que tuve para entenderme con ellos. Encontré algunos capaces de glorificarse de sus defectos con tal de hacérselos perdonar. Viendo visiones, se pasan el tiempo engañándose los unos a los otros, de buena fe, y aun de mala, puesto que ennieblados con ese absurdo, no conciben límites a su ilusión. Llegan a pretender que en eso reside su grandeza.

DE LAS GUERRAS

Las guerras siempre se pierden, unas veces por poco, otras por mucho; unas en semanas, otras en años. La guerra es el estado natural de las relaciones humanas. Piérdenlas al mismo tiempo que la vida, a veces sin darse cuenta, otras con plena lucidez: depende más de las circunstancias que de los entendimientos; hay quien muere como un señor y hay señor que falta sin la menor vergüenza, aullando como un perro. Para ayudarse a morir, bien o mal, inventan recompensas, como todo lo suyo, imaginarias.

Que la falta de experiencia es otra de las características del hombre: ¡Tantos años para nada! Las guerras provienen del mando, y como los que están hechos a mandar y no a resistir son los generales, ellos las fomentan contra lo general, que resiste y no manda. Los generales vencidos o vencedores, que no importa, se disputan los despojos. Hubo un tiempo, de eso hablan nuestros antepasados, en que hubo guerras por disputarse un solo cadáver. Esto, que para nosotros tiene sentido, ha pasado, para los hombres, a la leyenda.

Anda ahora el mundo humano partido en dos: entre los que luchan por y contra el fascismo. Desde el punto de vista empírico todo está claro, pero mi sed de saber, mi curiosidad me ha empujado —para la mayor gloria de la ciencia— a averiguar en qué consiste tal manzana de la discordia. He aquí el resultado parcial de mi investigación:

Los Fascistas son racistas, y no permiten que los judíos se laven o coman con los *arios*.

Los Antifascistas no son racistas, y no permiten que los negros se laven o coman con los blancos.

Los Fascistas ponen estrellas amarillas en las mangas de los judíos.

Los Antifascistas no lo hacen, bástales la cara del negro.

Los Fascistas ponen a los antifascistas en campos de concentración.

Los Antifascistas ponen a los antifascistas en campos de concentración.

Los Fascistas no permiten huelgas.

Los Antifascistas acaban con las huelgas a tiros.

Los Fascistas controlan las industrias directamente.

Los Antifascistas controlan las industrias indirectamente.

Los Fascistas pueden vivir en los países antifascistas.

Los Antifascistas no pueden vivir en países fascistas ni tampoco en algunos países antifascistas.

27

Manuscrito cuervo
IV

A cada momento tropiezo con las contradicciones del hombre, que me hace tan difícil poner en claro sus costumbres. No puede compararse con ningún otro animal que viva en sociedad. Hasta ahora, cuanto escribí —acerca de los papeles, los caracteres, los deseos— tendía a demostrar el amor humano hacia el dinero; pues bien, ahora nos encontramos con un grupo para quien las monedas o los billetes no están en el primer término de sus preocupaciones. Cuando hablé de papeles y nacionalidades no preveía dar con estas gentes para quienes raza y lugar de nacimiento no cuentan. Para ellos está en primer lugar —sean de donde sean— un país al cual no pertenecen, la URSS. La mayoría ha luchado en otro país, que tampoco es el suyo: España. Allí murieron muchos. Les liga un sentimiento indescriptible: *la solidaridad.* Pero en el momento en el que uno del grupo no está conforme con el sentir de la mayoría, lo expulsan acusándole de lo peor; y lo ignoran, como si fuere apestado. Lo cual nada tiene que ver con lo que pregonan: el hombre lo primero. Son intransigentes y sectarios. Están roídos por la desconfianza. Todo el que no piensa como ellos es un traidor. Salvando lo poco que sé de la historia de los hombres, se trata de la *aristocracia*: no permiten casamiento más que entre ellos. No admiten, en ningún momento, considerar las cosas desde otro punto de vista que no sea el suyo, y se dan el lujo de cambiarlo frecuentemente. Se *espían* los unos a los otros y tienen el *partido* como lo primero. No viven de comer, sino de reunirse.

Según ellos, quien no es comunista, es confidente policiaco, sobre todo si ha sido comunista. Lo peor es que, generalmente, al poco tiempo los más destacados son echados de su seno, lo que promue-

ve toda clase de inseguridades. Es un grupo extraño, de gran influencia y de porvenir desconocido.

Aseguran que el hombre es producto de su medio, pero cuando no piensa como ellos lo aniquilan, sin pensar que —según su teoría— no tiene culpa. Debe haber algo más.

28

Pequeña carta a Mr. Attlee, acerca de la dignidad humana

Muy respetable señor:

Encabezo así estas líneas porque ignoro qué título le corresponde por su jerarquía y el que le haya otorgado por sus indudables méritos S. M.I.; y me parecería fuera de lugar —y de tiempo— llamarle "Querido compañero", aunque ambos pertenezcamos a partidos socialistas, pero tan encumbrado el suyo y tan deshecho el mío que ya tienen poco en común: lo que va del largo ejercicio del poder al largo exilio. Admito que ha llegado usted a su puesto en momentos muy difíciles, extraordinariamente difíciles, para su patria; que ha sorteado hábilmente y con coraje mil obstáculos y logrado —en pequeña parte, pero en parte— sin olvido de sus principios, algunas mejoras para los desheredados. No es usted un renegado: por eso le escribo.

Me quiero referir, como es natural, a la designación de un embajador, que represente el Reino Unido ante la corte de Franco, en Madrid. Supongo que el nombre, y el renombre, de la capital española todavía despiertan en usted ciertos recuerdos de grandeza humana que pudo comprobar con sus propios ojos. Claro está que entonces representaba la Oposición de su Majestad, pero Mr. Attlee sigue siendo Mr. Attlee, y por mucho que cambien los oropeles y las responsabilidades no hay manera de borrar la memoria. ¿O sí?

Tampoco se me oculta que su país tiene hoy grandes deudas contraídas, y que éstas pesan horrendamente sobre su posible conducta. Y sé que el envío de sir John Balfour no cambiará mucho, materialmente, las relaciones que sostienen con el régimen oprobioso que sojuzga desde hace tanto tiempo al pueblo español. Por eso le escribo. Por esa pequeña cobardía, por haber vendido ese gironcillo de dignidad, que no tiene mayor alcance que el moral. Y empleo la palabra

dignidad en su sentido absoluto: el que se contrapone a indignidad.

No hablo del honor, el que consiste en colgar trofeos victoriosos: feneció, dejémosle donde está, sino de la honra, ese impulso que empuja a cualquier persona decente frente a la injusticia, ese respeto de la propia dignidad. *Los hombres hacen honra de lo que quieren*, que escribió Lope, y deshonra de lo mismo. Sé, y usted mejor que yo, que *Honra y provecho no caben en el mismo saco*, algún refrán inglés habrá que diga más o menos lo mismo, que todos los pueblos tienen, en su dignidad y malicia, adagios parecidos. Pero ya dije antes que ni siquiera entra el provecho en este acto servil. Y es lo que más subleva. Porque si el envío de un embajador a la España sin honra, con todos los honores, lo hubiese llevado a cabo el partido conservador, nada tendría que objetar. Pero no, ha sido usted, máximo representante del partido laborista. Sin duda, con todo el dolor de su corazón: hiel sobre acíbar; porque el hombre que claudica queda peor que el que se vende. Nada es más despreciable que la bajeza sin premio.

Aunque hubiese sido sólo por orgullo. . . Pero no es cuestión de puntillos, sino de obligaciones; no hacia los españoles, sino por la dignidad del pueblo inglés, que le ha puesto donde está. ¿Merecían ese oprobio? ¿Dónde la dignidad del hombre? ¿Dónde ese fervor por lo justo? ¿Dónde esa fuerza que empuja a los pobres hacia un mundo mejor? Lo menos que pudo hacer era resistir valientemente frente a unas indicaciones que sólo le han traído a revelar sus propias faltas. ¿Se hubiese hundido Inglaterra? No. No pasa de ser una pequeña traición a sí mismo. ¿Qué explicación será valedera? ¿El olvido?

¿Es qué la dignidad es incompatible con el bien obrar? ¿Es qué las teorías en que nos apoyamos están reñidas con la ética? ¿Es qué no importa nada la hombría? ¿En qué favorece a su patria esa claudicación? ¿El haberse mantenido firme en una posición decorosa hubiese influido en algo en sus relaciones con otros gobiernos más ricos? Tome el ejemplo de México, más supeditado económicamente que su país. ¿Habrá que suponer que la dignidad es atributo exclusivo de los débiles, de los vencidos? Porque si algo no admite duda es que si usted hubiese estado en la oposición se hubiera opuesto vehementemente a este mismo acto que acaba de realizar para vergüenza de su historia. Y de la historia.

En fin, respetable señor, siento no poder decir: —¡Allá usted con su conciencia!—, porque esa abyecta reverencia pesa más que en sus solos adentros. Una espesa amargura regurgita en el espíritu de una legión de hombres, viendo cómo los representantes de tanta buena gente se rebajan sin necesidad ante lo más oscuro del cieno. Acháquese parte del daño de la desesperanza que cubre hoy parte del mundo; que nada duele tanto como el mal hecho por quien menos debía.

A pesar de ello, sírvale de consuelo saber que quedan miles que no se rinden, como se ha rendido, frente a lo que, según usted decía, más aborrece; miles que todavía tienen, faltos de tantas otras cosas, un adarme de dignidad humana.

Muy respetuosamente *Max Aub*

México, 1º de enero de 1951

29

La verdadera historia de los peces blancos de Pátzcuaro

A Gutiérre Tibón

En aquel tiempo los chinos creían que los peces eran almas fugadas de los hombres. Inmóviles, los miraban hora tras hora. Y si un pez atravesaba su imagen reflejada tenían el convencimiento de que aquel animal era parte de su propio ser. Supongo que el mito de Narciso tiene cierta relación con esto.

Viéndose, quietos, frente a frente, sin pestañear, años y años, ganaron aquella impasibilidad de los músculos de la cara que ha llegado a caracterizarlos. Y de tanto sol se pusieron amarillos. En esa contemplación, los mejores llegaron a perder el conocimiento de sí mismo. Nadie pensaba entonces que el hombre fuera la medida del hombre, sino la medida de los peces. De eso no supieron ni Confucio, ni Mencio, ni Chountzé, ni Tseyou, ni la reina Nancia, ni su marido el duque; ni el barón Kan Ki de Lou. Es una historia muy anterior: cuando los peces inventaron la palabra melancolía. Entonces Poseidón era todavía un dios muy poderoso, tanto o más que Zeus, y no sólo reinaba sobre el mar, sino en las entrañas de la tierra. Lo dice Homero, aunque sólo habló de oídas, tiempo después. Poseidón —el don de poseer—, era, entonces, el rey de los temblores. Por eso se llamaba también Enochtithon, el que conmueve la tierra. De Enochtithon a Tenochtitlán no hay más que un soplo. Pero no adelantemos acontecimientos.

En esa época, tan lejana que nadie se acuerda de ella, el lago de Pátzcuaro —que no se llamaba todavía así, ni de ninguna manera— estaba triste, porque no tenía peces. Al agua le gustan los peces porque la divierten y le hacen cosquillas en la espina dorsal. Se los pidió a los ríos y a los mares, pero ni unos ni otros podían llegar a él: estaba demasiado alto. Hubo grandes tormentas en la mar, pero

a pesar de todos los esfuerzos de las olas y las espumas, éstas se quedaron a medio camino. Así se formó, entre otras cosas, el golfo de California. El río Lerma y el río Balsas intentaron llegar a él, con la ayuda de sus hijos, el Tepalcatepec, el Carácuaro y el Tacámbaro —que tampoco se llamaba entonces así—, pero tampoco pudieron. Entonces el Viento le dijo al Lago que sólo los hombres podían traerle peces. Pero el Lago no sabía qué cosa eran los hombres, ninguno se había mirado en sus aguas. El Lago se moría de quieto. El Viento, que en él se posaba, le tuvo lástima y fue un día a contárselo al Emperador de la China. Pero el Emperador, sublimado de honra y dignidad, no le oyó, y lo envió al dios de la Literatura y éste al de los Exámenes. Pero debido a la gran burocracia china el Viento tuvo que ir a contárselo al portero del ministerio, siguiendo el estricto escalafón. El portero se lo comunicó al mozo tercero, y éste al segundo, pero a éste se le olvidó. El Viento tiene poco que ver en esta verdadera historia.

El Emperador de la China tenía mil peces negros en un vivero de jade. El Emperador de la China, vestido de seda negra, se pasaba las tardes sentado frente al estanque viendo el ir y el venir de sus peces negros. El Emperador de la China solía tener el humor negro, porque desde hacía algún tiempo, sin que ningún filósofo alcanzara a saber el porqué, algunos peces nacían con una o varias pintas amarillas. El Emperador hizo llamar sabios de todos los lugares de la tierra. Llegaron hombres de infinita sabiduría desde las márgenes del río Azul, del Imperio del Tibet, de los montes Kuensun, del Indostán, del Misora, del Coromandel, del Penjab y de los montes de Cabul, del Laos y de Thap-muir. Del Turkestán llegó uno, vestido de manera estrafalaria. Fineses, tártaros, mongoles, tungusos, turcos, turanios de los valles del Ural, de las laderas del Altai, de las riberas de Éufrates. Vino el propio escultor que había escrito la estela de E-Anna-Du. Y un embajador del rey semita Urukagina.

No se pudieron poner de acuerdo acerca del extraño fenómeno. Las razones fueron de las más variadas, según las informaran el interés, el halago o la ciencia. Sin embargo dos fueron las causas más generalizadas en las que basaron sus especulaciones acerca de las escamas amarillas: El sol y el oro.

De ahí nació una de las controversias místicas más enconadas acerca del alma de los peces.

Los puntos extremos fueron sostenidos respectivamente por las escuelas Chan y los de una escuela tibetana cuyo nombre exacto se ha perdido. Los representantes de esta última tenían en menos el mar y las aguas y afirmaban que los peces eran seres inferiores. Posiblemente eran materialistas, y acabaron todos en el patíbulo, menos Chan y Po-Vu, los grandes maestros, que fueron echados al tanque de las lampreas; pero no los quisieron comer. En ello vio el

Emperador una seña de la clarividencia divina. Entonces se los llevaron, con gran prosopopeya, al mar, donde los tiburones no les hicieron ascos. Pero todo esto sucedió después del concilio de Pekín, años más tarde de lo que estoy refiriendo.

La cuestión esencial de las escamas doradas quedó sin resolver. Todos los guardianes fueron torturados. Lo-Si-Tan suponía, con cierta verosimilitud, que alguno de ellos, resentido con el jefe de los viveros, había pasado subrepticiamente un pez dorado a la balsa de los peces de la noche. Pero no se pudo probar. Siguiendo el consejo del tercer primer ministro, el Emperador promulgó una ley mandando matar todos los peces que tuvieran aunque sólo fuese una sola escama amarilla a cien leguas a la redonda. A los tres meses volvieron a nacer, de padres negrísimos, algunos pececillos con escamas doradas.

Entonces Fu-No-Po, el famoso desterrado, envió al Emperador un largo razonamiento que empezaba diciendo:

"La noche es larga, pero no interminable.

"Las nubes se deshacen en los almendros y las flores miran las nieves eternas de tus montañas lejanas.

"Los pájaros se miran en las aguas quietas de los lagos y bajan raudos creyendo encontrar el amor.

"Luego vuelven a subir más lentos tras haber formado los círculos de la sabiduría y del desengaño, que van a morir en las orillas.

"¡Oh poderosísimo monarca del mundo!

"Todos los seres miran, el universo está lleno de miradas y aparece cruzado por ellas, rayado de mil modos.

"Los peces tienen ojos y ven. Mas tus peces —los que tienes encerrados— no pueden sino ver el jade que los rodea y tienen que reconcomer sus propias miradas. Y, sabido es, que el verde es el color de la envidia, que degenera en amarilla.

"En eso no se parecen a tus cortesanos que no ven más allá de la punta roma de sus narices."

Los cortesanos protestaron, pero el Emperador hizo construir un enorme vaso de cristal para que sus peces negros pudieran ver el mundo. Así se inventaron los acuarios. Pero de nada sirvió. Las escamas doradas siguieron apareciendo y el Emperador, sobrado de razón, mandó ajusticiar al poeta.

"Todo hecho tiene una base real." Éste era el lema de una famosa escuela filosófica de Ur. El Emperador hizo venir al más conocido maestro de esta escuela. Pero el filósofo declinó la invitación (pudo hacerlo porque todo un mundo le separaba de la fuerza del Emperador de la China) y recomendó que se consultara a un historiador.

El caso es que en China no sabían lo que era un historiador. Entonces buscaron al hombre más viejo de la capital, que era un mendigo. Lo trajeron al palacio. El pobre, apergaminado como una ci-

ruela pasa, temblaba de miedo. Se prosternó ante su señor. Todos los agüeros eran favorables: El Gavilán a la izquierda y la Paloma a la derecha. El mendigo no había visto nunca un jardín tan hermoso.

Los ministros empezaron a interrogarle, el mendigo tenía buena memoria. Recordaba el tiempo en el que trajeron los peces, en siete lunas distintas. Cada especie de un color. Peces blancos, peces negros, peces rojos, peces dorados, peces rosas, peces grises y peces moteados, peces con pecas. El abuelo del abuelo del Emperador los hizo venir de todos los mares y de todos los ríos y fue feliz con ellos. Un día el hijo del hijo del hijo, padre del actual Emperador, tuvo un sueño: Los peces blancos se marchaban hacia el norte y se lo llevaban arrastrado entre hielos. El Emperador mandó matar a todos los peces blancos. Tiráronlos en el campo. Y no se volvió a saber de ellos hasta que se descubrió el nácar, y empezó a utilizarse para incrustar cajas y biombos.

El Emperador mandó ajusticiar al mendigo porque los sabios no supieron sacar nada en claro de cuanto contó y seguían apareciendo escamas doradas en los lomos de los peces negros.

El Emperador se murió, y nadie sabía por qué los peces negros procreaban, a veces, peces moteados de oro pálido. La verdad, como siempre, estaba del otro lado del mar. Pero Poseidón, enojado por haber sido relegado al Mediterráneo, no dejaba pasar noticias.

La cosa fue que muchos años antes de que todo esto sucediera hubo una gran sequía y los hielos empezaron a retroceder hacia el extremo norte de la China. El guardián de los jardines del Emperador era un famoso guerrero, muy conocido por su apetito nunca saciado. Gran comedor de osos blancos y de focas lustrosas, solía salir a cazarlos cada día y los mataba con su potente brazo armado de una gran lanza. Cuando los hielos se fueron retirando hacia la gran estrella fija, inalcanzable y siempre viva, el guardián de los jardines del Emperador pidió permiso a éste para seguirlos; según dijo para ver a dónde iban a parar, pero en verdad de verdad para no perder su alimento favorito. El fornido guardián se llamaba Ku Ri Le y marchó tras los hielos con lúcida compañía. Llevó a su mujer y a sus hijos, a numerosos criados y a cientos de parientes en segundo grado.

Ku Ri Le tenía un hijo predilecto, de su décima mujer, que se llamaba A La Ka. El niño se había criado en los jardines del Emperador, y había hecho gran amistad con los peces. Cuando supo de la partida se quedó triste pensando que ya nunca vería a sus amigos dar vueltas y revueltas, y, sin decirle nada a nadie puso en una de las sillas de mano, adornada con incrustaciones de nácar, un gran recipiente y en él varios peces negros de los más amigos suyos.

El viaje duró años, a través de la China y de la Manchuria. Ku Ri Le era feliz entre tanto desierto helado. En aquel tiempo hacía tanto frío que nadie sabía si pisaba agua o tierra. De cuando en cuan-

do sobre la enorme extensión blanca aparecían los picos duros y negros de las montañas. En una de ellas dejó su vida Ku Ri Le. Pero sus hijos —que ya tenían muchos años— siguieron adelante olvidados de cualquier otra clase de vida. A La Ka era feliz con sus peces, a pesar de que sucedió con ellos un extraño fenómeno: cuando estuvieron rodeados de hielos por todas partes los peces empezaron a perder su color y a volverse transparentes. Por aquellas tierras murió también A La Ka y como sólo él sabía Geografía, los demás se encontraron perdidos. Sus descendientes decidieron volver a la China, que ellos no habían conocido, y empezaron a bajar hacia el Sur. Transcurrieron años y años, y así fueron descubriendo los árboles, y los colores y las praderas floridas. El color se les volvió bronceado. Hablaban ya un idioma propio que los chinos no podían entender. Sólo su arte conservaba restos del de sus antepasados. Llegaron a un país encantador, lleno de lagos y decidieron, ya perdida la esperanza de arribar nunca a China, quedarse para siempre allí, porque las mujeres protestaban de tanto y tanto andar. Llevaban ya muchos peces, que ellos consideraban sagrados por ser, como ellos, descendientes del gran imperio del cielo. Los echaron a los lagos y en recuerdo de sus emperadores los llamaron Kan que también quería decir en su nueva lengua: lugar (Rey y lugar —lugar del Rey—.) A los peces los llamaban Mi Chi que con Hua (afijo posesivo) vino a dar Mi Chi Hua Kan: lugar de peces.

En los jardines del emperador de la China las carpas se acordaban todavía de A La Ka. Las carpas chinas viven miles de cientos de años, y recordando a los que se fueron hacia el norte, tras los hielos, en sus largas noches, se quedaban quietas pensando en sus amigos. Empezaron a nacer cantos y canciones en los cuales se narraban las aventuras de los peces idos. Entonces fue cuando inventaron la palabra melancolía. Los peces negros oyeron los cantos de las carpas y les nacieron escamas doradas. Cuando se supo, porque todo acaba por saberse, el Emperador —hijo del hijo del hijo del Emperador— mandó arrancar las lenguas a las carpas. Desde entonces los chinos dicen: mudo como una carpa.

El Emperador empezó a hablar:

—¿Dónde queda Michoacán?—porque era un poco duro de oído y confundía los sonidos.

—Del otro lado del mar.

—Allá iremos.

—No puede ser —le dijeron— los hielos se fueron y ahora no se puede pasar.

Entonces el Emperador de la China mandó construir una gran escuadra.

Pero los peces de Michoacán se habían vuelto nacionalistas. Empezaron por inventar el esdrújulo para marcar su independencia so-

bre las lenguas antiguas. Así nacieron los nombres refulgentes de sus ríos: Tacámbaro, Caramécuaro, Cupítero. Y el de sus pueblos: Pátzcuaro, Puruándiro, Yurécuaro, Zitácuaro, Queréndaro, Acámbaro, Jiquilpan.

Cuando los pájaros trajeron la noticia de la próxima arribada de unos extranjeros, los peces blancos y transparentes del lago de Pátzcuaro decidieron defenderse y recurrieron a las serpientes. Éstas bajaron a los infiernos y consiguieron firmar una alianza indefinida con los señores del fuego, en recuerdo de Enochtithan. Y así nacieron, como bastiones naturales alrededor de su lago, los volcanes que hoy se ven: Al norte, Triguindín, Quinceo y Cirate; al Este, Tzinzunzán; al Oeste, Patamban y Tancítaro; al sur Jorullo, que necesitó abrir y vomitar fuego por doscientas cincuenta bocas para rechazar un ataque, ya en el siglo XVIII. Hacia el segundo tercio del siglo XX, no se sabe exactamente en que año, intentaron por última vez la conquista por el Suroeste, y nació entonces el Parangaricútiro.

Es posible que todo esto suceda por falta de información y que cuando los peces blancos de Pátzcuaro sepan exactamente lo que desean los peces chinos la paz reine sobre la tierra. Por de pronto, y como señal de victoria, decidieron llamar carpa al lugar más ruidoso que se pudiera encontrar.

El que lo oía, se rió:

—No. Sino al revés: Salieron de Michoacán, y con el tiempo y la desesperación de no dar con el camino del regreso —los hielos se habían fundido— se volvieron amarillos. Y los peces se fueron oscureciendo, cada noche más, hasta llegar a ser negros, como la obsidiana que habían perdido. Entonces fue cuando inventaron la palabra melancolía.

30

Librada

I

No le preguntó nada. Pero no tuvo duda de que Ernesto se dio cuenta de que ella lo supo tan pronto como le echó la vista encima. Acostó al chico, que la niña ya dormía, y se sentaron a cenar.

La amplia estancia, con sus equipales, su máquina de coser, la estantería de los libros, los ladrillos rojos relucientes, estaba abierta a todos los vientos, en espera de la brisa; pero los visillos de malla permanecían quietos, caídos, sin vida; el calor del día estaba todavía ahí, agazapado, inmóvil.

—¿Quieres una cerveza?

—No.

No se decidía a hablar. ¿Para qué? Conocía cierta veladura de la mirada de su mujer. Comió su hervido, y, luego, una tortilla de patatas.

—Ahora te preparo el té.

Se había aficionado a la hierba desde cierta temporada en que tuvo que tomarla por prescripción facultativa.

—Déjalo. Hazme café.

Veracruz, tan caliente, tan quieta —ahí en la calle tranquila donde vivían—, tan pueblo, tan vieja del siglo pasado, le volvía al ánimo, ahora más que nunca, el olor de Murcia, donde vivió dos años. El huele de noche del patio ayudaba no poco a la rememoranza. La noche no tenía más huésped que un grillo. Unos dragoncillos se acercaban, deslumbrados, al foco de la galería. En eso se equivocaba: estaban al acecho de mosquitos.

La mujer salió de la sala, que para todo servía, fue a la cocina, reavivó las brasas y puso a calentar el agua. No tuvo ganas de ponerse a fregar, fue a sentarse frente a su marido, que estaba llenan-

do parsimoniosamente su pipa. Se miraron un momento. Luego él encendió su mechero, lanzó dos bocanadas de humo y le dijo, en el tono más natural que pudo:

—Mañana.

Librada no contestó: se ahogaba. Se levantó y volvió a la cocina. Allí la siguió Ernesto; se quedó en el umbral, mirándola: Llenaba el recipiente de la cafetera egoísta con café molido. Volvió la cabeza hacia el hombre:

—¿Por la mañana o por la noche?

—El barco zarpará pasado, al amanecer. Tendré que dormir allí.

—¿Ya lo sabe el patrón?

—Se lo dije esta noche.

—¿Dónde le dijiste que ibas?

—A La Habana.

Ernesto Rodríguez Monleón es de Manzanera, allá por la provincia de Teruel. Ya no es ningún niño: cuarenta años y bastantes canas. El aire bonachón y cerca de setenta kilos. No muy alto. Buen mecánico.

Sabe que Librada no le va a preguntar nada. Se le acerca, le pone una mano en el hombro. La mujer, serena, le mira los ojos en los ojos.

—Lo malo —dice él— es que no podremos escribirnos.

—No te preocupes.

Busca algo más que decir. No se le ocurre más que una frase hecha: "Lo primero es lo primero"; se la calla.

—Ya hierve —dice, por el agua.

Toma un trapo para sostener el asa de la ollita y no quemarse, pero no acierta, se quema. El dolor le produce alivio.

—Vámonos afuera.

El café empieza a gotear, prietísimo, en el vaso.

—Si sucediese algo, ya te avisarían.

Salen a la galería, se sientan en un sofá de enea. La mujer deja el café en una mesilla de pino. Aparta unos juguetes para hacer lugar. No dice, como cada noche: —¡Esos chicos, como si no tuvieran donde dejar sus cosas! A los dos se les va la imaginación a España. Ella piensa en Madrid; él, en la cárcel de Valencia.

De pronto empieza a llover torrencialmente. El ruido manso del agua les apacigua.

—¿Qué ropa te vas a llevar?

La pregunta es ociosa: la que tiene no le va a servir, como no sea la interior. Y ésa hace días que está preparada.

Ernesto vuelve a encender su pipa. Toma el café a sorbitos. Mira a Librada. Un trueno lejano y el agua mansa. Uno de los dragoncillos da un salto y se traga una mosca. A lo lejos, el ulular de la sirena de un tren. Otra vez la soledad de la lluvia. A la luz de un relámpago se dibujan las airosas siluetas de los dos cocoteros de la casa

vecina. El gato sale de la habitación de los niños y viene a acurrucarse en el regazo de Librada; lo acaricia. Ernesto sabe que quisiera tener sus manos entre las suyas, se resiste. Pero acaba por acercarse a ella y le pasa el brazo por los hombros.

La lluvia se hace menuda. Las hojas de la buganvilla dejan de temblar y relucen a la luz amarilla del foco.

II

Cárcel de Alcalá de Henares, 2 octubre de 1948

Mi querida esposa:

Te escribo estas líneas para decirte que estoy bien y que me van a fusilar esta noche o mañana. Tú sabes que no me importa más que por ti y por nuestros hijos. No me importa morir porque esto entró siempre en lo posible cuando me dijeron que yo tenía que venir a nuestra querida España para trabajar en el interior y organizar algunas cosas que no marchaban muy bien. Desgraciadamente no pude hacer nada porque en seguida me denunciaron y cuando intenté ver al primer camarada, ya estaban ahí, dispuestos a cogerme. No me pude defender porque no llevaba ningún arma y porque me cogieron de sorpresa. Por mucho que supusiese que esto estuviera lleno de traidores no podía ponerme en guardia antes de dar el primer paso. Debía de haberlo hecho, pero no lo hice. Que sirva de ejemplo, nunca hay que descuidarse. El soplo tuvieron que darlo desde Francia. Por lo visto sabían que yo tenía que pasar y me esperaban. Como no había hecho nada, intenté defenderme con la verdad, pero sabían muy bien quién era yo y me condenaron achacándome no sé cuántos crímenes pasados, que yo, naturalmente, no he cometido y que dudo que nadie haya llevado a cabo.

Pero basta ya de eso. No me queda mucho tiempo, porque hasta ahora no me han dado permiso de escribir y lo hago mal, primero porque nunca fui muy bueno para la letra, y luego porque me duele la mano de un golpe que me di, sin querer, con un barrote. Ni siquiera sé si esta carta llegará a tu poder, o irá a parar al cesto de los papeles o la guardarán como recuerdo en mi expediente. Pero me han dicho que podía escribirte como favor especial del Generalísimo, tan espléndido y generoso. Esto último no me lo dijeron, lo escribo yo, tan agradecido.

Librada: me van a matar, y lo siento. A cualquier buen comunista le sucedería lo mismo. Estoy contento de haber hecho lo que he podido, aunque estoy disgustado de no haber hecho más. Pero hay otros, ellos llevarán adelante lo que la traición ha impedido que haga yo. Lo único que te pido es que les digas a los chicos cómo muero

y que se den cuenta de la lucha para la que han nacido, y que espero que sabrán continuar sin desmayar, en las gloriosas filas del Partido Comunista. Librada, lo siento mucho por ti, porque te vas a quedar muy sola. Sé que ni el Partido ni los camaradas te abandonarán. También sé que no es lo mismo, pero te pido que recapacites y pienses que he muerto por la causa mejor y más gloriosa y para que nuestros hijos sean felices y libres en una España sin cadenas, donde el comunismo sea una realidad. No me importa morir, sólo me preocupáis vosotros y el gran disgusto que te vas a llevar. Por otra parte también me alegro de morir en España. No sabes la emoción que sentí al volver a pisar la querida tierra de nuestra patria. Es algo tan grande que no se puede describir. Era estar de nuevo en casa, ponerse las alpargatas quitándose los zapatos que le hacían a uno daño. Tú sabes lo bien que lo pasamos en Veracruz, al fin y al cabo no nos faltaba nada. Pero no sé, no sabría cómo decirte, lo que sentí cuando oí por primera vez hablar en español de verdad. Se me revolvió todo, a pesar de que me sonaba algo extraño: no en balde pasamos tantos años en México, que ya no podría escribir con j. España me hizo la impresión de ser más pequeña que cuando la dejamos, como si estuviera encogida, o como si hubiera crecido en nuestro recuerdo los años que pasamos fuera de ella, o tal vez porque América es más grande.

No pensaba ver a nadie de la familia, ni de la tuya, como puedes suponer. Pero mis padres se enteraron por los periódicos y vinieron a verme. Fue una imprudencia que no pude evitar. Mi padre está muy viejo, muy acabado; la madre está igual. Tuvimos una entrevista, hace dos días, y no nos dijimos casi nada. La madre lloraba, aunque se veía que no quería. Me preguntaron por ti y por los niños. Trajeron las fotografías que nos hicimos en Mocambo; así os pude volver a ver. Acabo de escribirte que no nos dijimos nada y es verdad. Además, ¿qué nos podíamos decir? Por si fuera poco no se nos despegaron los dos guardias. Siento morir sin haber vuelto a ver algo más de España y a algunos compañeros, para poder decirles que a pesar del tiempo transcurrido y que muchos refugiados han olvidado la razón que los sacó de su tierra, todavía somos muchos los que estamos seguros de que algún día no lejano volveremos como debemos volver. Pero me han tenido incomunicado todo el tiempo y moriré con ese pesar. No siento morir, sino que acaben conmigo sin haber podido estrechar la mano de un camarada. Es lo único que he deseado ardientemente estos días, así me tengo que reconcomer y hallar satisfacción en mí mismo. Ha sido lo más duro. No tienes necesidad de decir a todos que no solté prenda de lo que les interesaba saber. Se dieron cuenta bastante pronto y me dejaron en paz. No sufras pensando en lo que sufrí, ya te digo que fue poco. Bueno, Librada, ya no somos niños y pasamos lo nuestro: bueno y

malo. La vida nos dio de todo y tuvimos muchas alegrías, acuérdate de ellas siempre que te acuerdes de mí, y piensa que de alguna cosa tenemos que morir y que hacerlo como yo lo voy a hacer es más rápido y sin dolor que si hubiese tenido alguna enfermedad o me hubiese atropellado un coche, como al pobre Ricardo.

Da muchos recuerdos a todos los camaradas, abraza muy fuerte a los niños, y para ti, compañera, con este abrazo que te envío va todo el cariño que te tuve y el que te tengo y el deseo de todo mi corazón de que tengas bastantes fuerzas para resistir este mal golpe y rehacer tu vida.

No me arrepiento de nada de lo que hice y si hubiese que volver a hacerlo, igual lo haría. Estoy buscando una frase para acabar esta carta, la más larga que escribí en mi vida, y no la encuentro. Si no fuese porque para mí quiere decir otra cosa te pondría lo que me dijo la madre al despedirse de mí: que Dios te bendiga. Tú me entiendes, siempre me entendiste. Sé feliz.

Tu marido que lo es.

Ernesto

III

Manzanera a 16 de octubre de 1948

Apreciada e inolvidable hija Librada.

Después de saludarte cariñosamente deseándote disfrutes de un perfecto estado de salud en compañía de nuestros queridísimos nietos, pasamos a decirte que estamos bien de salud, aunque muy acobardados debido al tiempo, te diriamos muchas cosas, pero como la mano que lleva la pluma está temblorosa debido ha los 84 años, me tendrás que perdonar. Lo que siento es que ya te podré escribir poco. Recibimos tu cariñosa carta fecha de dos de junio el 13 por la que bimos que estabais todos bien de salud, de lo que nos alegramos mucho. Alegrándonos que al recibir la presente continueis igualmente. Nosotros bastante bien, dentro de lo que cabe. Tenemos muchas ganas de estrecharos entre nuestros brazos, el 10 de diciembre hará diez años que nos separamos, pero el hombre propone y Dios dispone. Nosotros bamos perdiendo las confianzas de bolberos a ver.

Ya te habrán mandado a decir que el día de San Jaime ynaugurаron un gran salón café frente a la casa de Tomás. Y el Otel Paraiso lo están recostruyendo para ynaugurarlo el prósimo año. También querida hija emos recibido tu cariñosa carta fecha cuatro de agosto por la que bimos que estais pasando un calor horrible y que en realidad teneis que pasaros una parte del día en el agua como los pe-

zes. Es una verdadera marabilla el panorama de la tarjeta debe de ser precioso todo en ese pais pero ¡y los temblores de tierra! También nos decias que ese amigo tuyo seguía en La Habana. Pero nosotros ya sabiamos que no era berdad. Haqui hay mucha gripe haunque benebola hen la casa que entra la pasan todos.

Ay os mandamos un paso doble del balneario para que os lo aprendais. Lo ha copiado Edmundo en música. Es un paso doble sin acompañamiento y se entitula Manzanera y su balneario.* Espero que os gustará.

Aquí ya sabrás que no pasa gran cosa y que (*una palabra borroneada*). El padre de Rosario ya sabrás que murio hace cosa de un mes y Pilar continua enferma y sin esperanzas de que se apañe. El señor Tomas y Encarnación ya son Aguelitos de un Ernestito muy majo que todavía no tiene un mes. No se si sabrás que estuvimos en Alcalá para ber a un Amigo nuestro que estaba muy enfermo. Desgraciadamente no se pudo hacer nada para aliviarlo. Que en Paz Descanse. Tampoco nos quisieron decir donde lo iban a enterrar. Como ves todo son desgracias. Nos acordamos todos los días de ti y te tenemos presente en nuestras oraciones y a nuestros nietos que no conocemos y que seguramente no conoceremos aunque es lo que mas quisieramos. Todos los días rezamos el rosario con algunos amigos para la salbación del alma de ese Amigo que te hablamos.

Sin más que nuestros cariños besos a los niños, también los reci-

* *En un papel suelto:*

1a. letra

Dicen que Dios en la tierra
con su poder tan divino
ha creado un balneario
que se llama el Paraíso.
Sus aguas son milagrosas
su ambiente es encantador
por eso el veraneante
lo elogia con ilusión.

2a. letra

Las fuentes del Paraíso
son de aguas medicinales
y dicen sabios doctores
que curan todos los males.
Para las Vías Biliares
eczemas y digestión
las aguas del Paraíso
consiguen curación.

Estribillo

Que bonito es Manzanera
Manzanera que bello es
con su hermoso balneario
sus cascadas y chalets.

El hotel del Balneario
es una preciosidad
y en berano allí es un sueño
por su gran comodidad.

bireis de casa de Maria y Lucila, las becinas y amigos de nuestros hermanos y Gloria. Mucha resignación, hija mía que tienes a tus hijos para que se te pasen las penas y recibe el más sincero cariño con un fuerte abrazo de quienes no te olbidan.

Tus padres

IV

(*Artículo de* **España Obrera y Campesina**, *periódico clandestino, publicado en Madrid con fecha 20 de abril de 1950*)

Editorial

Nuestro Partido tiene una línea política justa, cuenta con el apoyo de la clase obrera, los campesinos y las grandes masas populares. Pero nuestro Partido necesita todavía elevar su nivel ideológico y político, no es bastante contar con miles de militantes heroicos y audaces. Tenemos que liquidar los métodos artesanales en el trabajo clandestino del Partido, métodos que conducen invariablemente al fracaso. Sólo así aprenderemos a luchar contra los agentes del espionaje y de la provocación, contra sus métodos execrables y perversos.

La lucha que libra nuestro partido es una lucha decisiva, una lucha sin cuartel, una lucha a muerte. Pero para vencer necesitamos aprender a combatir mejor. Nuestro enemigo tiene una larga experiencia en la represión y en la provocación y posee una vasta organización que se dedica única y exclusivamente a la lucha contra nuestro Partido. Los miembros de esa Gestapo acuden a los más diversos medios para introducirse en las filas de la Resistencia. A veces son descubiertos, otras no. En fábricas, minas y talleres hay ahora muchas caras nuevas entre las que puede camuflarse algún policía.

Sin embargo todo ese aparato policíaco no podría por sí solo cumplir los fines de represión y provocación si no estuviese ayudado por socialistas de derecha y anarquistas, a veces con un pasado "antifranquista" y hasta "revolucionario". Saber descubrirlos es una cuestión de primera importancia teniendo en cuenta que obtener pruebas concluyentes de su traición es casi imposible.

Pero el enemigo no sólo utiliza a estos elementos. Introduce sus agentes en nuestro Partido, los mantiene camuflados durante mucho tiempo hasta que considera llegado el momento de arrancarles el antifaz. A veces las delaciones no les sirven para salvar el propio pellejo.

A pesar de la vigilancia revolucionaria es evidente que algunos

de estos elementos lograron introducirse en nuestro Partido y ocupar puestos de confianza. Hay en estos años de lucha clandestina un ejemplo característico para minar y destruir nuestro Partido desde el interior: el caso del traidor Ernesto Rodríguez Monleón.

¿Quién era Ernesto Rodríguez? Rodríguez era un aventurero sin escrúpulos, con toda evidencia un agente del Intelligence Service inglés. Empezó a trabajar entre los grupos anarquistas, lo que debió hacernos mucho más cautos de lo que fuimos. Debió de trabajar a gusto de sus amos y lo hicieron ingresar en nuestro Partido. Consiguió ocupar un puesto de alguna responsabilidad en Valencia. Allí su actividad se caracterizó por el sectarismo, por la indisciplina, por la suficiencia y el menosprecio hacia los militantes del Partido.

Al terminar la guerra, Rodríguez queda en España con un plan preconcebido. Pasa por la cárcel. Ante los miembros del Partido presos con él aparece como un hombre que ha sido bárbaramente torturado, pero que se ha mantenido entero. Amparado por esa "leyenda", toma posición contra el pacto germano-soviético. Los compañeros no se dan cuenta que la posición de Rodríguez era producto de su personalidad doble, de su traición. Rodríguez sale a la calle en 1940, justificando su libertad por una estratagema, haciendo creer que se habían equivocado de nombre. Pudo escapar a Francia y llegó a México. Con gran astucia se quedó en Veracruz y se pone a trabajar en su oficio esperando que el Partido le llame. Esa doblez le dio buen resultado. Consiguió que le enviaran de nuevo a España, sabe los nombres de los compañeros con quienes tiene que entrevistarse. Aun no pasa la frontera cuando la mayoría de éstos son detenidos y fusilados. No puede caber duda de que él mismo los había denunciado al Intelligence Service antes de entrar en España. Viendo que no le puede seguir utilizando la policía detiene a Rodríguez y sin someterle a tormento, porque ya le sacó cuanto le tenía que sacar, muere fusilado. La muerte de Rodríguez ha sembrado dudas, durante algún tiempo, en algunos camaradas. La historia del Partido muestra que la reacción y el fascismo no vacilan en destruir físicamente a sus propios agentes cuando ya han dado de sí cuanto podían dar y están descubiertos.

Hay que elevar en todo el Partido el sentido de la vigilancia revolucionaria, controlar seriamente el trabajo de los camaradas, exigir que su vida sea clara y limpia, que su pasado y su presente no tenga oscuridades para el Partido. En el trabajo clandestino ese control debe ser aún más severo. Debemos ser intransigentes con cualquier debilidad.

Este artículo fue reproducido en México. Al día siguiente de leerlo, Librada se suicidó. A su entierro asistió poquísima gente. Dos vecinas recogieron a los niños. El antiguo patrón de Ernesto pagó los gastos del entierro, pero no pudo ir, por atender un asunto urgente.

Luis Morales, Gregorio Castillo y Juan Luque dejaron que las vecinas se marcharan y luego, como ya era tarde para irse a trabajar, fueron andando lentamente, entre las tumbas, hacia la entrada del cementerio. Las flores restallaban magníficas en la tarde esplendorosa. Zumbaban multitud de moscas y moscardones. Los cipreses levantaban su llama perenne en el cielo de purísimo azul.

Diálogo acerca de Librada

Eran amigos, refugiados los tres. Luis Morales, alto, delgado, con un ojo un tanto salido, telescópico, prestaba sus servicios de ingeniero, bastante mal pagados, en una compañía que construía nuevos diques en el puerto. Comunista desde que tenía uso de razón, nunca había ocupado, ni deseado, puestos de importancia en el partido. Gregorio Castillo lo había sido a favor de la guerra civil, pero se separó al traspasar la frontera. Rechoncho y calvo, padecía del corazón, por lo que no había podido resistir la altura de la meseta donde había alcanzado, en el poco tiempo que residió en la capital, un buen puesto en una compañía de seguros de vida; dilema que resolvía, amigo que era de retruécanos, diciendo que el corazón del hombre está hecho para explayarse. Ahora trabajaba en un periódico local, amén de ciertos corretajes que le permitían pasarse la vida en el café de la Parroquia y olvidar los disgustos que le daban dos mestizas que mantenía en barrios opuestos de la ciudad, la una cerca de la playa del norte, la otra en una casita que daba a la playa sur. Juan Luque era arquitecto, nació republicano y seguía siéndolo. Era el mejor cliente de la única librería del puerto. Su mujer fue amiga de Librada: estuvieron en el mismo refugio, en Francia, e hicieron juntas el viaje a América en 1939. Había muerto seis meses antes. Castillo había sido más conocido que amigo de Ernesto, pero no faltaba a ningún entierro. Morales tenía un gran concepto de Librada, además eran del mismo pueblo, o casi: Él de Torrelavega, ella de Santoña. Castillo le había dicho, mientras Luque fue a recogerse un momento ante la tumba de su esposa: —Creí que no vendrías.

—¿Por qué?

—Hombre, después del articulito. . .

—¿Qué tenía que ver Librada con eso. . .?

—Las culpas de los padres. . .

—No digas sandeces.

Se les unió Luque en la puerta del camposanto. La camioneta de Morales les esperaba.

—¿Vamos?

—¿Por qué no regresamos dando un paseo?

Se miraron, Luque consultó su reloj.

—Bueno.

Despidieron al chófer y se fueron andando. Juan Luque, que todo lo decía, planteó de cara la cuestión: —No lo puedo creer.

—¿No puedes creer, el qué?

—Que Ernesto fuese un agente del Intelligence Service.

No le contestaron. El arquitecto porfió:

—¿Que vosotros sí?

—¿Qué importancia tiene? —pregunta, indiferente, Morales.

Luque se desconcierta: —¿Cómo que qué importancia?

Interviene Castillo: —Por cosas así salí del Partido.

Morales le mira de soslayo, con su ojo malo: —¿Y te sientes orgulloso de ello?

—No.

—Estas cosas me dan asco —prosigue Luque— porque una de dos: o era espía o no lo era. Si lo era, significa la incapacidad radical de los dirigentes que le aceptaron tantos años y entonces la vergüenza no sería para Ernesto, que no hacía sino cumplir con su deber, de espía, pero su deber al fin y al cabo, sino para los jefes engañados, que lo mejor que podrían hacer, en vista de eso, es callar.

—Para Morales —dijo Castillo—, el problema no se plantea así. No se trata de que Ernesto fuese traidor o no, sino sencillamente de que el Partido, con mayúscula, no se puede equivocar. El Partido es el futuro; todo lo demás desaparece. Si le das al problema esa sencilla vuelta todo se vuelve fácil y claro. ¿O no? Lo más probable es que nunca sepamos la verdad.

—No —dijo Luque, parándose—. No estoy de acuerdo, en absoluto, de ninguna manera. Y cada vez me afirmo más en una frase de Jovellanos que no recuerdo exactamente, pero que, poco más o menos viene a decir: "No concurriré a sacrificar la generación presente al hipotético bienestar de las futuras."

Por fin habló Morales: —Sí, la teoría de Iván Karamazov: "Aunque esta inmensa fábrica trajera las más extraordinarias maravillas, si costara una sola lágrima de un niño, no la aceptaría." Sonrió y volteándose hacia Luque, determinó irónicamente:

—Eres un místico, y lo que es peor: un místico liberal.

Llegaban al cementerio viejo. Las lomitas aparecían doradas por el sol poniente que se recostaba en el verde tierno de las altas hierbas. Las cruces pintadas de azul pálido daban al lugar un encanto melancólico.

El arquitecto se vuelve hacia Morales y le pregunta, con cierta dureza en el tono:

—¿O es que ya no sabéis jugar limpio?

Morales siguió adelante, cruzando las manos a la espalda. Habla, como siempre, en un tono menor y mesurado:

—¿Qué es eso de jugar limpio? ¿Lo hacen los demás? ¿O crees que la política es igual que el tenis o el dominó? Jugar. . . eso está bien para vosotros los republicanos que sois aficionados y jugáis a la política, que tumbábais gobiernos por seis votos de más o de menos, por seis votos no conseguidos porque fulanito dijo o dejó de decir, o no le consiguió una chamba al cuñado de la fulana. Esa política, ese juego limpio te lo regalo. Claro que lo mismo da, o daba. Igual montaba Dato o Sánchez Guerra, Lerroux o Azaña, Attlee o Churchill, Truman o Dewey: Son de la misma camada. Pero cuando se trata de cosas más serias, bastante más serias, mucho más serias, entonces. . . Por el "jugar limpio" de Azaña estamos en el destierro, y eso no es nada, pero por "jugar limpio" está España como está. Esa política está mandada retirar. ¿Quién cree hoy en la ética, en la etiqueta liberal?

—Yo.

—Tú, que eres un panolis.

Eran muy amigos.

—La revolución no puede jugar limpio por la sencilla razón de que no se trata de un juego, sino de una lucha. —Sonrió, y su ojo parecía que iba a salírsele—. No de una lucha libre, sino a muerte. Si no, nos fregarían de buenas a primeras. Si volviésemos a España y mandárais vosotros, nos volvería a pasar lo mismo al cabo de dos años.

—¿Entonces sólo la fuerza? Recurrir a todos los medios, sean los que sean. . .

—Tampoco, sino una política justa sostenida inquebrantablemente por una decisión sin fallas.

—¡Ésos son mis poderes!

—Tú sabes tan bien como yo que un error de cálculo, por pequeño que sea, puede producir una catástrofe. Hay que atar todos los cabos. No se puede hacer nada a la ligera. Un descuido, por mínimo que sea. . .

—"Puesto que un error pequeño al principio, grande es al fin —según dice el Filósofo en el Libro Primero del Cielo y del Mundo." ¿A que no sabéis a quién cito?— pregunta Castillo, que tenía salidas de erudito. —A Santo Tomás.

No le hizo caso Luis Morales, que procuraba siempre ignorarle, y siguió:

—La Revolución es una, monolítica, y no puede aceptar desviaciones de ninguna clase. ¿Dónde iríamos a parar?

—¿Pero es que Ernesto. . .?

—No hablo de Ernesto.

—Yo sí. Y no huyas. ¿Crees, de verdad que era un traidor? Le conocías hace años. ¿De veras crees que el Intelligence Service lo necesitaba? No me hagas reír. Yo le conocía de antes. ¡La de cafés que le tenía pagados porque no tenía que comer! Eso era en España.

Morales no le contesta. Luque sigue:

—Aceptas el veredicto del Partido, pero estoy seguro de que en el fondo. . .

—No hay fondo. Yo no digo que no cometamos equivocaciones. ¿Y qué?

—Si no protestas. . .

—No protesto, no protestaré, porque por encima de equivocaciones pasajeras o de casos personales que no importan. . .

—¡Cómo que no importan!

—Nada. Absolutamente nada, si tienes en cuenta la enorme importancia de lo que se juega.

—¡También tú empleas la palabra juego!

—Déjate de pamplinas y métete bien eso en la cholla: no hay más que dos posiciones —y una sola solución— o estás con nosotros, o con los gringos y lo que representan. No hay, no existe la posibilidad de una tercera posición.

—¡Y, dale! Tú con tal de no decirme lo que quiero saber eres capaz de hablar de aquí a mañana.

—Entre que se equivoque el Partido y un X cualquiera, ¿qué es mejor para nuestra causa? Plantéate así el problema, Juan. Te concedo que en un asunto personal, el que sea, el de Ernesto si quieres, el Partido mete la pata. ¿Y qué? ¿Qué hay que hacer? ¿Darle la razón a X y desautorizar al Partido? ¿Te das cuenta de lo que sucedería? Cualquiera se creería con el mismo derecho. Acabarían con nosotros en un dos por tres. El Partido es antes que todo. Si han acusado a Ernesto, sus razones habrá, no te quepa la menor duda, del orden que sea. Hágase lo que se haga si redunda en favor del Partido, está bien. Es la única manera de llegar a un mundo más justo. No hay otro camino.

—¿O es que crees que porque, en el mundo capitalista, un político sea ladrón o haya sido un asesino, tiene eso la menor importancia para su calidad de político? ¿O un poeta —para hablar de cosas que te tienen a pecho— es mejor o peor porque sea maricón o no? Las virtudes son apreciables en otros órdenes pequeños: frente a la política mundial importan un pepino. ¡Ah!, y quítate otra tontería del magín: el pensamiento, sí delinque. Y más a fondo que un triste atentado personal, porque si no lo arrancas de cuajo —si está equivocado— sus consecuencias materiales pueden ser feroces. En eso somos más idealistas que vosotros.

—Decidís en nombre de miles de gentes.

—Eso dices.

—No, eso hicieron en la URSS cuando la colectivización de las tierras, allá por 1929, ¿no? Los campesinos resistieron. Murieron millones, unos de hambre, otros deportados.

—Hoy los koljoses son una maravilla. ¿Cuándo hubiesen logrado estos resultados los campesinos solos, divididos?

—Bueno, para mí lo mismo da.

—¿Lo mismo que el trigo se produzca en pequeñas que enormes cantidades?

—Sí, si se ha logrado a costa de la muerte de miles de hombres. ¿Por qué comprimir la historia? ¿Por qué ese afán morboso de ir tan aprisa, como si el mundo fuese a terminarse mañana? ¿Dónde está el placer de vivir? ¿En matarse trabajando para que mis nietos no tengan que hacerlo?

—Pero ahí llegas, por otro camino —le dijo Castillo—, a un lugar semejante al de Morales: Y la gran mediocridad reinará sobre la tierra.

—Hubo una época, entre las dos guerras, en que toda nuestra gente liberal y progresista pudo tener fe en la revolución rusa. Después de la bárbara colectivización agraria, después de los procesos de Moscú, después del pacto germano-soviético, que, digáis lo que digáis, por muchas explicaciones que tenga, y las tiene, no dejó de ser eso: un pacto entre fascistas y comunistas, ¿qué nos quedó? De pronto, en el mundo, todas las personas como yo se quedaron al garete. No sólo los españoles somos exiliados españoles: Hay miles de desterrados en su propia tierra y en la ajena.

—Di lo que quieras, echa veneno entreverado de verdades, con lo que todo es veneno. No hay más que lo nuestro. Lo demás es basura e inmundicia. Sólo en la Unión Soviética hay luz y esperanza. Sólo allí la juventud es feliz. Aunque digas que le ocultan parte de la verdad. ¿Qué verdad? ¿Toda la escoria? ¿Qué falta hace conocerla? Y eso lo siente el pueblo. Podrán intentar retenerlo los curas, o los norteamericanos, con las penas del infierno en la mano y en la boca. No lo lograrán. ¿Estás con ellos?

—¿Con quién?

—Con todos los que han traído lo que defiendes.

—No defiendo eso.

—Pues, aunque no lo creas, así es.

—No puedo renunciar a la verdad.

—No hay más verdad que la nuestra.

Luque se dio cuenta, una vez más, de que era inútil seguir discutiendo. Y le pesaba, porque Morales era su amigo. Le pesaba horriblemente. Se sentía infeliz y no abrió más la boca.

Pasaba un muchachito arreando dos cabras.

—¿Tú crees que a ése le interesa el problema que estamos discutiendo?— pregunta Castillo a Morales.

—Posiblemente, no. Ni a miles como él. ¿Pero, qué importa? A él, por ahora, tal vez, ni le va ni le viene. No sabe. Pero llegará el día. No por eso hemos de pensar como si fuéramos él, sino como si fuese el que debiera ser, el que indefectiblemente será. ¿O es que ahora quisieras que resolvieran por ti?

—De todas maneras resolverán por mí.

—Pero habrás tomado parte.

—Tomar parte. . . Di mejor que tomarán parte de mí. . . Como os tragásteis al pobre Ernesto.

Morales le miró de soslayo:

—No tienes remedio.

Se iba haciendo de noche, las alamedas de la entrada de Veracruz se hacían presentes, y la brisa suave por la cima de los árboles.

Se separaron al entrar en la ciudad. Castillo y Luque siguieron juntos. El empedrado irregular dejaba crecer hierbas entre los cantos pulidos; las vallas de madera, pintadas de blanco, se adornaban con buganvilleras y tulipanes dobles. Las casitas bajas se adornaban, en las esquinas —cantinas, abarrotes— con los anuncios hirientes de la Coca-Cola. Unos cocoteros recortaban las altas púas de sus batidores en el cielo trasparente. La luna era perfecta.

—El problema —dice Castillo— es más hondo. No se trata de comunistas y no comunistas: están forjando una nueva moral. O, si quieres, desde tu posición, la falta de moral tal como todavía la entendemos. Esa carencia había sido hasta ahora privilegio de príncipes —de los de la sangre y los demás— y ha pasado a ser, como no podía menos, a principio de los más, cuando éstos han llegado al poder. Ya no hay verdad ni mentira, sino lo que sirve; a esta luz, el mundo es otro. Lo que nos sonaba a conocido en manos de los opresores, nos duele, a nosotros, educados en los viejos moldes de la honradez burguesa, la sinceridad, la buena fe que teníamos como dechado de hombría de bien.

—Y lo siguen siendo.

—Para nosotros, no para ellos. Hay que darse cuenta. Es duro, pero es el signo de nuestro tiempo. Los comunistas están en guerra y van a ganar. Como sea, como puedan, y no les dejan escojer. Y mienten. Mienten a sabiendas, acabando por creer sus mentiras, porque les sirven.

—O creen que les sirven.

—Para el caso, para su caso, es exactamente lo mismo. Toma su Biblia, la Historia de la Revolución Soviética, escrita por Stalin. Está plagada de falsedades, hoy todavía perfectamente tangibles para quienes, como nosotros, recuerdan lo sucedido. Mira los dibujos que publican acerca de la Revolución de Octubre, qué fotografías, y las hay,

y no pocas, se cuidan mucho de reproducirlas: Sería desastroso que, al lado de Lenin, casi sólo aparecieran los que hoy llaman traidores. ¿Y qué? Conviene. Así les conviene para asegurar la fuerza del Partido. Nace una nueva ética.

—Que no cuenta para mí.

—Ni reza conmigo, pero no es razón para cerrar los ojos. La violencia, la delación, la hipocresía —o lo que nosotros llamamos así— han pasado de las clases dirigentes a la masa, o está en trance de pasar; pero ya no como tales, sino como vigilancia, deber, sacrificio. Es necesidad. La interpretación materialista de la Historia ha llevado a este resultado. Los Cruzados, o los hombres del XVIII y del XIX, se engañaban acerca de sus fines: en su mayoría creían, inocentemente, que iban a librar la Tierra Santa de la presencia de los infieles, o que luchaban para imponer la Igualdad y la Libertad. Ahora nadie se engaña acerca de los fines y mienten con los medios. No es agradable para quienes nos toca vivir la época del gran cambio. Así, por eso, cualquier gesto, cualquier palabra es interpretada con mucho mayor cuidado que antes. Huelen —y no sin razón— trampas en todo. La política, de una ocupación de pocos, ha pasado a ser la pasión de muchos. La menor desviación puede ser de resultados graves para la marcha del Partido. Así cualquier acontecimiento necesita una postura franca; no caben titubeos cuando la lucha es constante, cuando de tu posición ha de resultar la del día siguiente. Ya no se puede esperar a ver qué pasa. El fin está presente a cada momento. ¿Comprendes?

—No.

—Ésa es nuestra diferencia. Lo peor es que todavía no se ha inventado una nueva terminología y tenemos que servirnos de la que se aplicaba en un universo cristiano. Eso crispa muchos nervios. Todos los conceptos de culpabilidad han cambiado del todo en todo. La culpa ya no está en los actos, sino en las intenciones; ya no es cuestión de juzgar lo hecho, sino suponer a dónde nos llevarían tus ideas; esta manera de entender el mundo acorta perspectivas, es molesto —para nosotros— pero es así. La verdad se asienta ahora en conjeturas, en algo movedizo, en algo que cambia o puede cambiar cada día. Por eso los comunistas tienen en tanto saber de tu pasado, y criban los actos de tu vida personal. Tienen que estar en guardia, no por lo que hiciste, sino por lo que puedes hacer. A veces, necesariamente, pegan palos de ciego. Eso explica también su terminología excesiva: *no condenan por el pasado, sino por el futuro que suponen en cada uno.* Así se ha modificado todo el aparato de la justicia y se comprende la reacción de los no preparados ante procesos como los de Moscú.

—Es terrible.

—Si hubieses vivido mucho tiempo en un campo de concentra-

ción no te cogería de nuevas. Lo malo es que aquella vida se ha corrido al mundo entero.

—Todavía no.

—¡Por lo que falta. . .!

—Es terrible.

—Para nosotros, que conocimos otra manera de ser; para nuevas generaciones, no lo creo. Y buenas noches. ¿Vas a ir luego a la Parroquia?

En el cementerio, un gato rondaba la tumba de Librada.

Esta edición de cinco mil ejemplares
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1987
en los talleres de Litoarte, S.A. de C.V.,
Ferrocarril de Cuernavaca 683, México, D.F.
Fotocomposición y formación: Redacta, S.A.
Edición al cuidado de Martha Prieto.

Max Aub nació en París en 1903, hijo de madre francesa y padre alemán. A los 11 años se estableció en Valencia, y se convirtió tan integralmente en español que no sólo vivió el exilio posterior a la guerra, sino que llegó a ser uno de los más reconocidos representantes de la literatura transterrada. Al salir de España, y tras pasar por los campos de concentración franceses, llegó a México, donde reanudó una de las carreras literarias más eclécticas y prolíficas en lengua castellana, truncada por su muerte en 1972.

A partir de 1949 inició la publicación de una revista personal, *Sala de espera*, con la que intenta "no darle tiempo al tiempo, en este horrible plantón que la historia ha deparado a los españoles". Y para ello recurre a todos los géneros: poesía, teatro, ensayo, cuento, crítica. . . En este volumen, verdadera antología personal de un hombre y una época, se reúnen textos de los treinta cuadernillos de *Sala de espera*.

PANGEA INBA SEP

1